



AÑO 11.

NUM. 130.

LA
ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSE LAZARO**

—  
**OCTUBRE 1899**  
—

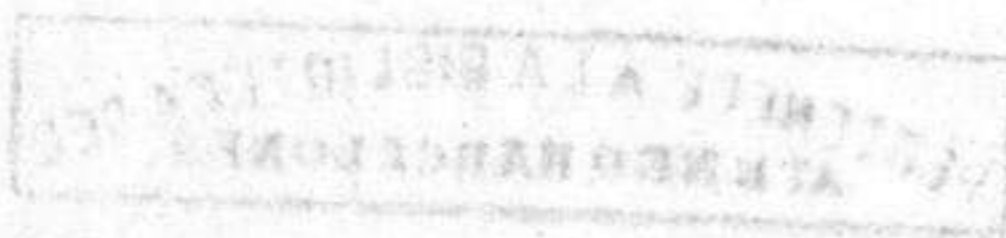
PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO.

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*





## TIERRAS VIRGENES

---

( CONTINUACIÓN ).

### XXIII

Apuntaba ya la aurora en el cielo, cuando Solomine, después de haber recorrido alegremente sus cinco verstas, después de la comida de casa de Goluchkin, llamó á la puertecilla de la alta empalizada que cercaba la fábrica.

El obrero que estaba de guardia abrió en seguida, y, acompañado de tres enormes perros que agitaban sin cesar sus peludas colas, le condujo á su cuarto con solicitud respetuosa. Le causaba placer la vuelta del jefe.

—Llega usted de noche, señor Solomine. Aquí no le esperábamos hasta mañana.

—¡Bah! El paseo en este tiempo agrada por la noche.

Las relaciones que existían entre Solomine y sus obreros eran buenas, aunque un poco diferentes de lo ordinario. Los trabajadores le respetaban como á un superior y se conducían con él como con un compañero. Mas se le consideraba como hombre de energía en el desempeño de su cargo.—Lo que Basilio Fedotof afirma—solían decir— es sagrado: es un sabio capaz de confundir á todos los ingleses.

Referían, en efecto, los obreros que en cierta ocasión fué



un día á visitar la fábrica uno de aquellos, y sea porque Solomine había hablado con él en inglés, sea porque el visitante había sabido apreciar la extensión de sus conocimientos, es lo cierto que elogió muchas veces á Solomine, sin estar él delante y hasta le propuso, riendo, ir con él á Liverpool, diciendo después delante de los obreros, en ruso incorrecto:

—¡Es bueno! ¡Oh! ¡Muy bueno!

Esto hizo reir mucho á los operarios, quienes repetían con orgullo.

—¡Oh, nuestro jefe es cosa buena! ¡Es de los nuestros!...

Lo cierto es que era de ellos y que estaba con ellos.

Al día siguiente le despertó su amigo favorito Paul, quien, mientras le ayudaba á vestirse, le dió algunas noticias y le preguntó otras. Tomaron el té en un instante, y Solomine, poniéndose la chaqueta del trabajo, bajó á la fábrica y empezó á funcionar regularmente como la rueda de una máquina.

Pero le aguardaba una nueva detención en el trabajo.

A los cinco días de su regreso, Solomine vió entrar en el corral de la fábrica un elegante faetón tirado por cuatro soberbios caballos, y al punto un lacayo de librea, conducido por Paul, le entregó solemnemente una carta con sello blasonado de parte de S. E. el general Sipiaguin.

En esta carta, impregnada no de perfumes, pero sí de cierto olor inglés tan distinguido como desagradable, escrita en forma impersonal, pero de puño y letra del alto dignatario, el noble señor de la finca de Arjanoie, excusándose en primer término de dirigirse á una persona á quien no conocía personalmente, pero de la cual había oído hacer cumplidos elogios, se *tomaba la libertad* de invitar á que fuese á su casa Mr. Solomine, cuyos consejos podrían serle de gran utilidad á propósito de una importante empresa industrial; y en la esperanza de que Mr. Solomine tuviese la amabilidad de aceptar su invitación le enviaba un carruaje. En el caso, sin embargo, de que Mr. Solomine no pudiese ausentarse de la fábrica aquel mismo día, le suplicaba que le indicase otro cualquiera, según



su conveniencia, y entonces Sipiaguin le enviaría expresamente un coche. Seguían luego las fórmulas de ordenanza, adicionadas con un elegante párrafo digno de un ministro y absolutamente incomprensible—por sabido se calla,—para los no iniciados.

La carta terminaba con una posdata, esta vez en primera persona. «Espero que no rehusará usted venir á comer *sin ceremonia*.» Las palabras *sin ceremonia*, estaban subrayadas.

Al mismo tiempo que esta carta, el lacayo, no sin cierta vacilación, presentó á Solomine otro billete sin sello. Estaba escrito por Nejdanof, y no contenía más que estas palabras:

«Venga usted, se lo suplico, y podrá usted prestar un gran servicio, aunque no precisamente á Mr. Sipiaguin.»

Al acabar de leer la carta de Sipiaguin, Solomine dijo:

—¡Diablo! Me contrariaría ir de otro modo que sin ceremonia. Jamás he tenido frac. ¿Y por qué demontre he de ir yo allá abajo? Para perder el tiempo y nada más. Mas cuando abrió la carta de Nejdanof, se rascó la nuca, y, todo irresoluto, se acercó á la ventana.

—¿Qué respuesta se digna darme el señor?—le preguntó respetuosamente el lacayo.

Solomine permaneció un momento al lado de la ventana, y sacudiendo al cabo los cabellos y pasándose la mano por la frente, respondió:

—Voy. Espere usted á que mude de traje.

Salió el lacayo con aire digno. Solomine mandó llamar á Paul, y entró en la fábrica. Después de haberse puesto una levita negra bastante ancha, hecha por un sastre de poco pelo, y un sombrero cilíndrico de color de ala de mosca que le daba un aspecto poco distinguido, subió al faetón; pero acordándose de que no había cogido los guantes, llamó al indispensable Paul, que fué á buscar un par, de piel de gamo, recientemente lavados y con los dedos más estirados de lo conveniente.

Solomine se guardó los guantes en el bolsillo, y dijo que se podía ya partir. Inmediatamente el lacayo, con una energía



tan imprevista como inútil, saltó al pescante, el cochero lanzó un grito para animar á los caballos, y el coche emprendió su camino.

En tanto que Solomine caminaba hacia la casa de Sipiaguin, el hombre de Estado, sentado en el salón, con un folleto político á medio cortar sobre las rodillas, hablaba con su mujer acerca del joven fabricante. Le había escrito, decía, para proponerle que dejase la fábrica de hilado del comerciante de Moscú, y que se encargase de su fábrica, que iba de mal en peor, y que debía reorganizarse de pies á cabeza.

A Sipiaguin no se le pasaba por la imaginación que rehusase el joven venir á la finca, ni siquiera que lo aplazase para otro día, aunque en la carta se le dejase á su elección la fecha de su venida.

—Pero si la nuestra es una fábrica de papel, y la que ese joven dirige es de hilado—indicó Mad. Sipiaguin.

—Es igual, querida; allí, como aquí, hay máquinas..... y Solomine es un mecánico.

—Mas ¿quién sabe? Puede que sea especialista.

—En primer lugar, querida, en Rusia no hay especialistas. Además, ya te he dicho que es mecánico.

Mad. Sipiaguin se sonrió.

—Debes ser prudente, amigo mío; has tenido desgracia con los jóvenes; cuida de que no te suceda otra vez lo mismo.

—¿Te refieres á Nejdánof? Sin embargo, creo que he conseguido mi objeto. Como pasante de Kolia, nada hay que pedirle. Sin contar con que *non bis in idem*. Perdóname esta pandería; eso quiere decir que la misma cosa no se repite.

—¿Esa es tu opinión? Pues yo creo, por el contrario, que todo se repite en el mundo, sobre todo lo que pertenece á la naturaleza de las cosas, y principalmente cuando se trata de jóvenes.....

—*¿Que voulez-vous dire?*—dijo Sipiaguin, dejando el folleto sobre la mesa.

—*¡Ouvrez les yeux, et vous verrez!*—respondió la esposa.



Cuando hablaban francés usaban el usted.

—¡Hum!—exclamó Sipiaguin.—¿Hablas del estudiantillo?

—Del señor estudiante, sí.

—¡Hum! ¿Es acaso porque guarda algo aquí dentro? (se tocó la frente con los dedos.) ¿Eh?

—Abre los ojos.

—Mariana, ¿eh?

—Te digo que abras los ojos.

Sipiaguin frunció las cejas.

—Bueno, ya pondremos esto en claro más tarde. He aquí ahora lo que quería decirte. Probablemente ese Solomine estará un poco cortado..... es natural..... la falta de costumbre. Habrá que estar amable con él para que no se corte más. No digo esto por tí. Tú eres una perla, y cuando quieres eres capaz de marear al mundo, en un abrir y cerrar de ojos. *J'en sais quelque chose Madame*. Pero digo esto por los demás; por este, v. gr.

Señaló con el dedo un sombrero gris de última moda que estaba en un mueble; el sombrero pertenecía á Kallomeitsef, que había llegado á Arjanoie aquella mañana.

—Habla demasiado y desprecia absolutamente al pueblo, cosa que yo condeno. Noto también que, desde algún tiempo á esta parte, muestra cierta irritación, cierta tendencia agresiva.....

—¿Acaso sus negocios (Sipiaguin hizo un movimiento de cabeza, una indicación vaga, pero su mujer comprendió inmediatamente) marchan mal? ¿Eh?

—Abre los ojos, te lo repito.

Sipiaguin se enderezó.

—¡Eh!

Este ¡eh! fue pronunciado de modo muy diferente á los otros y mucho más bajo.

—¡Ah, ah! Entonces quizá podría llegar el caso que yo los abriese demasiado. Que se tomen precauciones.

—Esto es lo que debe hacerse. Respecto á tu nuevo joven,



descuida; si llega hoy, se tomarán todas las medidas necesarias.

Después se vió que todas eran inútiles. Solomine, ni se intimidó ni se cortó.

Cuando lo anunció el criado, Sipiaguin se levantó inmediatamente y gritó de modo que pudiera oírsele desde la antecámara.

—Hacedle entrar, no hay que repetirlo, hacedle entrar.

Después se encaminó á la puerta del salón y se detuvo en la entrada. Apenas hubo Solomine franqueado el dintel, cuando Sipiaguin le tendió las manos, y, moviendo la cabeza de derecha á izquierda con amable sonrisa, le dijo cariñosamente:

—¡Ah! Ha sido usted muy amable. No sabe usted lo que se lo agradezco.

E inmediatamente le condujo hasta Mad. Sipiaguin.

—He aquí á mi mujer— dijo apoyando suavemente la mano en la espalda de Solomine, como para aproximarle á su esposa.—Querida mía, el primer mecánico y el primer jefe de fábrica de este Gobierno, Basilio (vaciló) Fedoceitch Solomine.

Mad. Sipiaguin se incorporó ligeramente, levantó con gracia los párpados, sonrió primero al joven con expresión infantil y, como á un antiguo conocido, le alargó después su diminuta mano, la palma hacia arriba, el codo junto al cuerpo, la cabeza un poco inclinada del lado de la mano, como si pidiese una limosnita.

Solomine dejó á los dos esposos tiempo suficiente para estas ceremonias, estrechó la mano de uno y de otro y se sentó á la primera invitación.

Sipiaguin le preguntó solícitamente si quería tomar algo; pero el joven le respondió que no sentía necesidad de tomar nada, que no se sentía fatigado en lo más mínimo por el viaje, y que, por lo tanto, estaba á su disposición.

—¿Podría entonces suplicar á usted que visitase la fábrica?—preguntó Sipiaguin con el tono del que teme ser indis-



creto y que no se atreve á esperar tamaño favor por parte de su huésped.

—En seguida, si usted quiere—contestó Solomine.

—¡Es usted muy amable! ¿Quiere usted que enganchem un coche? ¿Prefiere usted ir á pie?

—Pero, si según mis noticias, la fábrica de usted está muy cerca de aquí.

—Media versta, todo lo más.

—Entonces, ¿para qué hacer que enganchem?

—¡Vamos, muy bien! Mi sombrero, mi bastón,... pronto... Tú, Valentina, ponte en movimiento. ¡Mi sombrero!

Sipiaguin se movía mucho más que su huésped. Todavía volvió á repetir.—¿Y mi sombrero?—Y él, un gran dignatario, echó á correr fuera como un escolar turbulento.

Mientras que su marido había hablado con Solomine, Madama Sipiaguin había mirado á hurtadillas, pero atentamente, á aquel nuevo joven.

Sentado tranquilamente en una butaca con las dos manos en las rodillas—no había hecho uso de los guantes,—Solomine contemplaba tranquilamente, pero con curiosidad, los muebles y los cuadros.

—¿Qué quiere decir esto?—pensaba Mad. Sipiaguin,—es un plebeyo, un verdadero plebeyo, y, sin embargo, qué natural es.

En efecto, Solomine estaba con la mayor naturalidad del mundo, no como las personas que se esfuerzan en parecer naturales, sino como el hombre cuyos pensamientos son poco complicados, pero fuertes.

Madama Sipiaguin quiso entablar conversación; pero notó que le costaba algún trabajo encontrar qué decir.

«¡Ah!—pensó—¿Acaso me impone este obrero de fábrica?»

—Mi marido—rompió al fin—os está muy obligado por el tiempo precioso que le sacrificais.

—Mi tiempo no es muy precioso, y además yo no he venido más que por un momento.



«*Voilà où l'ours a montrè sa patte*»—pensó la señora, en francés.

En este momento el marido apareció en la puerta que había quedado abierta, con el sombrero puesto y el bastón en la mano.

Volviéndose un poco, dijo:

—Basilio Fedoceitch, estoy á las órdenes de usted.

Solomine se levantó, saludó á la señora y siguió á Sipiaguin.

—Por aquí, sígame usted por aquí—repetía Sipiaguin como si se encontrase en un bosque virgen, teniendo Solomine necesidad de un guía.

—Fíjese usted, hay dos caminos, Basilio Fedoceitch.

—Puesto que usted quiere llamarme por mis pronombres—dijo Solomine sin apresurarse—yo no me llamo Fedoceitch, sino Fedotich.

Sipiaguin le miró por encima del hombro, con cierta desagradable sorpresa.

—¡Ah! Le pido á usted perdón, Basilio Fedotich.

—Eso no vale la pena.

En esto salía de la casa y encontraron á Kallomeitsef.

—¿Dónde va usted así?—preguntó Sipiaguin, mirando de reojo á Solomine...—¿A la fábrica? *C'est l'individu en question.*

Sipiaguin abrió los ojos y movió ligeramente la cabeza como recomendando prudencia.

—Sí; á la fábrica á mostrar mis pecados y mis miserias á este señor mecánico. Permítame usted que le presente á usted al Sr. Kallomeitsef, un propietario vecino nuestro, Sr. Solomine.

Kallomeitsef hizo uno ó dos movimientos de cabeza casi imperceptibles, sin volverse siquiera hacia Solomine. Este, por el contrario, miró fijamente á Kallomeitsef, y algo extraño pasó por sus ojos medio entornados.

—¿Puedo acompañar á usted?—preguntó Kallomeitsef.—Usted sabe que me gusta instruirme.



—Como usted guste.

Salieron al camino. Apenas habían andado veinte pasos vieron al clérigo de la parroquia que, con la sotana reman-gada, volvía al presbiterio. Kollomeitsef se separó del grupo, marchó con paso rápido y firme hacia el cura, que no espera-ba tal cosa, y que se sintió un poco intimidado; le pidió la mano y estampó en aquella mano roja y cubierta de sudor un sonoro beso, volviéndose luego hacia Solomine con aire pro-vocador. Evidentemente le preocupaba el recién venido, y quiso dar una lección á aquel palurdo que por tan sabio se tenía.

—¿Es esa una manifestación, mi querido amigo?—le dijo Sipiaguin entre dientes.

—Sí, amigo mío, una manifestación necesaria en los tiem-pos que corren.

Cuando llegaron á la fábrica fueron recibidos por un *Pe-queño Ruso* de gran barba y dientes postizos que había reem-plazado al intendente alemán, definitivamente expulsado por Sipiaguin. Aquel hombre no estaba allí más que provisional-mente. Parecía incapaz, y se limitaba á decir fuera de propó-sito: *He aquí ó si Dios quiere*, y suspiraba á cada instante.

Inmediatamente se comenzó la inspección de la fábrica. Muchos obreros conocían á Solomine de vista y le saludaban. A uno de ellos le dijo: «Buenos días, Gregorio, ¿tú por aquí?»

No tardó en convencerse de que el negocio estaba mal di-rigido. Se había derramado el dinero á manos llenas, pero sin resultado. Las máquinas eran de pésima calidad, y mien-tras que faltaban muchas cosas necesarias, sobraban las in-útiles y superfluas.

Sipiaguin no cesaba de mirar los ojos de Solomine, á fin de adivinar su opinión, haciéndole al mismo tiempo tímidas preguntas, por lo menos que le dijese si conocía que había allí bastaute orden.

—Sí; el orden no falta; pero ¿y los resultados?... Dudo que los haya.



—Sipiaguin y el mismo Kallomaitsef comprendían que el joven se encontraba en la fábrica como en su propia casa; que todo le era familiar y conocido hasta en sus menores detalles. Ponía la mano sobre una máquina, como el jinete pone la suya en el cuello de su caballo; tocaba una rueda con la punta de un dedo, y la rueda se paraba ó echaba á andar; tomaba del depósito y extendía en la palma de la mano un poco de la pasta con que se hacía el papel, y aquella pasta mostraba en seguida todos sus defectos.

Apenas hablaba, y ni miraba siquiera al mayordomo. Sin pronunciar una palabra, salió de la fábrica. Sipiaguin y Kallomeitsef le siguieron.

Sipiaguin no permitió que nadie le acompañase. Hasta llegó á dar con el pie en el suelo y apretó los dientes. Mostrábase desconfiado.

—Le conozco en la cara—dijo dirigiéndose al joven—que no le ha agradado á usted mucho la fábrica, y bien se me alcanza que está en malísimas condiciones; pero dígame usted sinceramente, se lo suplico á usted, sin ceremonia... ¿Cuáles son sus principales defectos? ¿Qué convendrá hacer para corregirlos?

—La fabricación del papel no es de mi cuerda—respondió Solomine.—Lo único que puedo decir á usted, es que las empresas industriales no son cosa propia de los aristócratas.

—¿Considera usted estas ocupaciones como humillantes para la aristocracia?—preguntó Kallomeitsef.

—¡Oh, no; de ninguna manera! ¿Qué hay de humillante ahí dentro? Por lo demás, aunque hubiese algo de eso, no es precisamente la razón á que yo me refería.

—¡Eh! ¡Cómo!

—Quiero decir sencillamente—continuó Solomine con tono pacífico—que los nobles no están habituados á ese género de ocupación. Para acometerlas con fruto es menester un espíritu comercial, montarlo todo sobre ciertas bases... y tener además constancia y paciencia. Los nobles no entran en estas



consideraciones. Como esto se ve todos los días. Establecen fábricas de telas, de papel, de hilados, y al fin y á la postre, ¿en qué manos vienen á caer todas estas fábricas? En las manos de los mercaderes. Es una lástima, porque los comerciantes son unas verdaderas sanguijuelas. Pero la cosa no tiene remedio.

—¿De modo que, según la opinión de usted—dijo Kallomeitsef—nosotros, los nobles, no podemos comprender las cuestiones mercantiles?

—¡Oh! ¡Todo lo contrario! Los nobles son maestros en... cierto género de mercantilismo. Solicitar y obtener concesiones de caminos de hierro, organizar Bancos, obtener monopolios; en todo esto y en lo que se le parece, nadie aventaja á los nobles. De esta manera saben formar grandes capitales. A esto es á lo que yo me refería cuando usted se ha tomado el trabajo de incomodarse.

—Hablo de las empresas industriales de importancia y que funcionan regularmente, porque establecer tiendas de licores, casas de cambio al detall, prestar trigo ó dinero á los campesinos al interés de 100 ó 150 por 100, como hacen actualmente muchos nobles, todo esto, según mi opinión, no son verdaderas operaciones mercantiles en el recto sentido de la palabra.

Kallomeitsef no respondió. Pertenecía precisamente á esa raza de propietarios usureros de los que Markelof había hablado en su última entrevista con Nejdánof; y por cierto que era de los más inhumanos en sus exigencias, nunca hechas directamente y por sí mismo á los campesinos (á los cuales estaba, naturalmente, prohibida la entrada en el perfumado gabinete del señor). Kallomeitsef hacía sus operaciones por medio de un agente.

Al escuchar el discurso que Solomine dejaba caer lentamente de sus labios y como con indiferencia, Kallomeitsef se recomía interiormente... Mas por esta vez nada dijo, ni tan sólo el movimiento de los músculos de sus mejillas, producido



por la presión convulsa de sus mandíbulas, dejaba adivinar lo que le pasaba.

—Sin embargo, permítame usted, permítame usted, señor Solomine—replicó Sipiaguin;—todo eso que usted dice era completamente exacto en los tiempos pasados, cuando disfrutaban los nobles de derechos diferentes, cuando se encontraban... en general... en otra situación. Mas ahora, después de todas las bienhechoras reformas que se han realizado en nuestra época industrial, ¿por qué los nobles no habrán de poder consagrar su atención, su capacidad hacia esas grandes empresas industriales? ¿No serían capaces de comprender y entender lo que entiende un simple comerciante sin instrucción? Justo es convenir en que no carecen de desarrollo intelectual, y no es aventurado afirmar, con una certidumbre absoluta, que son, hasta cierto punto, los representantes de la civilización y del progreso.

Sipiaguin hablaba muy bien. Su elocuencia hubiese alcanzado, de seguro, un triunfo en cualquier parte, en San Petersburgo, en una sección del Ministerio, quizás en esferas aun más elevadas; pero no produjo la más ligera impresión en Solomine.

—Los nobles no pueden manejar estas cosas—volvió á repetir.

—Pero ¿por qué? ¿por qué?—dijo casi á gritos Kallomeitsef.

—Porque los nobles son verdaderos empleados de los *tchinovniks*.

—¿De los *tchtnovniks*?

Kallomeitsef se sonrió cáusticamente.

—Probablemente usted, señor Solomine, no se ha dado cuenta de lo que ha querido decir.

Solomine continuó sonriéndose.

—¿Por qué supone usted eso, señor Kolomentsof?

Kallomeitsef casi dió un salto al oír que se mutilaba su nombre.



—Puede usted estar seguro de que yo me doy siempre cuenta de lo que digo.

—Entonces explique usted lo que entiende por esa frase.

—Pues bien, según mi punto de vista, *tchinovniks* es y ha sido siempre todo extranjero, todo intruso, y actualmente los nobles se han convertido en extranjeros y en intrusos.

Kallomeitsef se echó á reír.

—Perdóneme usted, querido señor, mas no comprendo nada de lo que está usted diciendo.

—Tanto peor para usted. Haga usted un esfuerzo y acaso pueda comprender.

—¡Señor!...

—Señores, señores—se apresuró á decir Sipiaguin como buscando con la vista á alguien ¡á quien no encontraba.—Yo le suplico, señor Kallomeitsef, que se calme. La comida debe de estar preparada ó poco ha de faltar. Síganme ustedes, señores, os lo suplico.

Cinco minutos después, Kallomeitsef entraba como una bomba en el gabinete de Mad. Sipiaguin, gritando:

—Valentina Mikhailovna, ¡si usted supiera lo que ha hecho su marido! Primero trajo á su casa un nihilista y ahora viene con otro. Y éste es todavía peor que el primero.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Ah! Enuncia sabe Dios qué opiniones, y además fijese usted bien en esto: ha estado hablando durante una hora con su marido de usted y no le ha dado ni una sola vez el tratamiento de Excelencia ¡Habrase visto, el vagabundo!

## XXIV

Antes de la comida, Sipiaguin llamó á su mujer al gabinete. Tenía necesidad de hablar con ella frente á frente.

Le dió cuenta de la triste situación de la fábrica, añadien-

E. M.—*Octubre* 1899.



do que Solomine le parecía un hombre inteligente, aunque un poco susceptible, por lo que era necesario guardar con él *cuidadosas atenciones*.

—¡Oh! Si le pudiese atraer, ¡qué buen asunto sería!—dijo por dos veces.

Sipiaguin se mostraba disgustado de la presentación de Kallomeitsef.

—¡Diablo de hombre! Por todas partes ve nihilistas, y no piensa en otra cosa que en el medio de exterminarlos. Bueno que los extermine en su casa..... No sabe contener la lengua.

Mad. Sipiaguin indicó que el nuevo visitante no parecía tener necesidad de *cuidadosas atenciones*, y hasta que no ponía atención en ellas; no porque fuese grosero, sino porque era indiferente á todo, cosa á la verdad extraña en un hombre de su clase.

—No importa, está con él lo mejor que puedas, te lo suplico — le dijo Sipiaguin.

Mad. Sipiaguin prometió hacerlo así, y tenía palabra.

Primeramente tuvo una entrevista con Kallomeitsef. No se supo lo que le dijo; pero es lo cierto que éste fue á sentarse á la mesa con el aspecto de un hombre que se ha jurado á sí mismo tener calma y discreción, tal como él lo entendía.

Esta resignación anticipada daba á todo su ser un ligero tinte de melancolía; pero también ¡cuánta dignidad, cuánta, había en todos sus movimientos!...

Mad. Sipiaguin presentó á Salomine á todas las personas de la casa (el joven se fijó en Mariana más que en las demás personas), y le hizo sentar á su derecha. Kallomeitsef estaba á su izquierda, el cual, desdoblado la servilleta y guiñando los ojos, se sonrió como diciendo:

—Vamos, señores, representemos la comedia.

Sipiaguin se había sentado enfrente, y le seguía con la vista, no sin algún temor.

A consecuencia de la nueva distribución de los asientos,



Nejdanof no estaba al lado de Mariana: se le había colocado entre Sipiaguin y Ana Zakharovna.

Mariana encontró su tarjeta (era una comida de ceremonia) sobre su servilleta, entre Kallomeitsef y Kolia.

La comida estuvo admirablemente servida. Delante de cada cubierto había una lista del *menú*, escrita sobre una hoja de color.

Después de la sopa, Sipiaguin hizo recaer la conversación sobre su fábrica, y en general sobre la producción industrial en Rusia; Solomine, siguiendo su costumbre, respondía lacónicamente. Desde que comenzó á hablar, Mariana fijó en él sus ojos. Kallomeitsef, sentado al lado de la joven, le dijo algunas galanterías (para evitar así, según lo había prometido, entrar en polémica); pero Mariana no le escuchaba. Hay que advertir que Kallomeitsef le dedicaba sus cumplimientos sin convicción, por pura cortesía, y haciéndose cargo de que entre la joven y él había un abismo imposible de salvar.

En cuanto á Nejdanof, alguna cosa peor se había interpuesto entre él y el dueño de la casa, quien le consideraba como un simple mueble ó como un espacio vacío. Positivamente Sipiaguin se había olvidado hasta de la existencia del joven. Esta nueva situación surgía tan pronto y tan completamente, que Nejdanof, habiendo pronunciado algunas palabras durante la comida, respondiendo á una pregunta de Ana, Sipiaguin volvió la cabeza con asombro, como si se hubiese preguntado de dónde provenía aquel ruido.

Evidentemente Sipiaguin poseía algunas de las principales cualidades que adornan á nuestros altos dignatarios rusos.

Después del pescado, Valentina, que prodigaba todos sus cuidados y seducciones al lado derecho, es decir, á Solomine, dijo en inglés á su marido:

—Nuestro huésped no bebe vino; puede que desee tomar cerveza.

Sipiaguin se apresuró á pedirla.

Solomine, volviéndose tranquilamente á Valentina, le dijo:



— Señora, probablemente ignorará usted que he pasado dos años en Inglaterra, y que entiendo y hablo el inglés. Se lo digo á usted por si acaso deseaba decir algo en secreto delante de mí.

Valentina se apresuró á asegurar, riendo, que tal precaución era inútil, porque respecto de él no había advertido más que cosas favorables. En el fondo encontraba esta salida de Solomine un poco extraña, pero delicada á su manera.

Kallomeitsef no pudo contenerse por más tiempo.

— Usted ha estado en Inglaterra, comenzó á decir, y conoce usted probablemente las costumbres de aquel país. Permítame que le pregunte si cree que merecen ser imitadas.

— En parte, sí; en parte, no.

— Eso es lacónico, poco claro,—respondió Kallomeitsef, evitando ver los signos que le hacía Sipiaguin.—Mas, ya que ha hablado usted de los nobles ha debido usted tener ocasión de haber estudiado sobre el terreno lo que los ingleses llaman *Landed gentry* (1).

— No, no tuve ocasión; he vivido en otra esfera; pero sí tengo opinión acerca de esos señores.

— ¡Ah! está bien. ¿Y usted piensa que la existencia de algo parecido á ese *Landed gentry* sea imposible entre nosotros, y que en todo caso no sería de desear el que existiese?

— Creo, en efecto, en primer lugar, que es imposible; en segundo, que no debe desearse.

— ¿Y por qué, mi querido señor Solomine?

Este *querido señor* tenía por objeto tranquilizar á Sipiaguin, que se mostraba inquieto y que se agitaba en su asiento.

— Precisamente porque de aquí á treinta años vuestro *landed gentry* habría desaparecido por completo.

— Permítame usted, mi querido señor — repitió Kallomeitsef — que le pregunte qué es lo que le hace creerlo así.

---

(1) Propietarios de la aristocracia inglesa que viven en las provincias.



—Se lo diré á usted: en esta época la tierra pertenecerá á los propietarios, sin distinción de origen.

—¿A los comerciantes?

—La mayor parte á los comerciantes; es, cuando menos, lo probable.

—¿Y de qué modo se hará eso?

—Porque los comerciantes comprarán la tierra sencillamente.

—¿A los nobles?

—A los señores nobles.

Kallomeitsef se sonrió con aire de condescendencia.

—Si mal no recuerdo, decía usted la misma cosa á propósito de las fábricas y de los establecimientos industriales. Y, sin embargo, habla usted de todo el suelo.

—Y, sin embargo, hablo de todo el suelo.

—Y, según supongo, á usted le complacería mucho ese resultado.

—De ninguna manera; ya lo he dicho; el pueblo no será tampoco feliz.

Kallomeitsef levantó suavemente la mano.....

—¡Qué solicitud por el pueblo!.....

—Señor Solomine—gritó Sipiaguin—¡Ya está aquí la cerveza!..... ¡Veamos, Simeón!—añadió á media voz. Mas Kallomeitsef ya no se contenía.

—Según advierto—dijo dirigiéndose de nuevo á Solomine—no tiene usted de los comerciantes una opinión muy favorable; y, sin embargo, por su origen pertenecen al pueblo.

—Es verdad.

—Me había parecido que todo lo que pertenecía al pueblo, de cerca ó de lejos, lo creía usted perfecto.

—¡Oh! no señor. Está usted en un error al pensar eso. Nuestro pueblo es acreedor á censuras, en muchas cosas, aunque no siempre sea culpable. Nuestros comerciantes, hasta ahora, son hombres de rapiña y arreglan sus propios negocios



con hombres también de rapiña. ¿Qué hacer? ¡El que es desollado desuella á su vez! ¡En cuanto al pueblo!.....

—¿En cuanto al pueblo?—repitió Kallomeitsef con voz aflautada.

—Es un gran dormido.

—¿Y usted desea despertarle?

—No sería malo.....

—¡Ah! ¡Oh!..... ¡Esto es lo que os hace falta!

—Permitan ustedes, permitan ustedes; —dijo Sipiaguin con tono imperativo, comprendiendo que había llegado el momento de poner una barrera, y la puso.

Apoyado el codo del brazo derecho en la mesa y agitando en el aire á derecha é izquierda la mano de ese mismo brazo, pronunció un discurso largo y detallado. De una parte alababa á los conservadores, de otra, aprobaba la conducta de los liberales, mostrando cierta preferencia hacia estos últimos, de los cuales se declaró partidario; ensalzó al pueblo, pero no sin indicar sus puntos flacos; expresó su entera confianza en el Gobierno, pero se preguntó inmediatamente si todos los subordinados se conformarían con las paternales intenciones de él. Proclamó la utilidad y la importancia de la literatura, mas haciendo notar que moderación absoluta era la condición *sine qua non* de su existencia. Dirigió sus miradas al occidente; al pronto se regocijó; después manifestó sus dudas; miró al oriente y tuvo al pronto una impresión de tranquilidad que se trocó en una exclamación de esperanza. Finalmente propuso un brindis á la triple alianza de la religión, de la agricultura y de la industria.

—Bajo la égida del poder,—añadió Kallomeitsef, con tono severo.

—Bajo la égida de un poder sabio y benévolo,—replicó Sipiaguin.

Los convidados bebieron en silencio. El espacio vacío situado á la izquierda del orador, Nejdánof, en otros términos, emitió, es verdad, una palabra de desaprobación; mas no ha-



biendo llamado la atención de nadie, volvió á quedare silencioso, y la comida terminó felizmente sin que ninguna nueva discusión viniese á turbarla.

Valentina, con su más encantadora sonrisa, ofreció á Solomine una taza de café. El joven no la aceptó, y ya buscaba con los ojos su sombrero, cuando Sipiaguin, cogiéndole cariñosamente del brazo, le hizo entrar en su gabinete y le ofreció primeramente un excelente cigarro, y después le propuso que se encargara de su fábrica en las condiciones más ventajosas.

—Usted será el jefe absoluto, señor Solomine, el jefe absoluto.

Solomine aceptó el cigarro, pero rehusó la proposición, sin que le hicieran ceder las lisonjeras promesas de Sipiaguin.

—Al menos no me diga usted rotundamente: ¡no!, querido señor Solomine; dígame usted siquiera que lo pensará hasta mañana.

—Sería lo mismo, porque no he de aceptar.

—¡Hasta mañana! Se lo suplico á usted. ¿Qué trabajo le cuesta aceptar tan corto plazo?

Solomine se vió obligado á convenir en que, en efecto, nada le costaba dilatar la contestación hasta el día siguiente... Inmediatamente salió del gabinete á buscar su sombrero; pero Nejdánof, que hasta aquel momento no había tenido ocasión de cambiar con él ni una palabra, se acercó á él y le dijo con viveza:

—No se vaya usted, se lo suplico: tenemos que hablar.

Solomine dejó el sombrero, y Sipiaguin, en aquel momento, viéndole vagar por el salón con aire irresoluto, le dijo:

—Pasa usted la noche en casa, ¿no es así? No hay que preguntarlo.

—A las órdenes de usted—respondió Solomine.

Mariana, que estaba cerca de una ventana, le dirigió una mirada tan reconocida, que el joven se quedó pensativo.



## XXV

Antes de ver á Solomine, Mariana se lo había figurado muy de otra manera. A la primera ojeada no le pareció muy distinto de los demás hombres, lo mismo que cuando vió al primero recién venido. Sin duda que había visto, en su vida, muchos como aquél: rubios, delgados y musculosos.

Pero á medida que le miraba, y que escuchaba sus discursos, sentía que se agrandaba su confianza; confianza y no otra cosa era lo que Solomine le inspiraba. Aquel hombre, de aspecto tranquilo, nada solapado, aunque algo tosco, no era, de seguro, ni embustero ni jactancioso; podía servir de sostén á quien se apoyase en él como en un muro de piedra. Seguramente que no era capaz de hacer traición; es más: era de los que os saben comprender y sostener. Mariana acabó por estar convencida de que Solomine debía causar la misma impresión que en ella en todos los que estaban presentes.

No daba gran importancia á cuanto había dicho.

La conversación á propósito de las fábricas y de los comerciantes apenas si le había interesado; pero le agradaban sobremanera las palabras con que se expresaba y la mirada y la sonrisa con que las acompañaba.

Era un hombre veraz... he aquí lo que importaba á la joven y lo que la impresionaba.

Es cierto, aunque difícil de explicar, que los rusos son lo más embusteros del mundo, y, sin embargo, nada estiman ni veneran tanto como la verdad.

Además, para Mariana, Solomine tenía otra especie de aureola... era de los que Basilio Nicholaievitch recomendaba á sus correligionarios.

Durante la comida. Mariana cambió, á propósito de estos pensamientos, varias miradas con Nejdánof, y cuando hubo



terminado se asombró al establecer entre ambos jóvenes una comparación en que no salía favorecido Nejdanof.

Nejdanof, es verdad, tenía las facciones mucho más finas y agradables, pero su semblante expresaba una mezcla de sentimientos inquietos: despecho, turbación, impaciencia... y hasta cierto abatimiento; parecía que estaba sentado sobre alfileres; trataba de hablar y se callaba bruscamente; su sonrisa resultaba forzada.

Solomine, por el contrario, aunque parecía que se aburría un poco, estaba en la de Sipiaguin como en su propia casa.

Al verle se comprendía que la manera de ser de este hombre era absolutamente independiente de la de otros.

—De seguro, si le pido consejo—pensaba Mariana—me dirá algo que sea útil.

Ella fue quien ha hecho que Nejdanof le hablase después de la comida.

La velada pasó sin gran animación. Por fortuna se había acabado de comer bastante tarde, y la noche no tardó en llegar. Kallomeitsef estaba ceñudo y se callaba.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Mad. Sipiaguin con acento de lástima.—Amigo mío, ¿se le ha perdido á usted algo?

—Precisamente—respondió Kallomeitsef.—Se cuenta que uno de los generales de la Guardia se quejaba de que sus soldados hubiesen perdido la disciplina. «Que se me busque esa disciplina, gritaba» Yo á mi vez digo: «Que se me busque el *dignaos ordenar, señor.*» El *señor* ha desaparecido y con él todo respeto y toda subordinación.

Mad. Sipiaguin le declaró que ella no le ayudaría á buscarlo.

Envalentonado con el éxito de su *speek* de la comida, Sipiaguin pronunció otros dos discursos, extendiéndose en consideraciones sobre ciertas medidas indispensables; hasta llegó á pronunciar frases que tenía preparadas especialmente para San Petersburgo. Hasta repitió una de estas palabras prece-



didadas de la fórmula, «si se me permite hablar así». Fue á propósito de uno de los ministros que por entonces ocupaban el poder; le trató de espíritu inconstante y vano, siempre inclinado hacia lo ilusorio y quimérico. Por otra parte, Sipiaguin, no olvidándose de que tenía un negocio pendiente con un ruso, con un hombre del pueblo, tuvo buen cuidado de emplear ciertas expresiones destinadas á probar que él era un verdadero ruso, lo que se llama un verdadero ruso, para el cual son familiares los arcanos todos de la vida de su pueblo.

Así es que cuando Kallomeitsef indicó que la lluvia podía echar á perder el heno, Sipiaguin le respondió al punto con la frase vulgar: «Si el heno es negro, la espiga de trigo será blanca.» Asimismo citó una porción de proverbios, tales como los siguientes: «La mercancía sin el comerciante es como una huérfana.» «Mide la tela diez veces antes de cortarla una sola.» «Cuando el trigo abunda no faltan los celemines.» «Cuando por San Jorge los álamos ostenten hojas anchas como monedas, puedes estar seguro de que meterás tu trigo en el granero cuando llegue la fiesta de Nuestra Señora de Kayan.» Se presentó también ocasión de equivocarse y de decir, por ejemplo (confundiendo dos proverbios), que «la nutrición queda en su jaula,» ó bien que «el oro de la jaula nutre al pájaro.»

Pero las gentes, en medio de las que estas cosas ocurrían, no sospechaban siquiera que se había equivocado el ruso de pura sangre; además, gracias al príncipe Kovrijkine, estaba acostumbrada á semejantes trastrueques. En cuanto á Sipiaguin, pronunciaba sus sentencias y sus adagios con una voz especial, fuerte y un tanto gruesa, con una voz verdaderamente rústica. Estas sentencias, lanzadas en San Petersburgo en tiempo y lugar oportuno, eran causa de que las más altas y poderosas señoras exclamasen: «¡Qué bien conoce las costumbres de nuestro pueblo!» Y los altos y poderosos dignatarios añadirían: «Las costumbres y las necesidades.»

Valentina no cesaba de girar en torno de Solomine; pero



el ningún resultado de sus tentativas la descorazonaba hasta el punto de que una vez, al pasar al lado de Kallomeitsef, no se pudo contener y dijo á media voz:

—¡Dios mío, qué fatigada estoy!

A lo cual el otro respondió con sonrisa irónica:

—¡Tú lo has querido, fraile Mostén!....

En fin, después de la recrudescencia de frases amables y cumplimientos que ordinariamente preceden al instante de la separación, cuando la gente se ha fastidiado; después de los apretones de manos, las sonrisas y atenciones amistosas de ordenanza, los visitantes y sus huéspedes, tan fatigados los unos como los otros, se separaron.

Solomine, á quien se le había instalado en una de las mejores habitaciones, si no la mejor del segundo piso, con tocador á la inglesa y sala de baño, encontró allí á Nejdánof.

El joven comenzó por dar á Solomine calurosamente las gracias por haber consentido en quedarse.

—Ya sé—le dijo—que es un sacrificio para usted.

—De ningún modo—le respondió Solomine con su habitual tranquilidad.—¿Dónde está el sacrificio? Además, no podía rehusar la petición que usted me hacía.

—¿Por qué?

—Porque tengo simpatía hacia usted. Esa es la razón.

Nejdánof se mostró más bien gozoso que sorprendido. Solomine le apretó la mano: después se montó á caballo en una silla, encendió un cigarro, y con los brazos apoyados en el respaldo, dijo:

—Veamos. ¿De qué se trata?

Nejdánof montó también sobre una silla, pero no encendió ningún cigarro.

—¿De qué se trata? Se trata de que quiero huir de esta casa.

—¿Quiere usted dejar esta casa.....? ¡Pues, andando, y á la gracia de Dios!

—No; dejarla, no..... huir.



—¿Se le sujeta á usted aquí entonces? Por casualidad, ¿ha tomado usted dinero adelantado.....? En ese caso, dígamelo usted..... Yo tendré un placer.....

—No me comprende usted, querido Solomine..... He dicho huir y no partir..... porque yo no me voy solo.

Solomine levantó la cabeza.

—Entonces, ¿con quién?

—Con cierta joven que ha visto usted hoy aquí.

—¡Ah, sí, es bella! Según eso, ¿se aman ustedes? ¿O es que han convenido en dejar juntos una casa en que no se encuentran bien?

—Nos amamos.

—¡Ah!

Solomine reflexionó un instante.

—¿Es pariente de los dueños de la casa?

—Sí; pero participa de nuestras ideas, y está dispuesta á todo.

—¿Y usted, Nejdanof, está dispuesto?

Nejdanof frunció ligeramente las cejas.

—¿Por qué me hace usted esa pregunta? Usted me verá en la obra.

—No dudo de usted, Nejdanof; si le he hecho á usted esta pregunta, es porque, á excepción de usted, me parece que nadie está dispuesto.

—¿Y Markelof?

—Sí, es verdad. Markelof, sí; pero ese, á lo que yo pienso, ha nacido dispuesto á todo.

Al llegar aquí la conversación, alguien dió en la puerta dos golpes tenues y discretos. Sin esperar respuesta se abrió aquella, y entró Mariana, que se dirigió á Solomine.

—Estoy segura—dijo—de que no se sorprende usted de verme aquí á estas horas. Seguramente que ya le han dicho á usted..... (Señaló á Nejdanof.) Deme usted la mano, y sepa que es una joven honrada la que le está hablando.

—Sí, lo sé—respondió Solomine con tono grave.

Al entrar Mariana, se levantó de la silla.



—La estuve á usted mirando durante la comida, y me decía: «¡Qué ojos tan de mujer honrada tiene esta señorita!» Nejdanof me ha hablado, en efecto, del proyecto de ustedes. Pero dígame usted claramente, ¿por qué quieren huir?

—¿Por qué? La obra que yo tanto amo..... No se sorprenda usted, Nejdanof no me ha ocultado..... Esa obra comenzará dentro de algunos días..... y habré de estar en esta casa de señores, en la cual todo es mentira y falsedad. ¡Los seres á quienes amo van á correr quién sabe qué peligros, mientras que yo.....!

Solomine le interrumpió con un ademán.

—No se agite usted. Siéntese; yo voy á sentarme también. Usted también, Nejdanof..... Escúchenme ustedes. Si no existe otro motivo más que ese, no vale la pena de partir todavía. La obra comenzará más tarde de lo que ustedes piensan. No estorbará un poco de prudencia. No hay necesidad, créanme, de precipitarse hacia adelante con la cabeza baja.

Mariana se sentó, envolviéndose al mismo tiempo en un gran mantón que llevaba sobre los hombros.

—Pero yo no puedo permanecer aquí más tiempo; todo el mundo me insulta. ¿Hoy mismo, esa loca de Ana, no me ha dicho delante de Kolia, aludiendo á mi padre, que la manzana cae siempre cerca del manzano? Asombrado Kolia le ha preguntado qué era lo que quería decir. En cuanto á Mad. Sipiaguin no digo nada.....

Solomine la interrumpió de nuevo; esta vez sonriéndose. Mariana comprendió que se burlaba un poco de ella; pero la sonrisa de Solomine era de las que á nadie mortifican.

—¿Qué es lo que le molesta á usted, señorita? Ni conozco á Ana, ni tengo noticia de ese manzano de quien acaba usted de hablar. Pero, vamos á ver: una mujer tonta le dice á usted una tontería; ¿y no es usted capaz de soportarla? Entonces, ¿cómo se va usted á componer para vivir en el mundo? Todo él está invadido por los tontos. No: esa razón no me convence. ¿Tiene usted otras?



—Yo tengo la convicción—intervino Nejdánof con voz sorda—de que un día ú otro me va á despedir Mr. Sipiaguin. ¡Algo le han dicho, porque me trata del modo más desprecia-tivo!...

Solomine se volvió hacia Nejdánof.

—Entonces, ¿por qué huir, si está usted seguro que no se le ha de detener?

Nejdánof se quedó un momento como desconcertado.

—Ya le he explicado á usted—comenzó á decir.

—Ha hablado de huir—le interrumpió Mariana—porque yo parto con él.

Solomine la miró, y moviendo bondadosamente la cabeza dijo:

—Sí, perfectamente, querida señorita; pero, se lo repito á ustedes; si verdaderamente quieren dejar esta casa, porque creen que la revolución va á estallar...

—Precisamente—dijo Mariana atajándole.

—En ese caso—repuso Solomine,—pueden ustedes permanecer en ella durante mucho tiempo. Pero si tratan de huir porque se aman y aquí no hay medio de unirse... en ese caso...

—¿En ese caso...?

—No me resta otra cosa que decir á ustedes, según la anti-gua costumbre, «amor y concordia», y ayudarles en la medi-da de mis fuerzas, si es necesario y posible. Porque la verdad es que desde el primer momento, á usted señorita y á él les he tomado un cariño como de hermano.

Mariana y Nejdánof se acercaron á él por un mismo im-pulso, y le cogieron cada uno de una mano.

—Díganos usted solamente lo que es preciso hacer—excla-mó Mariana.—La revolución está lejos aún... ¡bueno! Pero indíquenos usted cuáles son los caminos, los preparativos ne-cesarios imposibles en esta casa y en estas condiciones, pero que nosotros haríamos de tan buena gana juntos! Díganos usted solamente á dónde es menester ir... Enviémos usted. Nos envirá, ¿no es verdad?



—¿Y á dónde?

--En medio del pueblo.

—En el bosque—pensó Nejdánof, recordando las palabras de Paklin.

Solomine miró atentamente á Mariana.

—¿Usted quiere conocer al pueblo?

—Sí, es decir, no solamente conocerle, sino también tratar... trabajar por él.

—¡Está bien! Prometo á usted que lo conocerá. Yo le daré á usted el medio de obrar, de trabajar por él. Y usted, Nejdánof, ¿tiene el propósito de consagrarse á ella y al pueblo?

—¡Sin ninguna vacilación!—respondió Nejdánof con viveza.—¡Djaggernat!—pensó acordándose de nuevo de las palabras de Paklin.—He aquí el enorme carro que avanza... Oigo ya el rechinar y el estrépito de sus ruedas.

—Está bien—repitió Solomine con aire pensativo.—¿Cuándo tenían ustedes intención de huir?

—Mañana, si á usted le parece.

—Bueno, ¿y á dónde?

—¡Chist! Hablen ustedes bajo—murmuró Nejdánof.—Andan en el corredor.

Los tres se callaron durante unos momentos.

—¿En dónde tienen ustedes intención de refugiarse?—continuó Solomine bajando la voz.

—Nada hemos pensado—respondió Mariana.

Solomine miró á Nejdánof que hizo un signo negativo.

Solomine extendió el brazo y despabiló cuidadosamente la luz; después dijo:

—Escuchen ustedes, amigos míos, vénganse á mi fábrica. No es cosa muy divertida, pero estarán seguros. Les ocultaré, precisamente tengo una habitación. Nadie irá allí á buscarlos. Id y estaréis en salvo. Acaso dirán ustedes que en una fábrica hay demasiada gente. Precisamente eso es lo que conviene. Donde hay mucha gente es donde más fácilmente puede uno ocultarse. ¿Está decidido?



—No resta más que le demos á usted las gracias—respondió Nejdanof.

Y Mariana, que al oír lo de la fábrica se había asustado un poco, añadió con viveza:

—¡Oh, sí, sí, qué bueno es usted! Pero no nos tendrá usted allí mucho tiempo, ¿no es verdad? ¿Nos enviará usted á alguna parte?

—Esto no durará sino hasta que ustedes... Y en el caso en que quieran casarse yo lo arreglaría todo. Vive cerca de la fábrica un clérigo llamado Zossimo, una buena persona y que creo que es primo mío. El los casaría en [un abrir y cerrar de ojos.

Mariana se sonrió silenciosamente; Nejdanof estrechó de nuevo la mano de Solomine, y al cabo de un instante, le preguntó:

—Dígame usted, el patrón, el propietario de la fábrica, ¿no se incomodará? ¿No podrá esto proporcionarle á usted algún disgusto?

—No se preocupe usted de mí; es completamente inútil—respondió Solomine.—Con tal de que su fábrica marche bien, lo demás le tiene sin cuidado. Y ni usted ni esta encantadora señorita tendrán que suplicarle nada. Nada tampoco tienen ustedes que temer de los obreros. Díganme ustedes á qué hora les espero.

Mariana y Nejdanof se miraron.

—Pasado mañana por la mañana á buena hora, ó al día siguiente—dijo Nejdanof.—No hay tiempo que perder. De un momento á otro pudiera despedírseme.

—Estamos convenidos—dijo Solomine levantándose.—Esperaré á ustedes todas las mañanas, y no me ausentaré en toda la semana. Todo estará dispuesto.

Mariana, que había dado un paso hacia la puerta, se dirigió á él.

—Adiós, querido Basilio Fedotich. ¿Es así como usted se llama?

—Sí.



—Adiós, ó más bien, hasta la vista. ¡Y gracias, gracias!

—Adiós, buenas noches, mi querida niña.

—Adiós, Nejdánof. Hasta mañana—añadió Mariana.

Y salió rápidamente.

Los dos jóvenes permanecieron durante un momento inmóviles y silenciosos.

—Nejdánof...—dijo al cabo Solomine.

Después se calló.

—Nejdánof—volvió á decir—cuénteme usted lo que pueda contarme acerca de esa joven. Cuál ha sido hasta ahora su vida. ¿Qué es? ¿Cómo se encuentra aquí?

Nejdánof contó brevemente lo que sabía.

Solomine le escuchaba con atención profunda.

—Nejdánof... — dijo luego — velad por ella... porque si ocurriese, si llegase el día... sería un mal para usted... ¡Adiós!

Se alejó. Nejdánof se quedó algún tiempo en medio de su cuarto; después murmuró:

—Tanto peor: no hay que volver á pensar en eso.

Y se echó en la cama.

Mariana, al entrar en su cuarto, encontró sobre la almohada un billetito concebido en estos términos:

«Me da usted pena: se pierde usted. Reflexione en qué abismo va á arrojarse con los ojos cerrados. ¿Por quién y por qué causa?—V.»

La alcoba estaba llena de perfume fresco y sutil: evidentemente Valentina acababa de salir.

Mariana cogió una pluma y escribió en la misma esquila:

«No me sermonee usted! Dios sabe cuál de nosotras dos es más digna de piedad. Por mi parte sé que no querría estar en lugar de usted.—M.»

Dejó el billete en la mesa, completamente cierta de que iría á parar á manos de Valentina.

Al día siguiente por la mañana, Solomine, después de hablar con Nejdánof y de rehusar definitivamente la proposición de Sipiaguin, se volvió á su casa.

E. M.—Octubre 1899.



Durante todo el camino estuvo sumido en sus reflexiones, cosa que no le acontecía casi nunca, porque generalmente el ruido del carruaje le producía cierta clase de soñolencia.

Pensaba en Mariana y en Nejdanof, y se decía:

«Si él hubiese estado enamorado, de seguro hubiese hablado de otra manera.»

Pero después seguía diciendo:

«Como yo no lo he estado nunca, no puedo saber lo que hubiese dicho en su lugar.»

Se acordó de cierta irlandesa que había visto una vez en un almacén, detrás del mostrador; tenía magníficos cabellos casi negros y ojos azules y obscuras cejas. Aquella joven le había mirado con expresión triste y á la vez interrogadora. Solomine estuvo paseándose en la calle por delante del escaparate, agitado, y preguntándose que haría, si la hablaría ó no.

Hallábase entonces de paso. El patrón le había enviado á hacer unas compras, confiándole una cantidad considerable. Solomine pensó en enviar el dinero y permanecer en Londres; tan fuerte fue la impresión que le había causado la bella Polly (sabía su nombre por haberlo oído á uno de los compañeros de la joven.) Sin embargo, logró vencerse y regresó á casa del patrón. Polly era más linda que Mariana; pero ésta tenía la mirada triste también é interrogadora y era, además, rusa.

—Pero, ¿por qué me preocupo de estas cosas?—dijo casi en alta voz.—¿Por qué han de inquietarme las novias ajenas?

Y sacudió el cuello de su abrigo como intentando des- echar al mismo tiempo pensamientos inútiles. En aquel momento llegaba á la fábrica y en el umbral de la puerta se destacaba la figura de su fiel criado.



## XXVI

La negativa de Solomine hirió profundamente á Sipiaguin, quien echó de ver repentinamente que el tal Stephe som no era tan notable mecánico y que, además, se las echaba de hombre importante, como acontece á los plebeyos vanidosos.

—Estos rusos, en cuanto creen que saben hacer bien una cosa, se vuelven insoportables. En el fondo, Kallomeitsef tiene razón.

Bajo la influencia de estos pensamientos desagradables, el hombre de Estado consideró á Nejdano f más de lejos que nunca; así es que advirtió á Kolia que aquel día no daría lección con su preceptor, porque era conveniente que se fuese acostumbrando á estudiar sin necesidad de guía. Esto no obstante, no puso inmediatamente al preceptor en la puerta de la calle, como él temía. Se contentó con ignorar su existencia.

En cambio, Valentina no se había olvidado de la de Mariana.

Dos horas antes de comer hizo la casualidad que ambas mujeres se encontraran solas en el salón. Cada una de ellas comprendió que había llegado la hora del choque inevitable. Después de un momento de vacilación, se aproximaron una á otra lentamente.

Valentina se sonreía; Mariana estaba grave; ambas tenían pálido el semblante. Al cruzar el salón Valentina miró á derecha é izquierda, arrancando, al pasar cerca de una maceta, una hoja de geranio. Los ojos de Mariana estaban fijos en aquella cara sonriente que se le acercaba.

Mad. Sipiaguin fue la primera que se detuvo, y golpeando el respaldo de una silla con las puntas de los dedos,

—Señorita Mariana—dijo negligentemente,—me parece que se ha establecido entre nosotras una correspondencia en regla... y la verdad es que entre dos personas que viven bajo



el mismo techo, la cosa resulta bastante extraña, y ya sabe usted que las extrañezas no me gustan.

—No soy yo, señora, la primera que ha entablado esa correspondencia.

—Sí, es verdad. Por esta vez, mía ha sido la culpa. Pero no se me ocurría otro medio para despertar en usted el sentimiento, no sé como decirlo, el sentimiento...

—Hable usted sin rodeos; no se contenga usted ni tema molestar-me.

—El sentimiento... de las conveniencias...

Valentina guardó silencio. No se oía en el salón otro ruido que el ligero chocar de los dedos en el respaldo de la silla.

—Y ¿en qué se funda usted para decir que he faltado á las conveniencias?—preguntó Mariana.

Valentina se encogió de hombros.

—Querida mía, usted no es una niña y me entiende bien. Figúrese usted que su conducta ha pasado inadvertida para mí, para Ana, para todos los de la casa... Usted, sin embargo, no se ha preocupado por guardar reserva. [Usted todo lo desprecia. Acaso mi marido sea el único que hasta ahora no ha notado nada. Tiene otras preocupaciones más interesantes é importantes á que atender. Pero, excepto él, todo el mundo conoce la conducta de usted.

Mariana palideció aún más intensamente.

—Suplico á usted, señora, que se explique con más claridad. En resumen, ¿de qué está usted disgustada?

«¡Insolente!»—pensó Valentina.

Mas se contuvo y prosiguió:

—¿Desea usted saber de qué estoy descontenta? Estoy descontenta de las entrevistas prolongadas que tiene usted con un joven que, por su nacimiento, por su educación y por su posición social es muy inferior á usted. Estoy descontenta... (no, esta palabra no me parece bastante enérgica) estoy indignada de las visitas de usted, á una hora inconveniente, de las visitas nocturnas que hace usted al cuarto de ese joven.



Y ¿dónde sucede esto? ¡Bajo el techo de mi casa! ¿Acaso á usted le parezca esto conveniente, y pretende que yo calle y que proteja semejante ligereza? Como mujer honrada... ¡sí, señorita, lo soy, lo he sido y lo seré siempre! como mujer honrada que soy me es imposible no sentir indignación por la conducta de usted.

Valentina se dejó caer en una butaca como agobiada por el peso mismo de tan gran indignación.

Mariana se sonrió por primera vez desde el principio de la entrevista.

—No dudo de la honradez de usted, presente, pasada y futura; lo digo con absoluta sinceridad. Pero se indigna usted sin motivo. Ninguna vergüenza he traído á esta casa. En efecto, amo al joven á quien ha aludido.

—¿Ama usted al señor Nejdánof?

—Le amo.

Valentina se enderezó en la butaca.

—Pero vamos á ver, Mariana; ese estudiante es de nacimiento equívoco, sin familia y más joven que usted. (Valentina pronunció con cierta fruición estas palabras.) ¿Qué puede resultar de todo ello? Usted que tiene talento, ¿qué es lo que ha encontrado en ese joven? ¡Un barbilindo insignificante!

—No siempre ha sido usted de la misma opinión.

—¡Oh, Dios mío! querida, no se ocupe usted de mí. Se trata de usted, de su porvenir. Hablemos seriamente, ¿puede ese joven ser un buen partido?

—Puedo asegurar que jamás me ha preocupado eso del partido que usted dice.

—Como, ¿qué es lo que quiere usted decir? Ha seguido usted el impulso de su corazón: bueno... Pero naturalmente, eso debía terminar en un matrimonio.

—Nada sé de eso. Jamás he pensado en ello...

—¿Qué no ha pensado usted en ello? ¿Pero ha perdido usted la cabeza?



Mariana dijo volviéndose un poco:

—Pongamos fin á esta conversaci3n que, en rigor, carece de objeto: no podemos entendernos.

Valentina se levant3 bruscamente.

—Yo no puedo, no debo poner fin á esta conversaci3n. Tiene demasiada gravedad. Respondo de usted delante (iba á decir delante de Dios, mas vacil3 y dijo) delante del mundo entero. No puedo guardar silencio cuando oigo semejantes extravagancias. ¿Por qu3 decía usted que no podían comprenderla? ¿Qu3 quiere decir tanto orgullo? No; la entiendo á usted demasiado bien. Comprendo que alimenta usted esas nuevas ideas que habrán de conducirla infaliblemente á la perdic3n. ¡Entonces ser3 demasiado tarde!

—Puede ser; pero créame usted, cuando llegue el momento de perecer, no extenderemos hacia usted la mano para que nos salve.

Valentina se restreg3 con fuerza las manos.

—Siempre ese orgullo, ese malhadado orgullo. Escúcheme usted, Mariana,—añadi3, cambiando súbitamente de tono.

Intent3 atraer hacia sí á Mariana, pero la joven di3 un paso atrás.

—Escúcheme usted; se lo suplico. Después de todo, ni soy tan vieja, ni tan tonta que sea imposible entenderse conmigo. No soy intransigente. Cuando joven se me tenía por republicana, ni más ni menos que á usted. Escúcheme. Hablando con franqueza, jamás le he mostrado á usted ternura maternal; además, sé que esto no le causaba á usted pena; pero sé también que tengo grandes deberes que cumplir, y me he esforzado en no faltar á ellos. Quizás el partido con que yo había soñado para usted, y por el cual ni mi marido ni yo hubiéramos vacilado ante ningún sacrificio; quizás, digo, este partido no esté en armonía con las ideas de usted; pero, créame, en el fondo de mi corazón.....

Mariana miraba á Valentina sus magníficos ojos, sus labios rosados, sus manos blancas, con los dedos cubiertos de



sortijas y un poco entreabiertos con que la hermosa dama oprimía de un modo tan expresivo el cuerpo de su vestido de seda..... Mariana la interrumpió bruscamente.

—¡Un partido, dice usted un partido!.... Ese hombre sin alma, ese vil que se llama Kallomeitsef.....

Valentina separó las manos de su traje.

—¡Sí, Mariana; hablo de Kallomeitsef, de ese joven, bueno, bien educado, que hará, de seguro, la felicidad de su mujer, y que sólo le rechazaría una loca! ¡Sí, una loca!....

—Y ¿qué hacer, tía mía? Es preciso creer, en efecto, que estoy loca.

—Pero, hablemos seriamente. ¿Qué es lo que puedes echarle en cara?

—¡Oh, nada absolutamente! ¡Que le desprecio!

Valentina movió la cabeza á derecha é izquierda con impaciencia y volvió á dejarse caer en la butaca.

—No hablemos más de él y volvamos al asunto. ¿Amas á Nejdanof?

—Sí.

—¿Y tienes intención de continuar tus entrevistas con él?

—Sí, bien decidida.

—¿Y si te lo prohíbo?

—No haré á usted caso.

Valentina dió un salto en la butaca.

—¡Ah, no me hará usted caso! ¡Y oigo decirlo á una joven á quien he colmado de beneficios, á una joven recogida en mi casa..... á la hija!....

—La hija de un padre deshonorado—acabó Mariana con voz sombría.—Continúe usted, no se contenga.

—No he sido yo quien lo ha dicho; pero en todo caso no hay por qué incomodarse. ¡Una joven que come mi pan!....

—Hace usted mal en recordarme eso, señora. Una aya francesa para Kolia le hubiera costado á usted más cara, porque yo he sido quien le ha dado lección de francés.

Valentina levantó la mano derecha, en la que tenía un pa-



ñuelo de batista con una cifra bordada en uno de los picos y perfumado de ilang-ilang. Quiso hablar, pero Mariana continuó impetuosamente:

—Tiene usted razón, mil razones; si en lugar de todo eso que ha dicho usted, en lugar de todos esos pretendidos beneficios y de esos sacrificios tan decantados, pudiera usted decir «esa joven á quien amo». Pero tiene usted bastante lealtad para no mentir en este punto.

Mariana temblaba como si estuviera acometida por un acceso de fiebre.

—Usted me ha detestado siempre. En este mismo momento, en el fondo del corazón de usted, del cual estaba usted hablando hace un instante, está usted satisfecha; sí, satisfecha, porque realizo las eternas predicciones de usted, que me cubren de vergüenza, y lo único que la desagrada á usted es que una parte del escándalo caiga sobre esta aristocrática..... honesta casa.

—Usted me insulta..... — balbuceó Valentina. — Salga usted.

Pero Mariana no se contenía.

—Todos en la casa, así me lo ha dicho usted, todos en la casa, Ana, todo el mundo conoce mi conducta. Y es claro, todo el mundo está rebosando de indignación. Mas, por ventura, ¿le pido yo á usted nada ni á todas esas gentes? ¿Debo dar la menor importancia á su opinión? ¿No es bien amargo para mí el pan de esta casa? ¿Qué miseria habrá que no prefiera yo á esta riqueza? ¿No existe entre esta casa y yo un verdadero abismo, abismo que nadie puede llenar? ¿Es posible que usted, que es una mujer de inteligencia, no tenga conciencia de todo esto? Y si usted me odia, es posible que no comprenda el sentimiento que me inspira, y que no nombro nuevamente.... porque es demasiado claro.

—¡Salga usted, salga usted!—repetía Valentina golpeando el suelo con su diminuto pie.

Mariana dió un paso en dirección á la puerta.



—Quiero librar á usted de mi presencia. Pero antes he de decirle esto: Cuentan que Rachel, la célebre actriz Rachel, en el *Bajaceto* de Racine no acertaba á dar la debida entonación á esta frase: ¡*Salid!* Lo mismo le pasa á usted. Y puesto que decía usted hace un momento: «soy una mujer honrada, lo he sido y lo seré», oígame usted bien: tengo la convicción de que soy mucho más honrada que usted.

Mariana salió lentamente. Valentina se dejó caer en la butaca, quiso gritar, intentó llorar; pero las lágrimas no acudieron.

Se contentó con hacerse aire con el pañuelo, pero el perfume que se escapaba de él le excitaba cada vez más los nervios.

Se consideraba desgraciada, herida..... Se confesaba que había algo de verdad en lo que acababa de oír. Pero ¿cómo había podido juzgársela tan duramente, tan injustamente?

—¿Seré en efecto tan perversa?—pensaba.

Miróse á un espejo colocado entre dos ventanas. El cristal le devolvía un rostro encantador, aunque un poco alterado y como veteado de manchas rojas, y unos ojos soberbios, suaves como el terciopelo.

—¡Yo perversa! ¡Perversa yo con estos ojos!

En este momento entró su marido, y Valentina ocultó nuevamente su rostro con el pañuelo.

—¿Qué tienes?—le preguntó él con cariño.—¿Qué tienes, Valia? (Había inventado este diminutivo de Valentina, y no lo empleaba más que cuando estaba completamente á solas con su mujer, generalmente en el campo.)

Mad. Sipiaguin comenzó por decir que no tenía nada; pero luego, volviéndose en la butaca y adoptando una graciosa postura, echó los brazos al cuello de su marido (Mr. Sipiaguin estaba de pie, inclinado sobre su esposa), y ocultando el rostro en el escote del chaleco, se lo contó todo sinceramente, sin doblez, sin la menor atenuación; hasta trató, si no de disculpar á Mariana, por lo menos de excusarla hasta cierto punto: echó



la culpa de todo á su juventud, á su temperamento apasionado, á los defectos de su primera educación; también, sin sombra de disimulo, se acusó á sí misma.

—Si hubiese sido mi hija, no habría sucedido esto; yo la hubiese atado corto desde el primer momento.....

Sipiaguin la escuchó hasta el fin con expresión simpática y condescendiente, mezclada de cierta severidad: permaneció inclinado hasta que Valentina separó las manos y la cabeza; la llamó ángel, la besó en la frente y le declaró que sabía ya lo que tenía que hacer como amo de casa. Después se alejó como un hombre de condición humana, pero enérgica, que se prepara á cumplir un deber penoso, aunque necesario.

De seis á siete de la tarde, después de la comida, Nejdánof escribía en su cuarto á su amigo Siline.

«Querido Vladimiro: Te escribo en el momento en que se verifica un cambio decisivo en mi existencia. Se me echa de esta casa, y parto. Pero esto sólo no sería nada... parto acompañado. La joven de que te he hablado viene conmigo. Todo contribuye á reunirnos: la semejanza de nuestros destinos, la conformidad de nuestras opiniones, de nuestras aspiraciones y la reciprocidad de nuestros sentimientos.

Nos amamos; por lo menos, tengo la persuasión de que yo no podría experimentar el sentimiento del amor bajo forma diferente á la en que Mariana se me presenta.

Pero mentiría si te dijese que no experimento cierto temor secreto, si te ocultase la extraña angustia que siente mi corazón. Ante nosotros todo es sombra, y en medio de esas densas lóbregues es donde vamos á lanzarnos. No es menester que te diga á dónde nos dirigimos y cuál es el papel que hemos elegido. Mariana y yo no buscamos la felicidad, la vida dulce y fácil; queremos luchar juntos, uno al lado del otro, y sosteniéndonos mutuamente. Nuestro objeto está bien definido; pero ignoramos cuáles son los caminos que han de conducirnos hasta él.

¿Encontraremos, ya que no simpatía ni auxilios, al menos



la posibilidad de poder hacer algo? Mariana es una excelente, una honrada joven; si nuestro destino fuese perecer, no sentiría el menor remordimiento por haberla impulsado á esta determinación, porque, en rigor, no era posible para ella otra cosa. Y sin embargo, querido Vladimiro, tengo un peso sobre el corazón... me atormenta una duda, no acerca de mis sentimientos hacia ella, ¡oh, no! pero... yo no sé... Lo que no ignoro es que es ya tarde para volverse atrás.

Tiéndenos la mano, aunque desde lejos, y haz votos porque tengamos paciencia, abnegación y fuerza para amar... sobre todo, fuerza para amar. Y tú, pueblo ruso, á quien desconocemos, pero á quien amamos con toda la fuerza de nuestro ser, con toda la sangre de nuestro corazón, recíbenos sin indiferencia y enséñanos lo que de tí debemos esperar.

¡Adiós, Vladimiro, adiós!»

Cuando hubo acabado de escribir estas líneas, Nejdanof se alejó de la finca.

A la noche siguiente, cuando comenzaba á apuntar la aurora, el joven esperaba en el lindero del bosque de álamos, no lejos de la casa de Sipiaguin. Un poco detrás, y entre las hojas de un espeso grupo de avellanos, se entreveía un carruaje de campesino, tirado por dos caballos medio desenganchados; bajo el asiento, formado por cuerdas entrelazadas, dormía un viejecillo *moujik*, de pelo gris, echado sobre un montón de heno y envuelto en un saco de lienzo todo remendado.

Nejdanof miraba con insistencia el lado del camino inmediato al grupo de sauces que limitaba el jardín: la noche estaba tranquila; perdidas en el vacío profundo del cielo pestañeaban débilmente algunas estrellas.

Sobre los redondos bordes de las nubes que se amontonaban en los confines del horizonte, llegaba, deslizándose por la parte de Oriente, un pálido resplandor; de aquel mismo punto del horizonte venía también el frío penetrante de la madrugada.

De repente, Nejdanof tembló y se enderezó. Cerca de él



había rechinado una puerta del jardín; de enmedio de la sombra de los sauces se destacó sin apresuramiento una delicada sombra de mujer, envuelto el busto en un amplio pañuelo, llevando un paquetito colgado de su brazo desnudo, y poniendo el pie sobre el polvo del camino que atravesó rápidamente dirigiéndose al bosquecillo.

Nejdanof se lanzó á su encuentro.

—¡Mariana!—murmuró.

—¡Yo soy!—respondió una voz que salía de debajo del embozo del pañuelo.

—¡Por aquí, soy yo!—dijo Nejdanof, cogiéndola con fuerza por el brazo desnudo.

La joven sintió un escalofrío y juntó los codos.

Nejdanof la condujo hasta el carruaje y despertó al campesino, que, levantándose con presteza, se puso en la parte delantera del vehículo, se metió el saco y empuñó las riendas.

Los caballos hicieron un movimiento como para arrancar; pero el cochero les calmó con voz enronquecida por el sueño.

Nejdanof colocó á Mariana, después de extender su abrigo sobre el asiento, le envolvió los pies en una manta; el heno estaba un poco húmedo; se colocó al lado de la joven, y dijo en voz baja al conductor:

—Ya sabes á dónde. En marcha.

Los caballos tiraron del carruaje, echaron á andar, salieron del bosque, y el vehículo, sacudido y dando tumbos sobre sus estrechas ruedas, rodó al fin sobre el camino.

Nejdanof sostenía á su compañera por el talle; Mariana, separando con sus dedos helados el pañuelo que le protegía la cara, se volvió hacia el joven, y sonriéndose le dijo:

—¡Oh, qué buena mañana! ¿Hace frío, Alejo?

—Sí—respondió el campesino;—de seguro que habrá rocío.

Había, en efecto, tanto, que los cubos de las ruedas, que rozaban con las puntas de las yerbas nacidas al borde del camino, se llenaban de gotas; la verdura de la yerba tenía un tono gris, parecido al del acero.



Mariana volvió á estremecerse.

—Hace frío, hace frío—repetía alegremente.—¡La libertad, Alejo, la libertad!

## XXVII

En cuanto oyó Solomine que un caballero y una señora acababan de llegar en un coche y preguntaban por él, se dirigió á la puerta de la empalizada que rodeaba la fábrica.

No preguntó á los recién venidos por su salud; se limitó á saludarlos con un movimiento de cabeza, y ordenó al cochero que entrase en el corral, encaminando á sus huéspedes al pabellón en que Solomine vivía, á cuya entrada ayudó á apearse á Mariana.

Nejdanof saltó después que la joven.

Solomine les hizo atravesar un largo corredor obscuro, subir una escalera, y les condujo á la parte trasera del pabellón, en el segundo piso. Una vez allí, abrió una puerta baja y entraron los tres en un cuartito con dos ventanas, bastante bien amueblado.

—¡Sean ustedes bien venidos!—dijo Solomine con su eterna sonrisa, que entonces parecía más prolongada y cordial que de costumbre.—Este es vuestro alojamiento. He aquí un cuarto y otro al lado. No es magnífico, pero puede pasar. Nadie vendrá á olisquear. Hay bajo las ventanas lo que mi patrón llama un *parterre*, yo lo llamo un patatal; está rodeado de murallas. Se hallan ustedes en su casa. Conque otra vez buenos días, encantadora señorita, y usted también, Nejdanof, ¡buenos días!

Y les estrechólas manos.

Los dos jóvenes permanecían inmóviles, sin quitarse los abrigos, y mirando con ojos en los que se veía en parte la sorpresa, en parte la alegría.



—Vamos á ver qué es eso—dijo Solomine.—Quítense los abrigos. ¿Qué es lo que han traído?

Mariana enseñó el paquetito que llevaba colgado al brazo.

—No tengo más que esto.

—Yo—dijo Nejdanof—traigo un saco de noche y una maleta, que se han quedado en el carruaje..... Voy á.....

—Quieto, quieto.

Solomine abrió la puerta.

—Paul—gritó, inclinándose sobre la obscura escalera,—oye: trae unos objetos que hay en el carruaje.

—¡En seguida!—contestó la voz del *omnipresente*.

Solomine se dirigió de nuevo á Mariana, que se había quitado el pañuelo, y que en aquel momento se desabrochaba la toquilla.

—¿Ha salido todo bien?

—Todo. Nadie nos ha visto. He dejado una carta á madame Sipiaguin. No he cogido ni vestidos ni ropa interior, porque como usted nos iba á enviar..... (no se atrevió, no sabemos por qué, á decir *al pueblo*), no valía la pena de traerlos; para nada me hubieran servido. Tengo, además, dinero para comprar lo que me haga falta.

—Ya se arreglará todo en seguida..... Pero, esperen ustedes—dijo señalando á Paul, que entraba con las maletas de Nejdanof:—les recomiendo al mejor amigo que tengo en esta casa; pueden ustedes contar con él como conmigo mismo. ¿Le has encargado á Tatiana el *samovar*?—añadió á media voz.

—Van á traerlo—respondió Paul,—y la crema, y todo.

—Tatiana es su mujer—continuó Solomine.—Hasta que usted..... ¡Ah!..... sí, hasta que usted tenga costumbre, ella la servirá á usted, señorita.

Mariana dejó la toquilla en un diván de cuero que ocupaba uno de los rincones.

—Llámeme usted Mariana; yo no soy señorita..... Tampoco tengo necesidad de sirviente..... no he salido de aquella casa



para tener servidores. No se fije usted en mi traje. No tenía otro allá abajo. Menester será que lo cambie.

Su traje, de buena tela de color aceitunado, era muy sencillo, pero cortado por una costurera de San Petersburgo, sentaba admirablemente á la joven, haciendo que el talle se dibujase con elegancia lo mismo que los hombros: era, en suma, un traje de moda.

—¡Bah! No será una sirvienta, será una ayudante á la americana. Pero esto no le impedirá á usted tomar té. Aunque es aún temprano, deben ustedes estar fatigados. Voy ahora á la fábrica: ya volveremos á vernos más tarde. Cuando necesiten ustedes algo, pídansele á Paul y á Tatiana.

Mariana le tendió cariñosamente ambas manos.

—¡Cómo darle á usted las gracias!—dijo, mirándole con ternura.

Solomine le acarició dulcemente la mano.

—Podría contestar á usted que no merezco gracias..... y sería verdad. Pero prefiero decir á usted que su agradecimiento me causa gran placer; así es que estamos en paz. Hasta luego; vamos, Paul.

Mariana y Nejdánof se quedaron solos.

La joven se dirigió á él y mirándole como había mirado á Solomine, pero con una más alegre mirada, más tierna y luminosa:

—¡Oh, amigo mío!—le dijo,—comenzamos una vida nueva..... ¡Oh! ¡No puedes figurarte cuán alegre y encantador me parece este cuarto, comparado con esos detestables palacios! Dime, ¿estás contento?

Nejdánof le cogió las manos y las apretó contra su pecho.

—Soy feliz, Mariana, porque emprendo contigo esta nueva vida. Tú serás la estrella que me guíe, mi apoyo, mi fuerza.

—¡Querido Alejo! Mas, perdona; es preciso que me arregle un poco; voy á entrar en mi cuarto; espérame aquí, que en seguida vuelvo.

Mariana entró en la habitación contigua, cerró la puerta,



y un minuto después, entreabriéndola y sacando la cabeza por la abertura, dijo:

—¡Qué agradable es Solomine!

Después desapareció de nuevo, y se oyó echar la llave.

Nejdanof se aproximó á la ventana y miró al jardín..... y, sin saber por qué, fijáronse sus ojos atentamente en un manzano viejo y ya estéril.

Se sacudió, se arregló un poco, abrió el saco de viaje, y, sin sacar de él nada, se puso otra vez á la ventana.

Al cabo de un cuarto de hora apareció Mariana, alegre, animada, con la tez coloreada por el agua fresca; y algunos instantes después, Tatiana, la mujer de Paul, entraba con el *samovar* el servicio de té, los panecillos blancos y la crema.

Tatiana formaba vivo contraste con la figura de su marido: era una verdadera mujer rusa, sólidamente formada, rubia, blanca, con la cabeza descubierta y con una larga trenza, sujeta alrededor de una peina de forma de cuerno.

Sus facciones eran algo bastas, pero agradables; los ojos grises, buenos y francos. Vestía un traje de indiana descolorido, pero en buen estado; tenía las manos un poco grandes, pero bellas y bien cuidadas.

Se inclinó tranquilamente, y dijo con voz firme y clara, sin arrastrar las sílabas:

—¡Muy buenos días!

Y se puso á arreglar el *samovar*, las tazas y lo demás.

Mariana se le acercó.

—Déjeme usted que la ayude, Tatiana. Deme usted un paño.

—Esto no vale la pena, señorita; yo estoy ya acostumbrada..... Basilio Fedoitch me ha hablado. Si desea usted alguna cosa, dígnese dar orden; haremos lo que usted mande.

—Tatiana, no me llame usted señorita, se lo suplico. Estoy vestida como las señoras, pero ahora..... ahora soy.....

Mariana, un poco turbada por la insistente mirada de Tatiana, se calló.



—¿Qué es usted ahora?—le preguntó Tatiana con voz tranquila.

—Si usted quisiese..... en efecto..... soy noble; pero yo quiero prescindir de ello y llegar á ser una mujer del pueblo.

—¡Ah, sí; ahora comprendo! Usted es de los que quieren simplificarse. Hay así muchos.

—¿Cómo ha dicho usted, Tatiana? ¿Simplificarse?

—Es un modo de decir que se estila ahora. Vivir como vive el pueblo; eso es simplificarse. Es necesario que haya quien enseñe á razonar al pueblo. Pero esto es poco divertido. Dios le dé á usted paciencia para soportarlo.

—Simplificarse—repitió Mariana—¿oyes, Alejo? En este momento somos simplificados.

Nejdanof se echó á reir y repitió también:

—Simplificados.

—¿Y quién es este señor? ¿Quién es? ¿Un maridito? ¿Un hermano?—preguntó Tatiana á la joven, en tanto que enjugaba cuidadosamente las tazas con sus manos grandes y hábiles, contemplando con sonrisa entre maliciosa y de cariño tan pronto á Nejdanof como á Mariana.

—No—respondió ésta;—ni es mi marido ni mi hermano.

Tatiana levantó la cabeza.

—¿Entonces viven ustedes en *libre gracia*? También de esto se ve mucho. En otro tiempo solía acontecer algo semejante entre los viejos creyentes, en los *raskolniks*; pero actualmente hay otros que hacen lo mismo. Cuando Dios envía su bendición, se vive contento y en confianza. Para esto no hace falta clérigo. En la fábrica hay muchas parejas así, y no de las peores.

—¡Qué frases tan graciosas usa usted, Tatiana! ¡*En libre gracia*! Eso me gusta. A propósito, Tatiana: quisiera pedir á usted un favor. Deseo hacerme ó comprarme hecho un vestido como el de usted, ó más sencillo, si es posible. Zapatos, medias, pañuelo, todo como usted. Tengo el dinero necesario.



—Bueno; todo se hará, señorita..... No se incomode usted, no lo volveré á decir. ¿Pero cómo habré de llamar á usted?

—Mariana.

—¿Y el apellido del padre de usted? (1).

—¿Para qué hace falta el apellido de mi padre? Llámeme usted Mariana á secas. ¿No la llamo yo á usted Tatiana?

—Sin embargo..... No es lo mismo. Dígame usted su apellido.

—Bueno. Sea: Vikenti. ¿Y el de usted?

—¿El mío? Ossip.

—Pues bien; yo la llamaré á usted Tatiana Ossipovna.

—Y yo llamaré á usted Mariana Vikentievona. Esto resultará muy bien.

—¿Tomará usted el té con nosotros, Tatiana Ossipovna?

—Por ser el primer día no rehusó, Mariana Vikentievona, una tacita.

—Siéntese usted, Tatiana Ossipovna.

—Mil gracias, Mariana Vikentievona.

Tatiana se sentó; tomó el té á la usanza del pueblo ruso, cogiendo con los dedos terroncitos de azúcar, que partía en pedazos con los dientes, guiñando el ojo del lado por donde mordía.

Mariana entabló de nuevo conversación con ella. Tatiana respondía sin timidez, interrogaba á su vez y contestaba. Habló de Solomine casi como de un Dios, y colocó á su marido en primera línea, después de Solomine. La vida de la fábrica le parecía muy pesada.

—Esto no es la ciudad—decía—ni la aldea. Si no fuera por Mr. Solomine, no estaría aquí ni una hora.

Mariana escuchaba atentamente sus relatos. Nejdánof, sentado á cierta distancia, miraba á su compañera sin sorprenderse de la atención que mostraba por lo que decía la

---

(1) El empleo del nombre y apellido juntos, equivale al señor, señora, señorita, según los casos.



joven. Para Mariana todo era nuevo. En cuanto á él, le parecía que había visto en otras ocasiones centenares de Tatianas semejantes á aquella, y aun creía que había hablado con ellas mil veces.

—Escuche usted, Tatiana Ossipovna—dijo Mariana.—Usted ha creído que nosotros queremos instruir al pueblo; no, lo que queremos es servirle.

—¿Cómo servirle? Enseñarle, ¡qué mayor servicio! Mire usted: yo, por ejemplo, cuando me casé no sabía leer ni escribir, y ahora ya sé, gracias á Basilio Fedotych. Y no es él quien me ha enseñado, sino un hombre bastante viejo pagado por él. ¡Eh! ¡Soy todavía joven, aunque grande!

—Yo quisiera—dijo Mariana—aprender algún oficio. Mas ya hablaremos de esto otras veces. De costura sé algo; si aprendiese algo de cocina, podría hacerme cocinera.

Tatiana se asombró.

—¡Cocinera! ¿Cómo? Pero las cocineras viven en las casas de los ricos ó de los comerciantes. Los pobres se guisan ellos mismos su comida. En un *artel* de trabajadores acaso.

—Pero ese es un oficio penosísimo.

—No tendría inconveniente en estar en la casa de un rico, con tal que pudiera encontrarme con los pobres. Sin contar con esto, ¿cómo podría buscarlos? Jamás se me presentará ocasión como esta, con auxilio de usted.

Tatiana dejó la taza boca abajo, en el plato.

—No es cosa tan fácil—dijo sonriéndose—como darse la vuelta al dedo con un hilo. Enseñaré á usted cuanto sepa; pero no crea usted que soy una sabia. Pregúntele usted á mi marido. El es otra cosa; lee mil clases de libros, y se lo explica á usted todo como con la mano.

Al ver que Mariana liaba un cigarrillo, le dijo:

—Perdone usted, Mariana Vikentievona; si verdaderamente trata usted de simplificarse, habrá usted de dejarse de eso—señalando con el dedo al cigarrillo.—Porque en ciertos quehaceres, en el de cocinera, por ejemplo, no se acostumbra.



Todo el mundo al verla á usted fumar, adivinaría que es usted una señorita.

—No fumaré. Es una costumbre fácil de olvidar. Puesto que las mujeres del pueblo no fuman, no conviene que yo fume.

—Ha dicho usted la verdad. A los hombres se les tolera ese vicio, á las mujeres no..... Pero aquí se acerca Solomine: son sus pasos. Pregunte usted á Solomine; él se lo explicará á usted, tan claro como el agua.

En efecto, se oyó la voz de Solomine que hablaba detrás de la puerta:

—¿Se puede entrar?

—Entre usted, entre usted,—gritó Mariana.

—Es una costumbre inglesa que se me ha quedado,—dijo Solomine al tiempo de entrar. — ¿Y qué tal? ¿No han tenido ustedes aún tiempo de fastidiarse? Por lo que veo, han tomado el te con Tatiana. Conviene que la oigan ustedes; tiene muy buen sentido. El patrón ha llegado hoy, por cierto muy intempestivamente. Comerá aquí. ¡Qué le vamos á hacer! Es mi patrón.

—¿Qué especie de hombre es?—preguntó Nejdánof, saliendo de su rincón.

—Un hombre como todo el mundo, un poco aficionado á la bebida, pero no es malo. Conmigo está suave como una seda. Me necesita..... He venido á decir á ustedes que probablemente no nos volveremos á ver en todo el día. Traerán aquí la comida. Procuren ustedes que no se les vea desde el corral. No olvide usted, Mariana, que los Sipiaguin han de procurar ver á usted.

—Creo que no,—respondió Mariana.

—Yo tengo la persuasión de que sí.

—Es igual—repuso Solomine.—De todos modos, conviene ser prudentes, siquiera en los primeros momentos. Después, todo ello se arreglará.

—Sí; pero oiga usted: es preciso que Markelof—dijo Nejdánof—sepa dónde estoy. Tenemos que avisárselo.



—¿Por qué?

—Es indispensable para nuestro asunto. Debe siempre saber en donde estoy. Se lo he prometido. Es seguro que guardará el secreto.

—Está bien, enviaremos á Paul.

—¿Y mi traje, estará pronto?—preguntó Nejdánof.

—El traje; pero esto va á ser una mascarada..... ea, adiós; que descansen ustedes. Vamos, Tatiana.

Mariana y Nejdánof se quedaron otra vez solos.

## XXVIII

Comenzaron como la vez anterior, por estrecharse fuertemente las manos. A poco Mariana dijo:

—Espera, voy á ayudarte á arreglar tu cuarto.

Y se puso á sacar lo que contenía el saco de viaje y la maleta.

Nejdánof quiso ayudarle, pero ella se opuso declarando que lo haría por sí sola «porque era necesario que se fuese acostumbrando á servir». Y en efecto, ella sola colgó las prendas en los clavos que había encontrado en el cajón de la mesa, después de haberlos clavado en la pared, valiéndose para ello de la tabla de un cepillo; luego colocó la ropa en una cómoda vieja que había entre las dos ventanas.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — dijo de repente.— ¡Un revólver! ¿Está cargado? ¿Para qué tienes esto?

—No está cargado. Dámelo. ¿Para qué me preguntas? En nuestro oficio hace falta.

Se echó á reir y siguió en su faena, sacudiendo cada prenda y golpeándola con la palma de la mano; puso después en el canapé dos pares de botas; algunos libros; un paquete de papeles y el famoso cuaderno de poesías fueron solemnemente colocados en una rinconera de tres pies, que la joven bautizó con el nombre de mesa de escribir y mesa de trabajo, por opo-



sición á la otra, que era redonda, y que designó con el nombre de mesa de comer ó mesa de te.

Acabados estos quehaceres, cogió el cuaderno de versos, lo levantó hasta la altura de los ojos, y mirando á Nejdánof por debajo, le dijo sonriendo:

—Lo leeremos juntos ¿verdad? en los ratos que nos dejen libres nuestras ocupaciones.

—Dame ese cuaderno, voy á echarlo al fuego,—gritó Nejdánof.—No merece otra cosa.

—Entonces, ¿por qué te lo has traído? No, no quiero que lo quemes; no he de dejarte que lo echés al fuego. Y eso que se dice que los poetas aunque amenazan con quemar sus obras, no cumplen nunca su promesa. De todos modos lo guardaré yo; así estará más seguro.

Quiso protestar Nejdánof; pero Mariana se entró en su cuarto con el cuaderno, y volvió á salir con las manos vacías.

Se sentó al lado de Nejdánof y se volvió á levantar en seguida.

—¿No has estado aún en mi cuarto..... en mi alcoba? ¿Quieres verla? No es peor que la tuya. Ven: te la enseñaré.

Nejdánof se levantó también y siguió á la joven. Su habitación era un poco más pequeña que la de su compañero, pero el mobiliario era más elegante y más moderno. En la repisa de la ventana había un vaso de cristal con flores, y en uno de los lados un catre de hierro.

—¿Has visto qué galante es Solomine?—exclamó la joven.—Pero es preciso que no nos dejemos vencer por la pereza. De seguro que no tendremos á menudo un alojamiento como éste. ¿Sabes una cosa? Convendría, para no separarnos, que encontrásemos colocación para ambos en el mismo sitio. Será difícil—añadió después de una pausa.—De todos modos, tú no volverás á San Petersburgo, ¿no es verdad?

—¿Y qué tengo yo que hacer en San Petersburgo? Seguir estudiando en la Universidad y dar lecciones. ¿A qué semejante cosa?



—Veremos lo que dice Solomine. Él sabe mejor que nosotros lo que conviene que hagamos.

Volvieron á la sala contigua y se sentaron el uno al lado del otro.

Elogiaron á Solomine, á Tatiana y á Paul; hablaron de Sipiaguin, de la vida que acababa de desaparecer como detrás de una niebla: cogidos de las manos se miraban en éxtasis; después hablaron de las clases sociales en que iban á penetrar, y de los medios de que habrían de valerse para no inspirar desconfianza.

Nejdanof dijo que cuanto menos pensasen en ellos, mejor les resultaría.

—Sin duda—contestó Mariana,—puesto que, como Tatiana dice, queremos simplificarnos.

—No es en ese sentido en el que yo hablaba,—replicó Nejdanof.—Quiero decir que no es necesario violentarse.....

Mariana se echó á reir.

—Estoy pensando, Alejo, en que ambos somos simplificados.

Nejdanof se rió también, repitiendo simplificados; después se puso pensativo: también Mariana se quedó pensativa.

—Alejo,—dijo.

—¿Qué?

—Me parece que estamos así un poco cortados. Los recién casados (estas palabras las dijo en francés) deben experimentar algo de esto en su primer viaje de novios. Son felices, muy felices, pero están un poco cortados.....

Nejdanof se sonrió forzadamente.

—Los recién casados..... Tú sabes, Mariana, que nuestro caso no es idéntico.

Mariana se levantó, y puesta de pie delante de Nejdanof:

—Eso depende de tí,—dijo.

—¿Cómo?

—Escucha, Alejo: cuando me digas, bajo tu palabra de hombre honrado, y te creeré, porque eres, en efecto, un hom-



bre honrado; cuando me digas que me amas con ese amor..... con ese amor que une á los amantes para toda la vida, seré tuya.

Nejdanof enrojeció y volvió un poco el rostro.

—Cuando te lo diga..... ¿serás mía?

—Sí, en cuanto me lo digas. Mas ya lo ves: no me lo dices en este momento. ¡Oh, sí, Alejo! ¡Eres un hombre honrado! Hablemos ahora de cosas más importantes.

—Pero, ¿crees, Mariana, que no te amo?

—Lo sé, y esperaré..... Pero la mesa de escribir no está todavía arreglada, Aquí tienes envuelta una cosa.

Nejdanof se levantó vivamente de su silla.

—Deja eso, Mariana, te lo suplico; no lo toques.

Mariana le miró por encima del hombro, y levantando las cejas con asombro:

—¡Es un secreto! ¡Tienes un secreto!

—Sí, sí—balbuceó Nejdanof todo turbado, y añadió como dando una explicación:—es un retrato.

Esta palabra se le escapó á pesar suyo. El papel que Mariana tenía entre las manos contenía, en efecto, el retrato que Markelof había entregado al joven.

—¡Un retrato!.....—dijo Mariana lentamente.—¿Y de mujer?

Entregó el paquete á Nejdanof; pero éste fue á cogerlo, con tan mala fortuna, que faltó poco para que se cayese. El papel quedó entreabierto.

—Es mi retrato—gritó Mariana con viveza.—¡Oh, puesto que es un retrato mío, tengo derecho á guardarlo yo!

Lo tomó de la mano de Nejdanof y le preguntó:

—¿Lo has dibujado tú?

—No..... no he sido yo.

—¿Quién entonces? ¿Markelof?

—Lo has adivinado.

—¿Y cómo es que está en tu poder?

—Él me lo ha regalado.



—¿Cuándo?

El joven se lo refirió todo á su compañera. Mientras que hablaba, Mariana pasaba alternativamente sus miradas de Nejdánof al retrato, y en los dos á la vez se agitaba el mismo pensamiento. Si él hubiese estado aquí, hubiera tenido derecho á exigir.....

Pero ni Mariana ni Nejdánof formularon en alta voz su pensamiento..... acaso cada uno de ellos lo leía en el espíritu del otro.

Mariana envolvió nuevamente el retrato en el papel, y lo dejó sobre la mesa.

—¡Pobre Markelof! —murmuró.—¿Dónde está ahora?

—¿Dónde? En su casa. Tengo que ir mañana ó pasado por los libros y folletos que me ha prometido, y que se nos olvidaron en el momento de partir.

—¿Crees que al darte este retrato se proponía renunciar á todo, absolutamente á todo?

—Eso me pareció.

—Y, sin embargo, crees encontrarle en su casa.

—Ciertamente.

—¡Ah!

Mariana bajó los ojos y dejó caer los brazos.

—He aquí á Tatiana, que nos trae la comida—exclamó de repente.—¡Qué mujer más buena!

Tatiana se presentó, trayendo los cubiertos, las servilletas y la vajilla. Mientras ponía la mesa, contó lo que había pasado en la fábrica.

El patrón ha llegado de Moscú *por la máquina*. Se ha puesto á recorrer todos los pisos como un loco. No entiende una palabra de nada, pero lo hace para dar ejemplo. Solomine lo trata como á un niño. El patrón ha querido hacerle alguna observación, pero Solomine le ha dado con la contestación en la nariz. «Lo dejo todo y al momento.» El patrón entonces ha aguzado las orejas, ¡y de qué manera! En este momento comen juntos. El patrón ha venido con un compañero que se admira



de todo. Debe de ser hombre de dinero. Está casi siempre callado, y sólo de cuando en cuando mueve la cabeza. Es un hombre muy gordo, muy gordo. Un gordinflón de Moscú. Dice muy bien el proverbio: «Moscú está en el fondo del embudo; todo es allí redondo.»

—¡Qué bien se fija usted en todas las cosas!—exclamó Mariana.

—Abro el ojo—respondió Tatiana.—Ya está lista la comida. Coman con buen apetito. Yo voy á sentarme y á mirar.

Los dos jóvenes se pusieron á la mesa. Tatiana se sentó en la repisa de una ventana y apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—¡Qué simpáticos son ustedes! Me gusta mirarlos: tanto, que me da casi pena. ¡Ah, gentil pareja! Han tomado ustedes un fardo de mucho peso para sus hombros. A los jóvenes como ustedes, las gentes del zar gustan de meterlos en el cofre.

—¡Bah! No se apene usted, comadre—respondió Nejdánof;—ya sabe usted el proverbio: el que nace para seta, debe ir al cesto.

—¡Sí, ya lo sé! Pero los cestos que ahora se gastan son estrechos, y no se sale de ellos como se quiere.

—¿Tiene usted hijos?—le preguntó Mariana,—para variar de conversación.

—Tengo un muchacho que va ya á la escuela. Tenía una hija, mas la perdí; ¡la pobre cayó bajo una rueda! Si al menos se hubiera quedado en el sitio..... Pero no: estuvo durante mucho tiempo mala. Desde entonces mi corazón se ha hecho mucho más blando que antes. En otro tiempo era duro, duro como la madera.

—Pues qué, no amaba usted á su marido?

—¡Oh! Eso es otra cosa: eso es propio de las jóvenes. Usted ama al suyo, ¿no es verdad?

—Le amo.

—¿Mucho?

—Mucho.



—Está bien.

Tatiana miró á Nejdanof, miró á Mariana, y no acabó la frase.

Por segunda vez cambió de conversación Mariana. Dijo luego á Tatiana que había renunciado á fumar, cosa que ésta alabó mucho. A continuación se puso á hablar de su traje, y recordó á la mujer de Paul la promesa que le había hecho de enseñarle algo de cocina.

—Tengo, además, que pedir á usted un favor: ¿no podría usted proporcionarme hilo grueso? Quisiera hacerme unas medias muy sencillas.

Tatiana le prometió que haría todos los encargos; recogió el servicio y salió de la habitación con su acostumbrado andar tranquilo y seguro.

—¿Y qué haremos nosotros ahora?—dijo Mariana á su compañero, y sin esperar respuesta siguió.—Escucha: como nuestro verdadero trabajo no comienza hasta mañana, ¿quieres que consagremos la noche á la literatura? Leeremos tus poesías; yo seré juez implacable.

Nejdanof se resistió durante largo tiempo. Mas accedió al cabo, y se puso á leer alto los versos del cuaderno.

Mariana se sentó junto al joven, mirándole á la cara durante la lectura.

Verdaderamente, como había dicho, se mostró juez severo. Muchas poesías le desagradaron; prefería las más cortas, puramente líricas y sin fin moral.

Nejdanof leía mal, no se atrevía á declamar los versos, é intentaba al propio tiempo impedir que resultasen fríos, de modo que su recitado no era ni pescado ni carne.

Mariana le interrumpió de repente para preguntarle si recordaba unos versos de Dobroliubof que comienzan por estas palabras: «Apenas temo á la idea de la muerte» (1). Y la jo-

---

(1) Apenas temo á la muerte; lo que me causa temor es que me juegue una mala partida. — Temo que sobre mi cuerpo helado no caigan lágrimas.



ven la recitó desde el principio hasta el fin con un tonillo algo infantil.

Nejdanof observó que aquella poesía era por todo extremo amarga y dolorosa. Después añadió que él no hubiera podido escribirla porque no tenía que preocuparse por las lágrimas que se verterían sobre su ataúd. Nadie las vertería.

—Sí se verterán, si yo te sobrevivo,—dijo lentamente Mariana.

Levantó los ojos al techo, quedóse un momento silenciosa, y murmuró después, como hablando consigo misma:

—¿Cómo habrá podido hacer mi retrato? Sin duda de memoria.....

Nejdanof se volvió vivamente hacia ella.

—Sí, de memoria.

Mariana se sorprendió al oír la respuesta. Había creído que se hacía mentalmente la pregunta.

—Es extraordinario.....—repitió en el mismo tono,—porque la verdad es que no tiene ningún talento para la pintura. ¿Qué estabas diciendo? ¡Ah!, sí; hablaba de los versos de Dobroliubof. Hay que hacer versos como los de Puckine ó siquiera como los de Dobroliubof: no son precisamente poesías; pero valen tanto como ella.

—Como los míos, ¿verdad Mariana, que no valen la pena de escribirlos?

—¿Los tuyos? A tus amigos les agradan, no porque sean buenos, sino porque tú eres bueno, y tus versos te retratan.

Nejdanof se sonrió.

—Helos aquí enterrados, y yo con ellos.

---

mas ardientes, que no depositen flores sobre mi ataúd. Que sin algún motivo egoísta, no marche detrás de mi féretro una multitud de amigos, y que bajo la tierra de mi sepultura, no sea para alguien objeto de cariño.

Temo además que todo esto que con tanto ardor y tan vanamente he deseado durante toda mi vida, no venga á sonreirme con sonrisa encantadora cuando descansa para siempre entre las cuatro tablas de mi ataúd.



Mariana le dió un golpecito en la mano y le llamó *malo*.

Momentos después dijo que se sentía fatigada y que se iba á acostar.

—¿No sabes?—añadió sacudiendo sus cabellos cortos y rizados.—¡Tengo 137 rublos! ¿Y tú?

—Yo 98.

—¡Oh, somos demasiado ricos para simplificados! Hasta mañana.

Salió; pero al cabo de algunos instantes, la puerta se entreabrió y, entre la estrecha abertura, una voz dijo: «¡Buenas noches!....» Después, más dulcemente: «¡Buenas noches!»

Sonó la cerradura.

Nejdanof se dejó caer sobre el diván, y ocultó la cara con la mano.

Después se levantó de repente, se fué á la puerta y llamó.

—¿Quién es?—dijo la voz de Mariana.

—No te he dicho hasta mañana, y vengo á decírtelo.....  
Hasta mañana.

—Hasta mañana,—respondió dulcemente la voz.

## XXIX

Al día siguiente Nejdanof llamó á la puerta del cuarto de Mariana.

—Soy yo—dijo.—¿Puedes salir?

—Espera..... En seguida.

Al salir lanzó una exclamación de sorpresa. Al punto no le conoció. Llevaba un viejo kaftán de nanquin amarillento, corto de talle y con botoncitos; se había cortado el cabello á la usanza rusa, con la raya enmedio; anudado al cuello llevaba un pañuelo azul, y en la mano tenía un casquete con la visera rota. Las botas eran de piel de vaca, sin lustre.

—¡Dios mío!—exclamó Mariana.—¡Qué feo estás!

Luego le echó los brazos al cuello y le abrazó con cariño.



—¿Por qué has elegido ese traje? Pareces un burguesillo de la ciudad..... un vendedor ambulante ó un sirviente sin ocupación. ¿Por qué te has comprado ese kaftán, y no una blusa de obrero ó un saco de campesino?

—Precisamente — dijo Nejdánof, el cual con aquel traje parecía, en efecto, un tenderillo. Lo comprendía y se sentía mortificado, turbado..... hasta tal punto, que pasaba maquinalmente las manos, con los dedos extendidos por el pecho, como para limpiarse..... — Me ha asegurado Paul que con la blusa de obrero ó con el saco de campesino me conocerían enseguida, mientras que con este traje — según dice — creerán que lo he llevado toda mi vida, cosa que, á decir verdad, no hiere ni amor propio, dicho sea entre paréntesis.

—En ese caso, ¿quieres comenzar inmediatamente?

—Sí; me propongo intentar..... Y pensándolo bien.....

—¡Eres feliz!.....—interrumpió Mariana.

—Ese Paul es un hombre extraordinario—replicó Nejdánof.—Todo lo sabe; sus ojos penetran hasta lo más hondo, con la particularidad de que sabe poner la cara de tal suerte, que parece no se fija en nada. Es muy servicial. Me ha traído los cuadernos de casa de Markelof, á quien ya conocía, y á quien llama familiarmente Sergio Mikhailovitch. A Solomine lo adora: se lanzaría por él al agua ó al fuego.

—Lo mismo que Tatiana—añadió Mariana.—¿De qué dependerá que las gentes le estimen de ese modo?

Nejdánof no respondió.

—¿Qué folletos te ha traído Paul?—preguntó Mariana.

—Los que generalmente se distribuyen. *La historia de cuatro hermanos*, y, en fin, los más conocidos, y que son también los mejores.

Mariana miró en torno suyo con inquietud.

—¿Qué hará Tatiana? Prometió que vendría temprano.

—Aquí está—dijo la mujer de Paul entrando en la habitación con un paquete en la mano.

Al llegar á la puerta oyó la exclamación de Mariana.



—¡No era el asunto cosa tan fácil!.....

Mariana se precipitó á su encuentro.

—¿Lo trae usted?

—Tatiana dió golpecitos en el lío.

—Todo está aquí; todo completo. No tiene usted más que probárselo; después la veremos.....

—¡Oh! Vamos, mi buena Tatiana.

Mariana entró en su cuarto.

Cuando se quedó solo Nejdánof dió un par de vueltas por la sala con paso tardo y arrastrando los pies. Sin saber por qué, se le figuraba que aquel modo de andar era propio de los burguesillos.

Se olió las mangas y el interior del gorro, é hizo un gesto. Se miró á un espejito colgado en la pared cerca de la ventana, y movió la cabeza. La verdad: no estaba hermoso.

—¡Tanto mejor!—pensó.

Eligió después algunos folletos, se los metió en el bolsillo, y pronunció algunas palabras de las que usa exclusivamente el pueblo.

—Así me parece que hablan, sobre poco más ó menos; pero ¡bah! ¿á qué viene hacer de payaso?

Nejdánof recordó la historia de un alemán desterrado, que se vió obligado á atravesar toda Rusia huyendo. El hombre hablaba mal el ruso. Se había comprado en la tienda de un villorrio un gorro de mercader forrado de piel de gato; se le tomó por un comerciante, y logró sin dificultad pasar la frontera.

En este momento entró Solomine.

—¡Ah, ah!—gritó.—Ya estás arreglado. Perdóname, amigo; pero con ese traje no es posible hablarte de usted.

—¡Oh, yo le suplico á usted..... yo te suplico! ¡Si tenía el propósito de suplicártelo!

—¡Es mejor hablarse de tú! Sin duda te propones acostumbarte á ese traje. Está bien. Pero es preciso que esperes; mi patrón no se ha ido, está durmiendo.



—Saldré más tarde—respondió Nejdánof.—Iré á dar una vuelta por los alrededores hasta que tenga instrucciones más precisas.

—¡Bien pensado! Solamente que, Alejo..... te llamaré sencillamente Alejo, es más breve, ¿no te parece?

—Alejo, y hasta si quieres, Sixei (1).

—No, no exageremos..... ¿Para qué? Oye: un buen consejo vale muchas veces, según se dice, más que el dinero. Veo que tienes folletos; distribúyeselos por donde quieras, pero no en la fábrica.

—¿Por qué?

—Porque sería peligroso para tí. Además, yo he prometido al patrón que aquí no se haría propaganda. La fábrica es suya. Además, algo se ha hecho ya en las escuelas, por ejemplo..... Y tú podrías echarlo á perder todo. Haz lo que quieras y puedas por tu cuenta y riesgo; no me opongo. Pero no me toques á mis obreros.

—Siempre es buena la prudencia—dijo Nejdánof con una sonrisa cáustica.

Solomine se sonrió también, pero con su habitual expresión.

—Precisamente, mi buen Alejo, siempre conviene. Pero, ¿qué es lo que veo? ¿Dónde estamos?

Estas últimas exclamaciones se referían á Mariana, que, vestida con un traje de indiana rameado y ya lavado varias veces, un pañuelo amarillo por los hombros y con otro encarnado en la cabeza, acababa de presentarse en el umbral de su cuarto. Tatiana, que la seguía, la miraba con satisfacción.

Mariana parecía más joven y fresca con aquel sencillo traje, que le sentaba mucho mejor que á Nejdánof su largo kaftán.

—Basilio Fedotytsch, suplico á usted que no se burle de

---

(1) Modo con que el pueblo pronuncia en Rusia el nombre de Alejo.



mi—dijo con acento suplicante, poniéndose colorada como la flor del granado.

—¡He aquí nuestra pareja!—gritó Tatiana, batiendo palmas.—Pero no te enfades, mi hermoso jovencito. Eres muy gentil; pero al lado de mi reinecita no resultas muy bien.

—La verdad es—pensó Nejdanof—que está lindísima. ¡Oh, cuánto la amo!

—Ahí tiene usted: ha cambiado su anillo por el mío; me ha dado el de oro, y yo le he entregado el mío de plata.

—Las hijas del pueblo no tienen anillos de oro—dijo Mariana.

Tatiana suspiró.

—Yo se lo guardaré á usted, paloma mía. Esté usted tranquila.

—Vamos, siéntense ustedes los dos—dijo Solomine, que durante todo este tiempo, con la cabeza algo inclinada, no había cesado de mirar á Mariana.—En otro tiempo existía la costumbre de sentarse antes de ponerse en camino. Y ustedes dos van á emprender una caminata larga y difícil.

Mariana, encarnada todavía, se sentó; Nejdanof hizo lo mismo, y después Solomine. Tatiana tomó también asiento en un grueso tronco, puesto de pie.

Solomine paseó sus miradas sobre todos.

—Separémonos un poco para ver mejor cómo estamos sentados—dijo, guiñando el ojo y echándose á reir.

Su risa, lejos de molestar, era comunicativa.

Pero Nejdanof se levantó con viveza.

—Parto—dijo—ahora mismo. Todo esto es muy agradable; pero la verdad es que parece que estamos representando un sainete con cambio de trajes.

—No tengas cuidado—dijo, dirigiéndose á Solomine,—no se tocará á tu fábrica. Me voy á dar una vueltecita por las cercanías. Cuando vuelva, ya te referiré, Mariana, mis aventuras, si es que tengo alguna que contarte. Dame la mano para que tenga buena suerte.

E. M.—*Octubre* 1899.



—¿No toma usted un poco de té?—le preguntó Tatiana.

—No; no quiero perder tiempo. Si tengo necesidad, entraré en una posada ó en una taberna.

Tatiana movió la cabeza.

—Actualmente, en nuestros caminos se encuentran tantas tabernas como vedijas en una piel de carnero. Hay muchos pueblos, y quien dice pueblos dice tabernas.

—Adiós, hasta luego..... *adiós la compañía*—repitió Nejdánof, comenzando á representar su papel. Mas aún no había llegado á la puerta, cuando vió salir á Paul de la sombra del corredor, que le presentaba un largo y delgado bastón de peregrino, cuya corteza estaba labrada en forma de espiral.

—Tome usted esto —le dijo—Alejo Dmitrich, para apoyarse durante el camino.

Nejdánof tomó el bastón sin decir palabra, y salió. Paul le siguió. Tatiana se disponía á salir, cuando Mariana, acercándose á ella, la detuvo.

—Espere usted, Tatiana; la necesito.

—Vuelvo en seguida; voy tan sólo á buscar el desayuno. Su compañero de usted se ha marchado sin tomar el té. Se conoce que tenía prisa. Pero no es esa una razón para que usted haga penitencia. El que viva verá. ¡Siempre hay tiempo!

Tatiana salió. Solomine se levantó y se quedó en el fondo de la sala. Cuando Mariana se volvió hacia él, un poco asombrada de no haberle oído pronunciar una palabra, vió en su rostro una expresión que hasta entonces no había notado: expresión de inquietud, de interrogación, casi de curiosidad.

La joven se turbó y enrojeció de nuevo, y Solomine, como avergonzado de lo que había denunciado su semblante, se puso á hablar más alto que de costumbre.

—¡Vamos, vamos, Mariana; he aquí el principio!

—¿El principio? ¿Qué principio? Siento no sé qué disgusto. Alejo tiene razón: ¡estamos representando una comedia!

Solomine se volvió á sentar.

—Dígame usted, Mariana: ¿cómo se figura usted que de-



ben ser los comienzos de nuestra obra? ¡Oh, no se trata ahora de construir barricadas, con una bandera en lo alto, y lanzar gritos de «viva la República»! Después de todo, tales cosas no son propias de las mujeres. He aquí lo que debe usted hacer. Busque usted una muchacha cualquiera y enséñela cualquier cosa; no crea usted que la tarea es fácil. La discípula probablemente tendrá el entendimiento torpe, y desconfiará de usted. De seguro que pensará que no necesita que usted la enseñe. Al cabo de dos ó tres semanas empezará usted esa misma tarea con otra muchacha. En el intervalo limpiará usted á un niño que padece de tiña, y le enseñará usted el alfabeto, ó asistirá usted á un enfermo... Estos son los verdaderos comienzos.

—Para eso, ¿no están las Hermanas de la Caridad? Y si esta es mi misión, ¿para qué todo esto?

Mariana indicó con un gesto su traje y todo cuanto la rodeaba.

Había soñado otra cosa.

—¿Quiere usted ofrecerse en sacrificio?

Los ojos de Mariana resplandecieron.

—¡Sí, sí, sí!

—¿Y Nejdánof?

Mariana se encogió de hombros.

—Nejdánoff..... Iremos juntos..... ¡ó iré yo sola!

Solomine miró fijamente á Mariana.

—Perdóneme usted si mis palabras son inoportunas; pero desde mi punto de vista, limpiar la cabeza de un tiñoso es un sacrificio, un gran sacrificio del que pocas gentes son capaces.

—Yo no rehusó hacer eso.

—Lo sé, sí. Usted es capaz de hacerlo. Haga usted esto en espera de lo que sea necesario hacer más adelante.

—Pero, en primer lugar, es preciso que reciba consejo de Tatiana.

—Perfectamente; pídale usted consejos. Lavará usted la loza, pelará usted pollos..... Y más tarde, ¿quién sabe? Quizá salvará usted la patria.



—¿Se burla usted de mí?

Solomine movió suavemente la cabeza.

—No, mi buena Mariana. No me burlo de usted; mis palabras son la verdad pura. En los tiempos que corren, las mujeres rusas son mejores que nosotros.

Mariana, que había bajado los ojos, los levantó.

—Quisiera justificar la esperanza de usted, Solomine..... y en seguida morir.

Solomine se levantó.

—No, viva usted, viva usted. Eso es lo principal. Y, hablando de otra cosa, ¿no tiene usted curiosidad de saber lo que pasa en la antigua casa de usted con motivo de la fuga? Acaso se hayan tomado medidas para buscar á usted. No tiene usted más que decírselo á Paul, y se enterará de todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Es maravilloso ese Paul—dijo Mariana, sorprendida.

—¡Ya lo creo que es maravilloso! Cuando llegue el momento de vuestras bodas, él será el que lo arreglará todo con Zossimo..... ¿Se acuerda usted? Es el cura de que ya le hablé. Pero, por el pronto, no hay necesidad. ¿No?

—No.

—¿No? Está bien, no.

Solomine se acercó á la puerta, que separaba el cuarto de Mariana del de Nejdánof, y se inclinó hacia la cerradura.

—¿Qué mira usted?—le preguntó Mariana.

—¿Cierra bien la llave?

—Sí, cierra bien,—murmuró la joven.

Solomine se volvió á ella, que permanecía con los ojos bajos.

—De modo, que no es necesario saber lo que Sipiaguin ha resuelto, ¿verdad?

Solomine hizo un movimiento para salir.

—¡Solomine!

—¿Qué quiere usted?

—Dígame usted, se lo suplico: ¿por qué usted, que siempre está tan taciturno, se muestra usted conmigo tan hablador?



—¿Por qué?—Solomine cogió las manos suaves y pequeñas de la joven entre las suyas, grandes y duras.—¿Por qué? Probablemente, porque la amo á usted mucho. Adiós.

Y salió. Mariana, inmóvil y de pie, le vió partir, quedóse un momento pensativa, y fué después á buscar á Tatiana, que todavía no había traído el desayuno; tomó una taza de té, lavó la vajilla, peló pollos y peinó la tiñosa cabellera de un chiquillo.

A la hora de comer volvió á su cuarto.

No tuvo que esperar á Nejdánof durante mucho tiempo.

El joven entró fatigado, cubierto de polvo y se dejó caer en el diván. Mariana se sentó á su lado.

—Bueno, bueno: cuenta.

—¿Recuerdas aquellos versos, *Esto sería risible, si no fuese tan triste?*

—Sí.

—Pues bien: esos versos vienen ahora perfectamente, á propósito de mi primera salida. Pero, no; más bien que triste, es completamente cómica. En primer lugar, he adquirido la convicción de que no hay nada tan fácil como representar un papel. Nadie, ni por soñación, ha sospechado quién soy. Pero es menester una cosa en que yo no había pensado: es preciso combinar de antemano alguna historia. De lo contrario, acontece que la gente le pregunta á uno: ¿de dónde viene usted? ¿A qué se dedica? Y no se sabe qué responder. Sin embargo, esa historia no es cosa imprescindible. Basta con invitar al preguntón á tomar una copa de aguardiente y contarle luego cualquier disparate.

—¿Y tú, los has contado?—le preguntó Mariana.

—Como Dios me ha dado á entender. Además, todas las personas con quienes he hablado están descontentas, pero nadie muestra deseos de conocer cómo puede remediar ese descontento. Pero, está visto; como propagandista, soy poco fuerte. He dejado, sin decir una palabra, dos folletos en dos isbas; he deslizado uno en un carro..... ¿Para qué servirán?



¡Dios sólo lo sabe! He ofrecido folletos á cuatro sujetos. Uno me ha preguntado si aquel cuaderno era un libro piadoso, y no ha querido cogerlo: el segundo me ha dicho que no sabía leer, pero lo ha tomado para sus hijos á causa de la estampa de la cubierta: el tercero ha comenzado repitiendo: «Sí, esto es; esto es.» En seguida me ha llenado de injurias, y no ha querido tampoco quedarse con él. El último lo ha aceptado, y hasta me ha dado las gracias con efusión; pero me figuro que no ha entendido ni una jota de lo que le he dicho. Un perro me ha mordido un pie; una mujer, desde el umbral de su isba, me ha amenazado con las tenazas, gritando: «¡Eh, pillo! ¡Valiente tanda de vagabundos de Moscú estais vosotros!.... ¿No habrá quien os mate?» Un soldado con licencia ilimitada me ha perseguido, gritándome: «¡Espera, espera, compañero, que vamos á molerte!» Y, sin embargo, se había emborrachado á costa mía.

—¿Y después?

—¿Después? Tengo una bota mucho más grande que otra, que me ha hecho una rozadura en un pie. Tengo, además, hambre, y me duele la cabeza á causa del aguardiente que he tenido necesidad de tomar.

—¿Has tomado mucho?

—No; muy poco; lo indispensable para dar ejemplo; pero he tenido que entrar en cinco tabernas. No puedo soportar ese brebaje: ¡el aguardiente! ¡Cómo podrán beberlo los campesinos! Es inconcebible. Si fuese preciso beber aguardiente, tendría que renunciar á mi misión.

—¿Dices que nadie ha sospechado de tí?

—Nadie. Sin embargo, un tabernero, un hombre grueso y pálido, de ojos azules, me ha mirado con aire sospechoso. Le oí que decía á su mujer: «Echale el ojo á ese rojo bizco (jamás me he dado cuenta de que fuese bizco); debe ser un tranfalle-ro; mira qué modo tiene de beber.» ¿Qué quería decir? Lo ignoro; pero de seguro no era un elogio. Lo decía con un tono así como el de Gogol en *El Revisor*. Acaso hayan hecho mali-



ciosas suposiciones al verme derramar el aguardiente con disimulo debajo de la mesa ¡Ah! ¡Qué oficio para un estético este de ponerse en contacto con la vida real!

—Ya serás más afortunado otra vez, — le dijo Mariana para consolarle;—pero me satisface que tomes tu primer ensayo por el lado humorístico. En suma, ¿verdad que no te has aburrido?

—No, hasta me he divertido; pero sé bien que si me pudiese á pensar en todo esto, me desazonaría y me pondría triste.

—¡No! ¡No! No te dejaré pensar en semejante cosa; te contaré lo que he hecho. Nos van á servir la comida; en primer lugar, te diré que he lavado maravillosamente la marmita, en la que Tatiana nos ha hecho la sopa. Te lo contaré todo, según vamos comiendo.

Así lo hizo.

Nejdanof, escuchando su relato, la miraba, la miraba fijamente; tanto, que la joven se interrumpió muchas veces para preguntarle por qué la miraba tanto; pero Nejdanof no contestó.

Después de comer, propuso Mariana que oyese la lectura de una novela de Spielhagen; pero apenas hubo acabado la primera página, Nejdanof se levantó y se echó á los pies de Mariana.

La joven se levantó de la silla, él le abrazó las rodillas prorrompiendo en palabras apasionadas, desesperadas, locas.

Quería morir, sabía que moriría bien pronto.....

Mariana no le rechazaba, no le resistía; se sometía pasivamente á aquella violenta acometida, mirándole de alto á bajo con una expresión resignada y casi acariciadora.

Apoyó las dos manos sobre la cabeza de Nejdanof que el joven apretaba contra los pliegues de la falda; pero esa misma tranquilidad influyó con más fuerza sobre el joven, que los esfuerzos que hubiera podido hacer su compañera para rechazarle.



Se levantó y dijo:

—Perdóname, Mariana, por esto de hoy y lo de ayer; repíteme que estás dispuesta á esperar á que yo sea digno de tu amor, y perdóname.

—Te he dado mi palabra, y no sé faltar á ella.

—Gracias..... Adiós.

Salió. Mariana se encerró en su cuarto.

IVAN TURGUENEFF.

*(Se continuará).*



## LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA

---

La suprema obsesión que en la actualidad domina toda cultivada inteligencia en la América del Sur, consiste en lo que ya se llama en el lenguaje común los *Peligros americanos*. Un distinguido pensador argentino, el Sr. D. A. Rodríguez del Busto, acaba de publicar un libro con este título, el cual tiene dos objetos: sostener la polémica con el Profesor de la Universidad de Santiago de Chile, Dr. Paulino Alfonso, que ha presidido en Buenos Aires el último *Congreso científico latino americano*, sobre la inminencia de estos peligros basados en la tendencia de anexión, absorción y conquista que hacia los países hispanoamericanos se ha despertado en los Estados Unidos, é impugnar á la vez *La ciencia política y el derecho constitucional comparado* del Profesor del Colegio Universitario de Nueva Yorck, Mr. John W. Burgess, en lo que en su nueva teología política se encamina á justificar esta tendencia. La polémica del Sr. Rodríguez del Busto con el profesor Alfonso está constituída por tres cartas de éste y sus respectivas contestaciones por parte del primero, que antes de ser coleccionadas en este libro fueron sucesiva é íntegramente insertas en *La Patria*, de Córdoba, capital del Estado de su nombre en la federación argentina, siendo como ampliación á la última del escritor cordobés la impugnación de la obra de Mr. Burgess.



El Sr. Rodríguez del Busto es uno de los defensores más entusiastas y ardientes de la integridad y de los derechos de la raza *ibérica* en América, rechazando desde luego el dictado de *latina*, y del mismo modo comulga en los principios de los que, desde el Norte de Méjico hasta los últimos archipiélagos del estrecho de Magallanes, sostienen la urgente necesidad de una confederación ó, á lo menos, de una alianza de toda la raza para ponerse á cubierto del peligro común. El escritor chileno Sr. Alfonso no participa de estas opiniones ni siente los mismos desvelos por la integridad de la raza. Si ocurriera la anexión ó la conquista, la toleraría y hasta consideraría como una solución de regeneración y de progreso para la humanidad la irrupción extranjera en toda la América de origen español que trajese á las dilatadas comarcas del continente del Sur, al Centro y á la parte del continente del Norte que ocupan los quince millones de mejicanos, la mezcla de una nueva savia, la imposición de nuevas ideas y nuevas costumbres, un éxodo de sangre y una renovación de cerebro mediante el cual todo lo existente se extinguiera para dar vida á una generación más sana, más inteligente y más útil. Por parte del señor Rodríguez del Busto, la impugnación de la obra de Burgess no es sino la protesta del desvío contra las atracciones yankis que se inoculan en la América española bajo el insinuante atractivo de la sagacidad y el ofuscador sofisma de la ciencia.

Del análisis de estas manifestaciones se deduce el actual estado moral por el que atraviesa todo el mundo iberoamericano, y la disposición verdadera que en el tablero ocupan todas las piezas que han de entrar en el juego que se aproxima: en los Estados Unidos, la perfecta unidad de pensamiento y acción para dilatar sus dominios y absorber bajo su soberanía todo el mundo colombiano, aquí atraído por la sagacidad ó por la seducción, allá amedrentado por la amenaza, en unas partes reclamado á la conquista por el nervio de los intereses, y en otras por las persuasiones del saber; en la América de origen ibérico, la eterna vacilación, la eterna división de opi-



niones y la eterna falta de previsión y cautela. De cualquier modo, así en las cartas del Sr. Alfonso como en otros hechos más recientes y de mayor trascendencia que los escritos del ilustrado profesor chileno, se adquiere, por los que estudian desde lejos todas las posiciones y las ven con mayor diafanidad, esta convicción profunda: que la confederación, ó al menos la alianza iberoamericana, lucha para realizarse con dos obstáculos más insuperables que los temores que despiertan los perfectamente denominados *Peligros americanos*: los obstáculos que levantan la disposición invencible de Chile, aun después de las entrevistas de Punta Arenas, á dejarse influir contra sus propios intereses por sus aliados de raza sajona del viejo mundo, Inglaterra, y la disposición invencible del Brasil, á pesar de la reciente visita del General Roca á Río Janeiro, á dejarse influir contra sus propios intereses por sus aliados sajones del nuevo mundo, los Estados Unidos. La raza anglosajona conspira contra la raza iberoamericana en el seno de ésta misma. Ni Chile ni el Brasil despertarán del todo mientras los peligros que amenazan desde lejos no se conviertan en peligros cercanos que amaguen más directamente sus intereses exclusivos.

El mismo Sr. Alfonso extracta y sintetiza el pensamiento del Sr. Rodríguez del Busto antes de exponer el suyo propio. El Sr. Rodríguez del Busto traza con fecundo ingenio un cuadro sociológico, nutrido de intensa erudición, para demostrar que el origen de la raza española no es menos antiguo que el del pueblo griego y lo es incuestionablemente más que el de los romanos, germanos y antiguos scitas de Europa, en lo que funda su razón para no llamarla *latina*; exalta el grado de su civilización que hubo de influir considerablemente en las ideas y en las costumbres de los varios invasores de la Península, ya de procedencia latina, ya germánica, y sostiene que si, conforme con el grado de genio propio que aquella civilización prehistórica hace suponer, la raza española, á través de las vicisitudes del tiempo, ha ofrecido al mundo constantes mani-



festaciones de inteligencia y de capacidad, de manera que, lejos de acreditar, como se ha pretendido, su inferioridad respecto de la raza germánica, ratifica sus nunca superadas aptitudes para las labores de la civilización; de ser, en realidad, una ley de la historia que las civilizaciones que han traspasado los límites de la madurez cedan el paso al imperio de las razas robustas y jóvenes que ellas mismas han engendrado, en el caso de que la madre España esté condenada á desaparecer como un grande organismo social y político que se disuelve, debe esperarse que su poder y su influjo revivan y se engrandezcan en el vasto escenario americano, heredero de su genio, y coronado por los esplendores de una nueva y brillante civilización. Esta herencia grandiosa de misión y de objeto compele á la América que civilizó nuestra sangre y nuestro esfuerzo á prepararse para tan difícil cometido, y dejando á un lado sus estériles discordias civiles é internacionales, fomentando por los medios adecuados su desarrollo lógico y progresivo, promoviendo alianzas entre sus distintos países, y aun estableciendo entre ellos una gran confederación, crear la base del apoyo recíproco, del común prestigio y, en caso necesario, de la común defensa de sus incipientes nacionalidades ante toda invasión y toda intervención que se proyecte en el extranjero.

Frente á esta opinión, el Sr. Alfonso hace la exposición de la suya. Discute primero si la raza ibérica, por las influencias sociológicas de lenguaje, instituciones jurídicas, ideas y costumbres, está bien incluída ó no en la órbita de las que ha dado origen histórico á las nacionalidades modernas comprendidas en el dictado común de pueblos latinos, rumanos, italianos, franceses, españoles y portugueses, y pondera las conquistas civilizadoras del genio latino, después de la caída del Imperio; aunque al enumerar algunos de los hechos culminantes por él representados, desde el influjo del Pontificado católico, hasta el influjo de la Revolución francesa, ni mienta siquiera sucesos tan culminantes como el descubrimiento y



civilización de América, ni otras efemérides de las que han dado mayor impulso á la cultura y á la prosperidad de los pueblos modernos. Mas al lado de la glorificación de estas conquistas opone el reverso de sus glorias en sucesos, cuyo juicio no puede aceptarse en definitiva en opinión de cosa juzgada, como lo que el Sr. Alfonso llama la intransigencia teocrática en oposición á la eficacia suprema espiritual del Papado; la expulsión de los judíos y de los moriscos de España, ideas que entran perfectamente dentro de los nuevos cánones políticos de los tratadistas americanos que, como Burgess, sostienen la homogeneidad étnica de los Estados, é imponen hasta la deportación de los elementos que le sean extraños y hostiles, cuando lo imponga la necesidad de su defensa ó de su conservación, en oposición á la épica leyenda de la Reconquista española y de la persecución de la media luna hasta arrancarle los medios de la dilatación de su poder por Europa y los de su predominio sobre el Mediterráneo, y las ponderadas crueldades de los españoles en la conquista de América, concepto elaborado vilmente contra España por todos los libretistas rivales del tiempo, y posteriores, desde Pigafetta hasta el P. Thomas Falkner, en oposición al hecho grandioso del descubrimiento, de la dominación, de la creación de los nuevos pueblos y de la fundación de los institutos, de la cultura moral é intelectual que América nos debe. Y tomando estos supuestos errores por capítulos de estrechas cuentas, de las que la naturaleza inexorablemente ajusta, así á los individuos aislados como á las colectividades humanas, en sus aciertos ó en sus desaciertos, de la suma de estos pecados y culpas hace derivar la aplicación de aquellas leyes remuneratorias á que está sometida toda la vida moral en el planeta, y que se resuelven en las supremas sentencias de la Historia.

Para el Sr. Alfonso la raza sajona, en su opinión triunfante, está dotada, en su conformidad con la corriente imperiosa de la vida moderna, de tantas virtudes como le faltan á la raza latina, á que él mismo pertenece; y como, lejos de recha-



zar el predominio de la fuerza por *última ratio rerum* y *lex suprema vitæ*, lo conceptúa el superior recurso de los más inteligentes y de los más sensatos, estragada, como en su sentir se encuentra, la civilización latina, á pesar de sus refinamientos, y aun por ellos mismos, no le queda más que ceder el paso á los nuevos elementos civilizadores, pues por incultos ó violentos que sean, su triunfo será la última fórmula del derecho, y su obra la última palabra del bien de la humanidad.

El ilustrado doctor chileno siente cierta inclinación, cierta debilidad por el imperio de la fuerza, pues su noción de la historia no le determina otro instrumento impulsivo al camino de la civilización. ¿Qué hizo Roma, que definió el derecho—pregunta—sino dominar con su fuerza á los pueblos que venció? ¿Qué hizo España en la épica conquista del suelo americano? Si la misma fuerza que Roma y España emplearon para sojuzgar los mundos, se volvieron contra ellas cuando perdieron las virtudes que justificaron sus respectivas conquistas; si sus respectivas civilizaciones ya estragadas vieron desvanecerse su grandeza y sus glorias, el mundo, por eso, ni se detuvo ni se detiene; la ley del progreso atropella cuanto le estorba, y es vano alegar contra las fuerzas siempre vivas de la civilización triunfante las vetustas ejecutorias de otros tiempos. Aspira, sin embargo, la raza á subsistir; pero el estado de las razas en cada momento histórico, depende de un conjunto complejo de circunstancias, y no sólo de sus elementos étnicos, pues suele suceder que la inoculación de la nueva sangre crea un carácter que se sobrepone históricamente al de la raza inoculada. No quiere decir esto que con una copia literal del buen gobierno sajón se corrigiesen en la América que fue española todos los vicios de la tradición, de las influencias físicas locales, de las influencias morales de religión, educación y costumbres políticas; pero combinadas las cualidades predominantes de la raza latinoamericana en el grado necesario de las virtudes sajonas, podrían restaurarse aquellas virtudes eclipsadas en toda la raza latina de los dos mundos, en



Francia fustigada por las discordias europeas (?), en Italia debilitada por su vanidad de figurar como potencia de primer orden (!) y en España estenuada por el influjo de sus tradiciones de teocracia (!!) y despotismo (!!!), por la ignorancia y común desidia de las masas populares, por la atonía de su vida industrial, por la falsedad efectiva de sus instituciones constitucionales, por sus frecuentes convulsiones internas y por los espantables *fracasos* (!) que han concluído con los últimos restos de su imperio colonial. Todas estas naciones latinas, y singularmente España, en el balance de lo mucho malo que hicieron, sobre todo este último país en América, sufren el peso de las responsabilidades de raza que se les imputa, responsabilidades que dejaron su légamo en la América que fue española y que en tres cuartos de siglo que lleva de independencia no ha podido sacudir todavía el influjo del régimen colonizador español, el hábito del absolutismo más ciego, la subsistencia de una teocracia intransigente é injusta, la falta casi absoluta de toda educación sistemática, y los errores de un régimen económico que hasta aquí ha mantenido comprimido el trabajo y ahogado los gérmenes de la riqueza pública. En esta disposición temen muchos el avance progresivo y absorbente del coloso del Norte; pero éste sólo avanzará cuanto pueda y cuanto deba, y nunca llegará á las regiones australes; y como ni en Chile ni en la Argentina debe alimentarse la más mínima probabilidad de que sean capaces de agredirlas, ni el más mínimo temor de que estos pueblos fueran incapaces de resistirlos, no hay necesidad de confederaciones ni de alianzas de carácter general é indefinido, sino de no dormirse, de trabajar y educarse, de vivir en paz unos con otros y de hacer vida nacional é internacional sana é higiénica. De la paz dependerá la seguridad, el progreso y la gloria.

Colocada en tales términos esta polémica, hay que reconocer que ni por una parte, ni por otra, los ilustrados campeones que la sostienen se colocan en el punto de vista esencialmente político y trascendental del problema que con razón



preocupa la casi unanimidad de los entendimientos americanos. Al Sr. Rodríguez del Busto le hipnotiza la idea de la irremediable caída de España, tanto por sus recientes descalabros y pérdidas coloniales, como por la decadencia de la raza entera, y como los deudos mal avenidos del moribundo, disputa en la antecámara del paciente la prematura herencia que deja. El Sr. Alfonso no piensa en ella; imbuído del positivismo y del egoísmo inglés, y viendo que los peligros han de devorar á muchos otros antes que se aproxime á los lejanos linderos del extremo austral del continente que habita, se cruza de brazos, ó se echa á dormir, repitiendo el conocido epígrama de Príncipe:

Pues que no hemos de pagar,  
Vivamos anchos, Colasa.

Entre tanto, los refugios á la ciencia sin duda muestran la erudición profunda de los contendientes; pero en la historia de la humanidad la razón del hombre ha resuelto muy pocos problemas, y la consagración de las revoluciones que mudan la faz de los pueblos no se ha realizado jamás por teorías, sino por hechos que *à posteriori* se explican por la observación y la crítica. La razón suprema que dirige los movimientos de la historia, no pertenece al hombre, sino á Dios, cuyos arcanos nos son incomprensibles, y en cuyos dictados todas las aptitudes de los hombres no son más que instrumentos de sus designios, que se emplean sin conciencia de la finalidad de sus actos, en la solución de problemas que se desarrollan á veces durante siglos, y siempre por diversas generaciones. Cualquiera que sean los despojos por España sufridos y los límites á que su poder haya quedado reducido, ni España está moribunda, ni ha llegado el tiempo de las herencias de su misión. ¡Que España muere como murió Roma! Pues qué, ¿Roma ha muerto? Murieron sus Césares, cayeron sus ídolos y emancipáronse sus conquistas políticas; pero Roma, restaurada por la virtud del Pontificado católico, sustituyó los altares de los



falsos ídolos por los altares del verdadero Dios; substituyó el imperio de la fuerza por el imperio del espíritu; substituyó las dignidades humanas por las dignidades divinas, y no sólo continuó viviendo en la vida y en la historia, sino que desde aquella gloriosa substitución ejerce la soberanía moral del universo con destinos imperecederos y eternos. ¡Ni murió Roma con la caída de sus Césares, ni ha muerto España por la pérdida de sus colonias! Más muerta, al parecer, quedó en el siglo VIII, cuando en Guadalete las hordas de Tarif derrotaron los ejércitos de Rodrigo y, vencedoras, se esparcieron de mar á mar y desde el Pirineo hasta el estrecho gaditano, y sin embargo, España no murió: continuó subsistiendo arrinconada en las cuevas de los montes cántabros, y sólo en el Guadalete perecieron los dominadores germanos. Pero el espíritu ibérico, de que tan eruditamente escribe el Sr. Rodríguez del Busto, condensó en aquel puñado de hombres libres todo el conjunto de las virtudes étnicas de raza, y las virtudes étnicas de raza, enardecidas por la fe, cuyo rayo venía de la otra nacionalidad salvada por la substitución del poder de los Pontífices, por lentos pasos recobraron el territorio, de que á su vez desalojaron al inclemente nómada invasor. La crisis en que España entra no es tan profunda como aquella crisis. Desalojada de las conquistas con que gravitó sobre todos los polos del planeta, vuelve á encerrarse en sí misma á meditar nuevos destinos inmortales. La raza que ocupa la Península no es la raza advenediza que protegían las legiones romanas invencibles, las hordas sangrientas salidas de los bosques septentrionales, ni la avalancha desoladora del Asia y del Africa, fanatizadas. La raza que la ocupa es la raza legendaria de todas las emancipaciones. Vive y vivirá en el seno de una civilización que no caduca, y cuando por su esfuerzo y por su valor se han descubierto y han entrado dentro del dominio y de la civilización del hombre los más apartados é incógnitos rincones del planeta, esta victoriosa conquista por la que no sólo se le debe el momento heroico inicial, sino

E. M.—*Octubre* 1899.



la más tenaz y fecunda cooperación de cuatro siglos, jamás será proscrita en el sistema de armonía que tiene que ser la última resultante de esta gran labor civilizadora de exploración, de ocupación, de dominio, de educación y de progreso con que por todas partes se despierta la redención de la barbarie, la posesión total de la naturaleza, la sabia explotación de todos sus frutos y la imperiosa distribución de sus bienes por toda la especie.

Los tiempos en que la civilización, siempre en marcha, dejaba atrás anuladas las regiones estragadas que excluía de sus beneficios el movimiento de la victoria ó el movimiento de la civilización que siempre seguía á aquélla, han pasado de todo punto. Ya no se dará nunca más el caso de que el África triunfante anule al Asia, la Grecia al África, y Roma á Grecia, á Cartago y á todo cuanto quedaba fuera de los derechos de su imperio. Y si entre los sabios de los Estados Unidos, donde la imaginación fosforecente tenía en el dominio de sus inteligencias ilustradas tanta parte al menos como los talentos de reflexivo discurso, ha habido, y hay, muchos que han pensado que el encumbramiento de América arguye la ruina de Europa, á la manera como la marcha incesante de las civilizaciones antiguas dejaba arruinadas á las que quedaban atrás, padecen en esto un error tan lamentable, como los que, en alas de la misma imaginación y á pesar de las reposadas condiciones étnicas de los entendimientos sajones, sueñan también, no ya con el imperio universal de todo el continente americano, sino con el del planeta entero. Cuando la civilización dispone, á par que las nuevas exploraciones hasta del uno y otro polo, la internación de los continentes abandonados á la barbarie y al olvido por las viejas civilizaciones vencedoras, y ni la inclemencia de los desiertos de arenas movedizas, ni la del sol que quema la sangre, ni la de las nieves perpetuas que la solidifican, ni la de las razas feroces que no conocen ningún principio de humanidad, detienen este movimiento uniforme en todos los pueblos superiores, á derramar la



luz y los beneficios de la civilización sobre toda costra maciza del globo que habitamos, sobre toda superficie navegable del mar, sobre toda capa impalpable del espacio donde el pulmón humano pueda respirar y el ansia de saber conservar las facultades para observar; ¿qué pueblo, por floreciente que se halle, ni por victorioso que se encuentre, anulará la vida de otros pueblos, los condenará, como en lo antiguo, á la servidumbre ó á la barbarie, y hará pesar como una maza de hierro una civilización triunfadora sobre una muerta civilización? El porvenir no será de América, sino del planeta entero. América gozará sobre Europa, por largo tiempo, los beneficios de su virgen naturaleza. El obscuro labrador de los trópicos, que en un día de fatiga siembra su rica parcela de plátano, café ó tabaco, podrá realizar en pocos meses la fortuna que el mísero gañán de Inglaterra, de Alemania, de Italia, de España, no podrá reunir durante toda su vida, trabajando paciente, solícito, sin descanso detrás de la yunta de sus pesados bueyes; pero, aun contra la ingratitud de la naturaleza estragada por la larga explotación de los siglos, donde quiera que el hombre se agite, y sobre todo, en esta augusta Europa, habituada á todas las conquistas de la civilización, realizadas por sus esfuerzos, quedarán comunes á su trabajo manual y reproductivo el empleo de todas las aplicaciones de los inventos humanos, cooperando á la grata rivalidad del trabajo y á la dulce participación de sus beneficios. Esta comodidad común será la más firme garantía en lo futuro de la común independencia y de la común libertad. Ya es tiempo de que en América se abandonen los idealismos sin realidad. La prosperidad creciente de América no anulará á Europa, ni el creciente poder que da la prosperidad la someterá á su servidumbre. En cuanto á España, como no sobrevenga el cataclismo de una nueva Atlántida que hunda la península en el fondo de los mares, siempre será una nación generosa y apta para la realización de todos los destinos humanos en esta situación geográfica que ocupa en la entrada del Océano y del Medite-



rráneo, con la llave de los dos mares, que si por un momento en la vida de la historia nos está usurpada, cruzados de brazos hemos de esperar su recuperación, cuando, en la oleada alternativa de la fortuna y de la desgracia, á los que están arriba les toque caer abajo, como nosotros caímos.

Pero si España por este lado nada tiene que temer, no sucede lo mismo con los pueblos americanos de su origen, todavía débiles por su división, por sus diferencias, por su escaso espíritu de confraternidad, por la inseguridad de los poderes bajo que se rigen, por la insuficiencia de sus propios medios para explotarse á sí mismos, por la mal meditada organización del mayor número de sus jóvenes nacionalidades, por la hipoteca á que tienen entregada en la mayor parte de sus obras públicas el capital nacional, y por otras causas de índole demasiado compleja. Son merecidas y justas las alarmas de los que, con el Sr. Rodríguez del Busto, ven suspendidos sobre la cabeza de esas jóvenes nacionalidades, cual espadas de Damocles, los *Peligros americanos*; y son justas y merecidas estas alarmas, porque las sugieren todos los síntomas que se palpan ó se dejan sentir, y, tanto ó más que en otro orden de hechos, en el terreno científico, en que el distinguido escritor argentino discute é impugna al Profesor del Colegio Universitario de Nueva York, Mr. John W. Burgess.

Si se examina bien el programa de *La ciencia política y derecho constitucional*, de Burgess, sólo parece un libro didáctico para las aulas. En las cuatro divisiones en que se comparte, trata primero del concepto de *La nación*, que incluye el concepto de *las nacionalidades*; *El Estado* y la *Constitución del Estado* es la materia esencial del segundo estudio; *La organización del Estado y de sus instituciones*, la del tercero, y *La libertad individual y el carácter de la sumisión*, el último. El lenguaje de toda la obra es más preceptivo que crítico, y sienta en toda ella principios tan erróneos como este que tomo al azar: «Todo el que estudia la historia de la civilización europea sabe que la organización política de los Estados europeos



se basó primitivamente en la unión del trono y el altar, ó sea *en el principio del despotismo asiático.*» (Lib. ij, cap. ij, página 80 de la traducción española.)—Como el Sr. Burgess dogmatiza para la cátedra, no tiene necesidad de probar; y, realmente, hasta para contradecirle sería preciso que se explicase previamente el valor de muchos términos de los de esta proposición. ¿Qué se entiende, con relación á la idea del tiempo, en ese adverbio *primitivamente* á que remonta el principio de la historia de la civilización europea? Debemos suponer que no nos equivocamos refiriendo el principio de la civilización europea á que el autor de *La ciencia política* alude, al principio de las sociedades ó nacionalidades modernas después de las irrupciones bárbaras. ¿Y de qué reflejos asiáticos tomáronse entonces los moldes para establecer la unión del trono y del altar, como base de la organización política de las nacionalidades que surgieron de la obscura confusión de aquel caos? Lejos de ver con juicios equivocados estos reflejos, derivados de elementos que no pudieron ejercer ningún influjo en la lenta elaboración de aquellos hechos históricos, la crítica racional impone la justa apreciación de las causas que motivaron aquella alianza de elementos constitutivos de tan gran restauración y el significado esencial de lo que cada uno de estos elementos representaba. Del fondo de aquella anarquía surgió una unidad de autoridad y de poder material, que fue el trono, y una unidad de principios morales y de derecho, que fue el altar. El altar simbolizaba este principio moral, que servía de garantía y de tutela al derecho, así al derecho personal como al derecho social ó colectivo, y este principio de derecho incluía el principio de libertad civil que ennoblecía aquellas nuevas sociedades. Su alianza con el poder de suprema autoridad, el trono, establecía el equilibrio y la armonía política y social. ¿A qué ir al despotismo asiático á buscar el origen y el molde de las instituciones que de aquí surgieron? Sin imitación de ninguna parte, este principio de organización política nació de la propia inspiración y de la suprema necesidad de las cir-



cunstancias. No había necesidad de moldes de ninguna parte. En aquellas sociedades que nueva y libremente se organizaban, el altar era la libertad y era el derecho, porque el derecho y la libertad representaban los dones de la naturaleza inherentes á la vida civil del hombre, y el concepto supremo de este derecho se confundía entonces y se confunde hoy con la idea de Dios. El otro principio de la alianza era el poder material, la autoridad jurídica, la autoridad ó delegada ó de imposición, cuya armonía con el principio moral del altar constituyó entonces, como constituye hoy, el fundamento, ya tácito, ya explícito, en toda organización civil, la base de toda organización política y social. En los Estados Unidos, de que Mr. J. W. Burgess es ciudadano, cuando el Pastor protestante abre, exhorta y bendice las funciones de las Cámaras norteamericanas, ¿no realiza este mismo principio de alianza entre el poder moral y el poder material en la organización política del Estado americano, que Mr. Burgess atribuye en la primitiva organización política de los Estados europeos á un principio tomado del despotismo asiático? Toda esta psicología científico-política de los protestantes sajones, así de los del viejo como de los del nuevo mundo, está llena de estas pomposas determinaciones de un eterno error y de una eterna contradicción.

Entre los juicios enfáticos de esta inconsistencia y los principios políticos que se sientan en la obra de Mr. Burgess, si hay motivos para la alarma de entendimientos tan claros como el del Sr. Rodríguez del Busto, serán suficientes algunos pasajes para probarlo. Al estudiar los principios fundamentales en que descansa la idea de *nación* y el hecho político jurídico de cada *nacionalidad*, el autor de *La ciencia política* pasa revista, con exclusión de los Estados hispanoamericanos, los de los continentes de Asia y Africa y las nacionalidades nacientes de la Oceanía, á las nueve nacionalidades esenciales en que divide la población política en Europa y la de los Estados Unidos; examina después el carácter político particular de cada una de estas naciones, y hace á continuación el análisis



de las razas que las constituyen. No niega á la raza latina el genio político que ha realizado en la historia las conquistas imperiales de Roma, la coordinación de un derecho civil, la universalidad del Pontificado católico, la creación de los municipios y que ha sido el principal elaborador de todas las instituciones jurídicas, que más ó menos modificadas por el tiempo, aun siguen subsistiendo ó dando norma á las que se crean; mas con estar tan patente la historia, adjudica á la raza germana tal superioridad de genio político sobre la latina, que concluye por denominar á las naciones ó Estados nacionales que de ella han emanado las naciones políticas por excelencia. Del genio político germánico emanaron los visigodos de España, los suevos de Portugal, los lombardos de Italia, los francos que dominaron las Galias, los alemanes de Alemania, Holanda, Suiza y Austria, y estirando todo lo posible el concepto, si no convierte en germánicas las razas que pueblan la Grecia, la Rumania, los Principados danubianos y hasta la Rusia, germanos son los que en la cúspide de sus respectivas instituciones dirigen la organización política de estos pueblos. Con estos datos define que únicamente las razas germánicas son las poseedoras de capacidad especial para fundar naciones ó Estados nacionales, y que, por lo tanto, en la economía general de la Historia á ellas es á las que les está confiada la misión de dirigir la civilización política del mundo moderno. Y como los Estados Unidos deben considerarse también como un Estado nacional germánico, á ellos les toca la misión de dirigir la civilización política de los demás Estados de otra raza constituídos en la América del Norte, del Centro y del Sur, que á pesar de su larga independencia, no han logrado todavía organizarse en verdaderos Estados nacionales.

Estas ideas se completan con estas otras proposiciones.—  
«El hecho—dice Mr. Burgess—de que sea el Estado nacional creación del genio político germánico, erige á la nación germánica en la nación política por excelencia y la autoriza en la economía del mundo á asumir la dirección del estableci-



miento y la administración de los Estados. En ciertas circunstancias no debe permitirse siquiera la participación de los otros elementos políticos en esta labor, pues el ejercicio del poder político no es un derecho del hombre, sino que debe fundarse en la capacidad; por cuya razón las naciones germánicas deben llevar la civilización política á todas las partes del globo habitadas por razas bárbaras y no políticas. Bajo esta misma consideración, y en virtud de la misión manifiesta que incumbe á las razas germánicas, se desprende que es de su parte una política justificada la intervención en los asuntos de poblaciones no enteramente bárbaras, y que han hecho algunos progresos en la organización política con cierto grado de perfección. Y como interesa á la civilización del mundo que por donde quiera reinen la ley, el orden y la verdadera libertad, la impotencia permanente de un Estado para garantizar estos intereses constituye una amenaza contra la civilización, haciéndose necesario que uno ó más Estados con capacidad política asuman su soberanía y traten de organizar políticamente al país ó países que no tienen esta capacidad.»

La obra de Mr. Burgess se escribió para preparar la guerra con España, el protectorado dispensado á la insurrección cubana, la situación anormal en que desde la conclusión de la guerra se sostenía la gran Antilla, siempre ocupada y administrada por los Estados Unidos, la anexión de Puerto Rico y el despojo de las Filipinas. Los efectos producidos en la aplicación de estos principios son ya de conocimiento común. Con ellos ha estado absolutamente conforme la conducta de los Estados Unidos respecto á las posesiones coloniales de que se ha despojado á España. Pero los principios sustentados por Mr. Burgess han quedado en pie; otros libros, en competencia, han venido más tarde á apoyarlos, entre tanto que las ideas de la necesidad de la anexión de toda la América latina á la sajona, por la incapacidad de la primera para organizarse políticamente á sí misma, han sido ideas que hasta en discursos de profecía se han derramado en la conciencia de la



opinión en periódicos, en nuevos libros, en discursos hasta del heraldo aliado inglés de las pretensiones yakees, el Ministro británico Chamberlain. En la polémica suscitada entre el Dr. Alfonso, de Chile, y el escritor argentino Sr. Rodríguez del Busto, cree el primero, para oponerse al proyecto de toda alianza iberoamericana, que así á Méjico y á la Argentina, como á Chile, y en general á todas las jóvenes Repúblicas de origen español, para estar seguras en su independencia y vivir con honor y con gloria, basta sólo no dormirse, no contrariar la obra de la naturaleza, gozar los bienes con que la naturaleza las enriquece, trabajar y adecuarse y hacer una vida nacional é internacional sana é higiénica. Pero el Sr. Rodríguez del Busto desconfía, con razón, de los que se creen, á nombre de la raza germánica á que pertenecen, con capacidad especial—pudiéramos decir única—para la fundación de Estados Nacionales, y que se consideran investidos de la misión de dirigir la civilización política del mundo moderno, y tienen por una política justificada la intervención en los asuntos de poblaciones no enteramente bárbaras y que han hecho algunos progresos en la organización política con cierto grado de perfección. Si de este concepto no se ha librado España, Estado nacional que cuenta con siglos de existencia y que ha creado en todas las regiones del planeta tantos pueblos libres y cultos, por ella sabiamente gobernados durante cuatro siglos, ¿qué *republiquilla*, como los *yankees* llaman, sin excepción, á todas las de la sangre ibérica, sin excluir á Méjico, que cuenta quince millones de súbditos civilizados, se creará libre de la amenaza que Mr. Burgess formula, y que todo el mundo denomina *peligros americanos*?

La cuestión es que en las agresiones absorbentes que contra la América de origen ibérico se preparan, no hay más razón discutible que la de la fábula de *El lobo y el cordero*; pero á las cosas crudas hay que darles su barniz, y en el debate entablado sobre las razas capacitadas y las razas incapacitadas, las razas vigorosas y las razas decayentes, las razas vie-



jas y las razas jóvenes, no existen más que una multitud de convencionalismos, dorados por la ciencia, y que constituyen el barniz del buen *parecer* en la ruda realidad que se ve en perspectiva. Las razas, las naciones y los pueblos, tienen sus alternativas de alzas y bajas, en que influyen mil elementos excesivamente complejos y múltiples para enumerarlos, y entre estas alzas y bajas se realizan las evoluciones de la Historia. Al terminar el siglo XV á España tocó el lauro de ponerse en la vanguardia de la evolución. Se había inventado la imprenta, la brújula y la pólvora; se habían arrojado de la península los mahometanos; con la constitución de las nuevas nacionalidades había dado un paso de gigante la situación política y civil de los nuevos Estados; el renacimiento artístico y literario amplió las esferas del espíritu, y el descubrimiento y conquista de América dió al Atlántico la importancia comercial y política de que le mantenía despojado la ignorancia de sus límites y á la actividad del hombre el dominio entero del planeta. A poco, la protesta religiosa, practicando nuevo camino, por la discusión, á los vuelos del pensamiento y á las dilataciones de la ciencia, completó aquella suma de conquistas que produjeron la mayor revolución civilizadora que en la humanidad se había realizado desde el drama sangriento del Calvario, la creación de la Cátedra de Roma, la división y caída del Imperio y la irrupción de los bárbaros. No fue la revolución producida por tantos inventos gloriosos, el diluvio de hierro y de sangre, que sumió en un caos las sociedades desconcertadas del Imperio deshecho; pero durante las luchas á que dió margen, hubo, como siempre, vencidos y vencedores, razas sindicadas de decayentes, y razas ponderadas de reconstructivas, entidades nacionales que desaparecieron y entidades nacionales que se depuraron, Estados en ruinas y Estados en apogeo. ¿Qué duda cabe que nos encontramos en medio de una de las más grandes evoluciones de la Historia? Entonces el descubrimiento del Nuevo Mundo modificaba sólo los elementos primarios de la geografía: hoy



es la emancipación de aquellos pueblos desde entonces formados, lo que modifica el equilibrio de la política. Entonces la invención de la imprenta ponía en tensión el pensamiento, la de la pólvora cambiaba la estrategia de la guerra, y la de la brújula ponía el tránsito del mar al alcance de la inteligencia, emancipándole de las confusiones de la temeridad. ¡Hoy..... hoy los inventos no caben en las ponderaciones de la fantasía: el vapor, el hilo telegráfico, la luz y el motor eléctrico, los terribles explosivos, la impresión por la luz, la aplicación multiforme de la máquina..... lo infinito! ¿No ha de producir esto una revolución política profunda en todo el planeta, ya dominado por la exploración científica y por las audacias del comercio, al lado de la cual la revolución política francesa sólo parezca el prólogo del drama?

No es la raza sajona de los dos mundos la que está, como antes España, al frente de esta grande evolución: son los Estados Unidos americanos. No es el inmenso Océano Atlántico el que modifica las relaciones políticas y comerciales de los hombres, sino todos los Océanos: el Pacífico, el Boreal, los de dos Polos. Inglaterra no ha hecho más, para sobrevivir, que ponerse á las espaldas de aquella poderosa hija que ya la aventaja en opulencia y que se halla situada entre los dos Océanos de las nuevas luchas. ¡Ay del día del primer descalabro que Inglaterra sufra! ¿Quién sabe? En medio del inmenso poder de que presume, un secreto presentimiento hace comprender que su suerte fija está en el reloj inexorable del destino. No se engañan los publicistas yankees: de allí ha de venir el movimiento. Pero por lo mismo que el movimiento producirá tal vez el caos, á los pueblos jóvenes de la América de nuestro origen incumbe, por instinto de propia conservación, saber aprovechar los instantes, unirse entre sí y ponerse en la corriente. Yo, desde luego, declaro que estoy más al lado del argentino Rodríguez del Busto que del doctor chileno Paulino Alfonso.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



# SANTA CRUZ DE LA SERÓS

---

OBSERVACIONES SOBRE UN MONUMENTO ARQUITECTÓNICO  
CASI DESCONOCIDO

El que llevado del entusiasmo por los recuerdos históricos y artísticos, y deseando compensar debilidades presentes con el recuerdo de fortalezas pasadas, se decida á visitar el Monasterio de San Juan de la Peña, ha de prepararse para un viaje incómodo, ciertamente, pero fecundo en impresiones de variados géneros. Empréndese la excursión desde Jaca, por la carretera de esta ciudad á Sangüesa, y á no larga distancia de la antigua corte de Ramiro I se halla el viajero con la venta de *Escula-bolsas*, nombre un tanto naturalista y bastante expresivo. Allí se deja el coche, y *caballero* en uno de esos mulos montañeses, cuyo admirable instinto los hace insustituibles para tales expediciones, comienza la subida al renombrado panteón de los primeros reyes aragoneses. Tras una hora de marcha, encuéntrase el pueblo de Santa Cruz de la Serós, oculto entre dos estribaciones de la sierra de San Juan y en la embocadura de la estrecha y selvática hondonada cuya salida cierra la enorme y celeberrima Peña.

En tan humilde pueblo, y dándole fondo el agreste paisaje, se conserva una iglesia curiosísimo ejemplar de la archi-



tectura española de la Edad Media, digno de ser estudiado por cuantos posean el amor *á las cosas que fueron*, pero tan poco conocido, que apenas si existe autor donde pueda leerse su descripción (1), y aun ésta, so mera é incidental, se debe al feliz emplazamiento de la iglesia en la ruta de San Juan de la Peña; que á no ser así, mantuviérase virgen de todo encarecimiento y atención. Y, sin embargo, la iglesia de Santa Cruz de la Serós merece un examen concienzudo y una monografía detallada, cuyo croquis tratamos de esbozar aquí, si bien por modo incompleto, puesto que circunstancias materiales nos impiden ser más extensos y ampliar el estudio con fotografías y dibujos.

Cuenta la Historia (2) que en el año de 984 el Rey Sancho y su mujer Doña Urraca dotaron espléndidamente *el Monasterio de Santa María de las Sorores de Santa Cruz*. No dice el documento correspondiente que estos reyes fueran sus fundadores; pero debió ser así, porque no se le conocen bienes con anterioridad, y no se comprende en aquellos tiempos la existencia de una casa de religión indotada. De tan lejana fecha se deduce que este es el convento de monjas más antiguo que existe en Aragón. Ramiro I, en su testamento otorgado el año

---

(1) El Sr. Cuadrado, en el tomo de *Aragón*, de la conocida obra *Recuerdos y bellezas de España*, se ocupa ligeramente de esta iglesia, al reseñar la expedición á San Juan de la Peña, acompañando una litografía de Parcerisa un tanto fantástica. De ella está copiado el dibujo que se inserta en la nueva edición de la obra, hecha por el editor Sr. Cortezo.

El Sr. Balaguer, en su escrito *San Juan de la Peña*, inserto en el libro *A granel* (Madrid, 1898), es todavía más conciso en la descripción del monumento de que se trata.

(2) *Teatro histórico de las Iglesias del Reyno de Aragon*, por el reverendo P. Fr. Ramón de Huesca, continuado por el R. P. Fr. Lamberto de Zaragoza. Tomo VIII. Pamplona, 1870.—Dice este último autor que en 1599 confirmó Felipe III los privilegios y donaciones de la casa, extendiéndose con tal motivo una Escritura, en la que se hicieron constar los documentos (algunos ya entonces desaparecidos), por donde se ha venido en conocimiento de la historia de este Monasterio.



1061, recomienda á su hija Doña Urraca, que había ingresado en este Monasterio en la flor de su juventud, y á las demás *sorores* (hermanas), que vivan siempre bajo la obediencia del Abad de San Juan de la Peña. Pero el ennoblecimiento y apogeo de la casa se debió á las Infantas Doña Teresa, viuda del Conde de Provenza, y Doña Sancha, viuda del de Tolosa, hijas ambas de Ramiro I, que la dotaron con ricos y extensos territorios, sobresaliendo en esplendidez la última de aquellas ilustres señoras, que por privilegios de 1076 y 1096 otorgó al Monasterio muchos lugares, sobre los que éste ejercía jurisdicciones civil y criminal. A la santa casa «asilo de la inocencia y arca de refugio», como la llama el P. Lamberto, de Zaragoza, se retiró Doña Sancha, ordenando que en ella fuese enterrado su cuerpo. Por lo categórico de sus palabras, conviene á nuestro estudio copiar las de un cronista de la Orden, el cual dice así (1): «También en este tiempo (1076) se fundó un Monasterio en Cataluña (2), llamado Santa María, cabe el pueblo de Santa Cruz; edificóle doña Sancha, Infanta, hermana del Rey de Aragón, muger del Conde de Tolosa, para q̄ monjas principales tomase en él el abito.» «Enriquezióle bastante-mente esta Señora, y despues le calificó, dexando en él enterrado su cuerpo» (3). El Convento de Santa María de las Sorores fue, pues, de los llamados *Monasteria Dominorum*, en los cuales no se admitían más que personas ilustres y de conocida nobleza, á diferencia de los *Monasteria Nonarum*, abiertos á toda categoría de gentes (4).

(1) *Crónica general de la Orden de San Benito*, por el M. R. Fr. Antonio de Yepes. Tomo VI; Valladolid, 1617.—Folio 324 vuelto.

(2) Por error geográfico, explicable por razones históricas, coloca el P. Yepes en Cataluña el antiguo condado de Aragón.

(3) El P. Yepes advierte á continuación que no ha de confundirse este Monasterio, que se llama de Santa María de la Serós, en el pueblo de Santa Cruz, con el de Santas Cruces, de monjas cirtencienses.

(4) Yepes, *Ob. y t.* citados, folio 318 vuelto.—San Hugo, Abad de Cluny, al final del siglo XI fundó el Monasterio de Marcigny, para damas nobles, que tenía en España otros bajo su dependencia. (V. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire*, t. I, pág. 255).



En 1555 se trasladó la comunidad á Jaca, ocupando el Real Monasterio de monjas benedictinas, y en 1622 se llevaron á éste, desde Santa Cruz, las cenizas de las tres Infantas, depositándose en un antiguo sepulcro de piedra, sobre el cual, y en el presbiterio, se colocó una lápida con la siguiente inscripción:

«Aquí yace D.<sup>a</sup> Urraca, Monja y Fundadora de este Real Monasterio, D.<sup>a</sup> Sancha, Condesa de Tolosa y D.<sup>a</sup> Teresa de Proenza, hijas de Don Ramiro, Rey de Aragón. Trasladó sus huesos del Monasterio de Santa ✠ de la Serós la M. Ille. S.<sup>a</sup> D.<sup>a</sup> Gerónima Abarca, Abadesa, á 22 de Nbre. de 1622.»

¿Qué resta hoy de la casa *edificada, enriquecida y calificada* por Doña Sancha en el último cuarto del siglo XI? La iglesia solamente. Más de trescientos años de abandono, dieron en tierra con las edificaciones conventuales, y con parte de la iglesia misma, pues en tal estado viéronla Cuadrado y Balaguer: hundida la bóveda, obstruído el paso por las piedras y entregada á la acción destructora de todos los elementos. Una mano piadosa, creemos que la del actual Ilmo. Señor Obispo de Jaca, la ha limpiado y rehecho, y aun cuando en esta restauración no todo es digno de elogio, no debe regateársele al salvador de un monumento de tal importancia.

Porque la tiene, y grande, en la historia de la arquitectura española, la Iglesia de Santa Cruz de la Serós, nombre en el cual se ha transformado, por corrupción, el primitivo de Santa María de las Sorores de Santa Cruz. Trátase, según lo que la historia dice y nosotros analizaremos, de una construcción del último cuarto del siglo XI; y si por tan respetable antigüedad es digna de estudio, éste se impone con mayor fuerza por los rasgos especiales que el monumento presenta.

La planta, de no grandes dimensiones, se compone de una sola nave, en forma de cruz latina, coronada por un ábside semicircular, al que acompañan, en los dos brazos de la cruz, sendas capillitas, semicirculares también, y que por su pequeñez no alcanzan la categoría de ábsides secundarios, peculia-



res del estilo románico. Detalle notable: estas capillitas son por fuera de planta rectangular, es decir, que no se acusan al exterior en semicilindro, sino con planos y aristas verticales. La iglesia, que está orientada litúrgicamente, tiene una sola puerta en el hastial Oeste, y en el lado Sur un pequeño compartimiento, hoy dedicado á sacristía. El alzado interior se compone de muros rectos y lisos en la nave principal, en los cuales hay adosadas columnas con capiteles historiados, sobre los que cargan arcos de medio punto que sirven de refuerzo al medio cañón, de igual directriz que éstos, con el que se cubre la nave. Los brazos de la cruz, de muros también lisos y sin columnas, tienen bóvedas de crucería, de carácter por demás primitivo, con nervios en forma de grueso baquetón, cuyos arranques se apoyan del modo más bárbaro en los ángulos. La plementería está despiezada por el sistema francés en una de las dos bóvedas, y por el normando en la otra (1). El ábside tiene tres estrechas y sencillísimas ventanas, y bóveda de cuarto de esfera.

Tal es el interior de la iglesia de Santa Cruz, y aquí parece que acaba cuanto en él hay que describir. Pero no es así, porque en los pies, y á la altura del arranque de la bóveda, se ve un hueco, obscuro para ventana, é inaccesible para puerta. Y, sin embargo, es esto último; mas si hoy es posible subir á ella por una escalera de madera, no se adivina por dónde vsrificábase la ascensión en los primitivos tiempos, pues en los muros no se ven restos de escalera alguna, lo cual parece prueba de que hubo interés en dificultar la subida, y que aquel hueco debe ser entrada de algo que se dispuso como lugar de refugio en casos apurados, bien por el asedio de moros, bastante frecuentes en los años anteriores á la reconquista de

---

(1) El sistema *francés* se compone de hiladas que apoyan todas en el arco formero ó en el transversal, y en los diagonales; en el *normando*, las hiladas cargan en aquéllos, y se cruzan en el espinazo, formando lo que se llama en construcción *espina de pez*.



Huesca (1096), bien por el de gentes maleantes ó tropas enemigas, que todo esto abundaba en aquellos agitados siglos. En efecto, traspuesto el hueco mencionado, asciéndese por estrecha escalera abierta en el grueso del muro; escalera cuyos pétreos y altísimos peldaños, más propios son para forzudos guerreros que para delicadas vírgenes del Señor. El pasadizo desemboca en un recinto abovedado, que se eleva sobre el crucero de la iglesia, formando la bóveda de ésta el piso de aquél. Tal disposición, que hace esta linterna independiente de la iglesia, prueba que no se hizo para el ornato ó ennoblecimiento de ella, y parece confirmar la suposición antes expuesta. El recinto mencionado es de planta cuadrada, transformada luego en octógono regular por cuatro nichos que arrancan desde el pavimento mismo. Sobre el octógono asienta una cúpula semiesférica, despiezada por anillos concéntricos. Cuatro columnas colocadas, no en los vértices sino en los medios de los muros, sostienen dos arcos cruzados, de sección compuesta por dos gruesos baquetones, que refuerzan la cúpula.

La linterna, cimborrio ó como quiera llamarse, se comunica por una estrecha puerta con la torre, emplazada sobre el brazo de la derecha de la cruz que forma la planta de la iglesia. Esta torre es un altísimo recinto prismático cuadrangular, al que dan luz tres órdenes de ventanas pareadas, cuyas columnillas rematan en capiteles de labor bárbara. Cúbrese con otra cúpula análoga en forma y despiezo á la antes descrita, pero sin arcos de refuerzo. El paso de la planta cuadrada al octógono, está aquí hecho por medio de cuatro *trompas*.

En el exterior merecen notarse la puerta principal, de arco de medio punto, moldurado con un grueso baquetón que apoya sus salmeres en columnas con capiteles curiosísimos, y tímpano en el que se ve esculpido el lábaro (1); los canecillos

(1) En las fajas lisas de este tímpano se leen los siguientes versos latinos:



del tejaróz que forma el perímetro de la cubierta y las coronaciones de la linterna del crucero y la torre, cuyos nichos y trompas se acusan por tejadillos á dos vertientes, protegiendo las cúpulas pirámides octogonales.

Descrita queda con esto la interesante iglesia; pero concluída la árida enumeración de sus partes, cúmplenos analizarlas con relación á la época y al estilo.

Es aquella, como se ha dicho, el último cuarto del siglo XI, y es este el románico cluniacense más característico, sin las exuberancias ornamentales que en la siguiente centuria provocaron las censuras de San Bernardo, pero también sin la sequedad bárbara de los cenobios catalanes y navarros. En la disposición del monumento nótase desde luego la doble naturaleza de santuario y castillo, tan frecuente en aquellos tiempos, pero con diferencias esenciales. No se ven en la iglesia de Santa Cruz ni ábsides coronados de adarves, como en las catedrales de Avila y Tarragona, ni poderosas torres almenadas, como en la de Sigüenza, ni sobre la puerta se enhiesta robusto baluarte, como en la de Jaca. Inútiles alardes de fuerza serían estos en una casa habitada por débiles mujeres. Las *sorores* de Santa Cruz prepararon tan solo un lugar de refugio, y no de defensa, para esperar, en momentos de peligro, que la Divina Misericordia las amparase, alejando los enemigos ó atrayendo huestes amigas que las socorrieran y libertaran.

Estudiemos ahora, por separado, los caracteres arquitectónicos de la iglesia de Santa Cruz. La planta no es la esplén-

---

Janua sum præpes: per me transite, fideles  
Fons ego sum vitæ; plus me quam vina sitite,  
Virginis hoc templum quisquis penetrare beatum.

Y este otro:

Corrige te primum, valeas quo poscere Xpristum.

En las puertas de la catedral de Jaca, que presentan mucha analogía con la de Santa Cruz, también hay esculpidos versos y preceptos latinos.



dida de tres naves, crucero y girola rodeada de capillas (catedral de Santiago), ni la de igual cuerpo y triple ábside, característica de los templos de la época (catedral de Jaca, San Isidoro de León, etc., etc.), ni la más modesta, de una sola nave (San Juan de Amandi, San Juan de Priorio, parroquia de Ujo, etc., etc., y algo más tarde la abadía de San Quirce, en Burgos; el Salvador, de Sepúlveda; colegiata de Cervatos, San Isidro, de Avila, la Magdalena, de Zamora, etc., etc.), sino que su forma, de cruz latina y una sola nave, parece exclusiva en España de la vertiente del Pirineo, pues esta es, en sus líneas generales, las de San Pedro de Camprodón (Gerona), San Pablo del Campo (Barcelona), San Juan de las Abadesas (Gerona) y algunas otras abadías benedictinas (1), y apenas se puede señalar en las regiones castellanas y leonesas.

Si del estudio de la planta pasamos al de su alzado, nada que se salga de lo genuino del estilo nos ofrece el cañón seguido de la nave y el cuarto de esfera del ábside. Pero no así las bóvedas de crucería de los dos brazos menores de la iglesia. ¡Bóvedas de crucería en una construcción cristiana española del siglo XI! El hecho, admitido sin discusión, revolucionaría la historia de la arquitectura nacional; pero analizando los elementos de estas bóvedas, puede deducirse que son hechura de la segunda mitad de la centuria duodécima.

---

(1) La iglesia del monasterio de San Salvador de Oña se compone hoy de una sola nave, de los últimos años del siglo XII ó primeros del XIII, con un crucero y ábside del XV; pero lo inusitado de tal forma en los tiempos de la transición románico-ogival, da lugar á creer que la actual construcción se levantó en el reinado de Alfonso VIII, siguiendo la forma que tenía la que edificaron los monjes de San Juan de la Peña en el siglo XI.

La iglesia de Leyre, cuyo monasterio se pobló también á principios de esta centuria con monjes de Cluny, tiene hoy una sola nave ojival y una cabecera con triple ábside, resto de la iglesia del siglo XI. El señor D. Pedro Madrazo supone («Navarra»—Recuerdos y bellezas de España) que el cuerpo de esta fue de tres naves.



No otra cosa manifiestan la sección de los nervios, que es un robusto y simple baquetón, y el arranque de éstos, que se afila en él y sale del muro sin apoyo ni preparación alguna. Es decir, que nos encontramos con otro ejemplo más que añadir á los interesantísimos esbozos de la crucería ojival que se ven en el ábside de la catedral de Avila y en las iglesias de Veruela y Poblet, todas de la última mitad del siglo XII. Parece, pues, seguro que los brazos que forman la cruz de la iglesia de la Serós estuvieron cubiertos con medios cañones; pero que, resentidos ó derrumbados un siglo después de su construcción, exigieron nuevas bóvedas, haciéndose éstas por el sistema que por entonces comenzaba á generalizarse. Pero los caracteres de las dos crucerías manifiestan que son de los más antiguos, ó acaso los primeros ejemplares que de su clase existen en España, aumentándose con esto notablemente su interés. En la plementería de ambas hemos de notar que se emplearon los dos despieces usados en la época; el francés en la de la izquierda y el anglo-normando en la de la derecha, propio aquél de los constructores de la isla de Francia y éste de los de la Aquitania y el Anjou (1).

Verdaderamente extraña é inusitada es la colocación del cimborrio en la iglesia que estudiamos. Tanto, que ella le da el carácter de ejemplar rarísimo, y casi nos atreveríamos á decir que único. Porque si la elevación de linternas sobre los cruceros es costumbre de origen bizantino, adoptada en Occidente desde el siglo VII, según los franceses, por la imitación de la capilla de Aquisgran (2), y que los españoles acaso podamos atribuir, como tantas otras, á la influencia di-

(1) Viollet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné de l'Architecture*, tomo iv. Construction.—Dice este autor que el sistema anglo-normando no se usó en Francia más que hasta los primeros años del siglo XIII, pero que persistió en Inglaterra. Lo mismo puede afirmarse de España, puesto que lo vemos empleado en la linterna de San Vicente de Avila, obra del final de aquel siglo.

(2) Viollet-le-Duc, *ob. cit.* Clocher.



rectamente oriental, traída á España por los imperiales que dominaron en la costa levantina en los tiempos visigodos; si tal construcción, repetimos, es frecuentísima en las iglesias rhinianas, francesas y españolas, en todas ellas, si no estamos equivocados, la linterna se manifiesta al interior, bien en toda su altura, ó bien cortada, en parte, por una bóveda cupuliforme que la acusa. Pero en Santa Cruz el cimborrio permanece oculto, y nada manifiesta su existencia en el interior; prueba plena de que no fue el embellecimiento de éste el objeto de su edificación. Y que no lo fue tampoco el alojar las campanas, lo testifican la carencia de verdaderas ventanas y la torre-campanario que á su lado se eleva. ¿Pudo ser un agregado que, como tal, no entró en el plan primitivo de la iglesia? No lo creemos, estudiando la armonía del exterior del monumento y los caracteres del interior de la linterna.

Ésta se compone, como descrito queda, de un compartimiento de planta cuadrada, que transforman en octogonal cuatro grandes nichos y que cubre una cúpula semiesférica de perfecto despiece anular. Cuantos autores se han ocupado en esta clase de estudios han dicho y repetido que los arquitectos occidentales demostraron siempre tal antipatía á las superficies de doble curvatura, que tendieron constantemente á convertirlas en *regladas*, transformando el nicho en arco avocinado, la pechina en trompa, la cúpula en bóveda octogonal cilíndrica, y el casquete esférico en crucería. El hecho parece cierto; y, sin embargo, tan numerosos son los ejemplares de bóvedas de doble curvatura que se van estudiando en los monumentos de nuestro suelo, que hay que rendirse ante la realidad, confesando que en los siglos XI y XII hubo en España una serie de maestros que bajo la doble influencia bizantina, importada por la costa del Mediterráneo, y aquitana, venida á través del Pirineo, construyeron innumerables cúpulas, desde las rudimentarias de San Pedro, de Camprodón, y San Pablo, de Barcelona, pasando por las típicas de San Quirce (Burgos) y la Colegiata de Castañeda (Santander), hasta las



suntuosas de Silos (1), Hirache, Toro, Zamora y Salamanca.

La cúpula de la torre de Santa Cruz de la Serós, sobre trompas, y la del cimborrio, sobre nichos, son nuevos ejemplares que añadir á los citados. Y aumentase el interés de la última por el agregado de los dos nervios de refuerzo. La colocación de estos arcos es muy curiosa. Porque en la serie de bóvedas cupuliformes con nervios que del arte románico se conservan, éstos se hallan apoyados, casi sin excepción, en los ángulos de la planta, y corresponden, por lo tanto, á las diagonales del polígono; pero aquí, por caso extraño, están en los centros de los lados (2). Un ejemplo algo parecido, pero no igual, puede señalarse en la bóveda, en *rincón del claustro*, de la torre vieja de la catedral de Oviedo; pero donde tenemos otro que acaso contenga el modelo de la de Santa Cruz, es en el crucero de la catedral de Jaca, donde se levanta una cúpula sobre cuatro arcos de refuerzo, colocados en los medios y no en los vértices del octógono. La coincidencia merece notarse, pues establece una filiación, ó estrechas relaciones de parentesco por lo menos, entre estos dos monumentos; cosa que, en verdad, nada tiene de sorprendente por ser ambos casi coetáneos (3), estar emplazados en lugares vecinos y en camino por demás frecuentado por las relaciones que Jaca y San Juan de

---

(1) Esta cúpula, con la iglesia de que formaba parte, fue demolida el siglo pasado. Véase el artículo publicado por el que esto escribe en el número de *La Ilustración Española y Americana*, correspondiente al 22 de Enero último.

(2) Las bóvedas cupuliformes de San Millán y la Vera Cruz de Segovia tienen los nervios en los lados, y no en los vértices del octógono; pero estas cubiertas son del sistema que pudiéramos llamar *mahometano*, que no reúne estos nervios en una clave central, y, por consiguiente, es distinto al género que ahora estudiamos.

(3) La catedral de Jaca se fundó en 1040 por Ramiro I y se consagró en 1063; y aunque esta ceremonia no indica que estuviese concluida del todo la fábrica, los caracteres arquitectónicos indican en ella alguna mayor antigüedad con respecto á la iglesia de Santa Cruz.



la Peña sostenían en los reinados de Ramiro I y Sancho Ramírez.

Si observamos atentamente el conjunto del interior de esta linterna, de cuyo pavimento arrancan las columnas que sostienen los nervios resaltados, sobre los que carga la cúpula, aunque con independencia de éstos, no cabe dudar que la impresión que produce es la de un recinto de *estructura ojival*, entendiendo con este calificativo el sistema de construcción y no los detalles de la misma. Poniéndose en el justo medio entre los que creen que la bóveda de crucería proviene exclusivamente de la cúpula aquitana y los que opinan que se debe á la transformación de la de arista romana, y creyendo, con Viollet-le-Duc, en una doble corriente, es interesante el estudio de la linterna de Santa Cruz de la Serós, donde parece contenerse un esbozo de la crucería cupuliforme ó anglonormanda, que, naciendo de la bóveda *vaida*, que al fin no es más que una variante de la cúpula, y, andando el tiempo, dió forma á las que cubren las naves bajas de la colegiata de Toro y la catedral de Ciudad Rodrigo y algunas de la catedral vieja de Salamanca, construídas bajo la influencia aquitana, de la que son tipos las iglesias de Saumur y Saint-Avit-Senieur.

Concluyamos este breve análisis con el de la torre, y anotemos su inusitado emplazamiento sobre el brazo derecho del crucero y no sobre la entrada ó á los lados de éste, como es general en el estilo, ó adosada á aquél, según hay numerosos ejemplos. La cúpula sobre trompas que cubre el alto recinto del campanario, no tiene nervios ni resaltos que interrumpen su desnuda superficie, pudiéndose así apreciar su perfecto despiezo, que indica en el constructor nada vulgar maestría en su arte.

Por estas ligeras observaciones puede deducirse el interés que para el estudio de la arquitectura española tiene la iglesia benedictina de Santa Cruz de la Serós, monumento que á su respetable historia une el ser un ejemplar curiosísimo del



arte del siglo XI, agregando á los caracteres generales del estilo otros que le dan categoría de *monumento-tipo*. Pero conocida la obra, ocurre preguntar por el autor. Inútil empeño sería averiguar el nombre de quien vivió en época en que el anónimo cubría por igual á todos los artistas. Pero ya que hoy no podemos conocer la persona, presumiremos fundadamente su clase. Trátase de una abadía dependiente de la casa de Cluny y construída en los tiempos en que el monje cluniacense Hildebrando regía la Iglesia con el nombre de Gregorio VII; San Hugo, Abad de Cluny, era árbitro inapelable entre los tronos, y ejercía influencia poderosa sobre el Rey de Castilla ó León, Fernando I, y más tarde con el conquistador de Toledo, grandes donadores de la casa francesa; en que Anastasio de Cluny venía á España á ejercer su misión entre los moros; en que cluniacenses eran los monjes de San Juan de la Peña, los de la mayoría de los monasterios españoles y casi todos los Obispos; era, en fin, el siglo en el cual la Orden de Cluny surtía, si vale la palabra, á Europa de Santos y Papas, Obispos y Embajadores, literatos y artistas. Monje de Cluny era Gauzon, el arquitecto de la casa-matriz; monjes de Cluny fueron los constructores de las abadías de la Orden, y monje clunicense debió ser el que levantó la casa de las hermanas de Santa Cruz. ¿Francés, ó español? Imposible es establecer su nacionalidad en una comarca para la que *no había Pirineos*, según la frase de un autor, en la época en que Ramiro I casaba con una hija del Conde de Bigorre, Sancho Ramírez con la del de Roucy, la Infanta doña Sancha con el Conde de Tolosa y doña Teresa con el de Provenza, y en que las relaciones políticas, sociales y religiosas entre Gascuña y Aragón eran cordialísimas.

\*  
\* \*

Mudos testigos de fenecidas grandezas, ocupan el humildísimo lugar de sillares en las casas y las cercas del pueblo de



Santa Cruz, capiteles de bárbaras figuras ó típicas hojarascas románicas, molduradas dovelas, trozos de laudas góticas y piedras marcadas con los extraños signos gremiales. Esto es cuanto queda de la casa conventual de las Sorores. Deploremos la destrucción de la histórica abadía; pero al mismo tiempo, alabemos á Dios que ha permitido se conserve su interesante iglesia. Dirijámosla una última mirada desde lo alto de la empinadísima y peligrosa senda que conduce á San Juan de la Peña. Poco á poco la masa del monumento se esfuma y empequeñece ante la imponente mole de los Pirineos que, en magnífico anfiteatro, surge en el horizonte; y allá se queda, en el fondo del valle, lo que resta de la notabilísima construcción de Doña Sancha, mientras nosotros vamos saboreando el intenso y melancólico placer que dejan en el alma las horas transcurridas en ideal coloquio con los restos de aquellos tiempos de patente fe y ruda energía, tan intensamente expresados por la arquitectura del monumento.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,  
Arquitecto.

Jaca-Madrid, Agosto de 1899.



# POETAS AMERICANOS

---

## ¡MADRE!

¡Ay! ¡qué es en vano callar, si sienten  
Los corazones sus fibras rotas;  
Y la esperanza tiende su vuelo  
Y en el desierto nos abandona!

¡Ay! ¡que es muy triste de lo pasado  
Traer recuerdos á la memoria,  
Y ver las flores de la inocencia  
Vagar marchitas y sin aroma!

¡Sueños de ángel! ¡Juegos de niño!  
¡Nubes rosadas y mariposas!  
¿Do está la magia de vuestro encanto?  
¿Dónde habéis ido? ¿Do estais ahora?

Mi pobre madre, mi viejecita,  
La de las frases consoladoras,  
La de los besos enamorados,  
La de los sueños color de gloria;

Hace ya tiempo que en el sepulcro  
Duerme su eterno sueño de sombra;  
Y desde entonces, ¡todo me falta!  
Y desde entonces, ¡todo me sobra!



Do quier que muevo la planta incierta,  
Do quier que tiendo la vista ansiosa,  
Miro el desierto ¡sin una palma!  
Miro el Océano ¡sin una roca!

La golondrina deja su nido;  
Pero á su nido de nuevo torna;  
Y en él descanso y amor encuentra;  
Y en él su tierna canción entona.

Mas yo sin rumbo ni hogar camino  
Mi amargo llanto bebiendo á solas;  
Y en vano exhalo mis tristes quejas;  
¡Qué no hay un seno que las recoja!

¡Ay! Que la estrella que me ilumina  
Se vela siempre por negras sombras,  
Y en los jardines de mis anhelos  
Hay cien espinas por cada rosa!

¡Ay! Que es en vano que de mi lira  
Vibrando partan las dulces notas;  
Si van errantes, como en el viento  
Las desprendidas y mustias hojas.

Hoy que mis penas callar pretendo,  
Más proporciones mi duelo toma;  
¡Es que no hay valla, ni fuerte dique,  
Para el torrente que se desborda!

¡Hoy es mi santo! ¡mi cumpleaños!  
¡Me duele el alma! pero ¿qué importa?  
¡Quiero embriagarme!... ¡lágrimas mías,  
Hasta los bordes llenad la copa!

PAULO EMILIO ROMERO.



## LA ORACIÓN DEL NIÑO

Se detuvo ante el santo Crucifijo ;  
 Ante el altar se arrodilló con calma,  
 Y del Señor, ante la imagen, dijo  
 Con una voz que se exhaló de su alma:  
 —«¡Jesús! ¡mi buen Jesús, á quien imploro!  
 Sabe que á mis amigos no hago daño:  
 Es que en casa ¡no hay pan! ¡Por eso lloro!  
 ¡Mírame bien los ojos! ¡No te engaño!

»Es mi madre quien dice que soy bueno:  
 Y como eso me sirve de alegría,  
 Te puedo asegnrar que no me apeno  
 Por dejar de comer durante el día.

»Pero mis hermanitos y mi hermana,  
 La más pequeña, la graciosa Friso,  
 ¡No comen desde ayer por la mañana,  
 Y, como tienen hambre, te lo aviso!

»¡Bueno! ¡bueno! ¡ya sé! ¡Tal vez por otros  
 Nos abandonas, y si tal hicieras!...  
 ¡Siempre habrás de acordarte de nosotros,  
 Y de la pobre Friso.... aunque no quieras!

»Mira: te he referido mis fatigas,  
 Y mis males también te he relatado,  
 Sólo para que luego no me digas  
 Que hay cosas que yo á tí no te he contado...»

Dijo: y de aquel altar sobre las gradas,  
 Como el implume pájaro en su nido,  
 Clavadas en el Cristo las miradas,  
 Pensando en Friso se quedó dormido.

BONIFACIO B. BYRNE.



**EL NIDO**

—

Lluvia de perlas, nubes de aromas  
Visten los campos primaverales;  
Rubias espigas las verdes lomas;  
Nieblas azules los manantiales.  
La agreste lira de los amores  
Vibra en los sauces de la ribera,  
Y allí en un toldo nupcial de flores,  
Cantan su dicha dos ruiseñores  
Una mañana de primavera.

Dióles el campo césped mullido;  
Dióles el viento música y galas;  
Y ellos, cantando cubren su nido,  
Ya con sus besos, ya con sus alas.  
Todo era flores en la pradera;  
Todo era nubes de oro en los cielos.  
—¡Era una tarde de primavera,  
Cuando arrullaron por vez primera  
Los ruiseñores á sus hijuelos!

JUAN C. ROSSEL.



# DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

---

EXPOSICIÓN MÁS PROFUNDA DE LA ORIGINALIDAD Y UNIVERSALIDAD DE UN PUEBLO.

Háse mostrado en los discursos precedentes, con ayuda de los hechos históricos, que los caracteres de los alemanes son los de un pueblo primitivo, que tiene derecho á llamarse propiamente el pueblo (*das Volk*), con exclusión de otros que se separaron de él; y esto es lo que quiere expresarse con la palabra «Alemán» literalmente. Conviene á nuestro propósito detenernos todavía algo más en este asunto, para contestar á una objeción que se nos podría hacer, esto es: si realmente consiste en esto la individualidad alemana, hay que confesar que actualmente les queda bien poco á los alemanes del carácter nacional primitivo. Por nuestra parte, reconocemos sin vacilar que así lo parece, y aspiramos á buscar las diversas razones de ello y á explicarlas.

Mostremos desde luego, en la totalidad de las relaciones del pueblo primitivo, cómo ha podido, en el mundo moderno, continuar la cultura de ese mismo mundo, intentando producir, á la vista de los esfuerzos superficiales del extranjero, nuevas creaciones sacadas de su propio medio. Pero es evidente que entre el esfuerzo y la creación media gran espacio, y que el intervalo entre uno y otra comprende por necesidad



períodos en los que el pueblo primitivo se muestra casi enteramente fusionado con el extranjero y parece semejante á él, por hallarse todavía en el período del esfuerzo, sin haber podido realizar todavía lo que deseaba producir. En este período, precisamente, se encuentra hoy día Alemania, por lo que toca á la mayoría de las clases cultas, revelándose en ellas las manifestaciones de la manía de imitar al extranjero, que penetran hasta la intimidad de su vida. La filosofía, en cuanto pensar libre, desembarazado de las trabas de toda creencia ciega en una autoridad exterior, es justamente el medio de que el extranjero se ha valido para imprimir movimiento á su madre patria, como hemos visto en el discurso precedente. Pero en aquellos países, el esfuerzo hecho no ha llegado á realizar nada, salvo raras excepciones, y por esto la filosofía extranjera va todavía en busca de nuevas formas, á la vez que se entromete en las ciencias más próximas para juzgarlas conforme á su punto de vista; y como el alemán no puede nunca abdicar de su carácter serio ni permanecer indiferente ante las cosas de la vida real, esta filosofía influye aún en la vida pública, que dirige según sus principios y reglas. Trataremos de demostrar esto punto por punto.

Ante todo, no olvidemos que el hombre no tiene sus opiniones científicas en forma libre y arbitraria, sino tales como se las impone su propia vida, y que ellas se convierten á su vez en fuente íntima, intuitiva pero oculta, de esa misma vida. Tu naturaleza íntima es la que, indeclinablemente, se presenta á tus ojos, y nunca podrás ver otra cosa, á menos que tú mismo cambies. Ahora bien; la esencia íntima del extranjero ó del pueblo que no sea primitivo, consiste en la creencia en algo definitivo, firme, inmutable, por bajo de lo cual se mueve la existencia libre, sin poder franquearlo ni fusionarse con él. Este límite infranqueable hállase de tal manera presente al espíritu, que sería imposible creer ó pensar en otra cosa sin cambiar toda su naturaleza íntima ó arrancarse el corazón del pecho. El extranjero cree necesariamente en la muerte, cosa



primera y última, fuente fundamental de todas las otras y, con ellas, de la vida.

Examinemos ahora cómo se expresa hoy entre los alemanes este dogma fundamental del extranjero.

Manifiéstase, en primer término, en la filosofía propiamente dicha. La actual filosofía alemana que merece citarse, aspira á encontrar un fundamento, una forma científica, aunque no sea posible alcanzarla; y á pesar de los esfuerzos impotentes del extranjero, desea la unión, desea la realidad y el ser, buscando, en lugar de la simple apariencia, el fondo de la que se muestra en forma fenomenal: en todo lo cual lleva razón, porque sobrepuja en mucho á los maestros de la actual filosofía extranjera, penetrando más adentro y con mayor constancia en los principios mismos de las cosas extranjeras. Este fondo de toda apariencia exterior es, en cuanto esos investigadores pueden determinarlo, aún con error, preciso, definido y estable; es lo que es y nada más, invariable en su Yo y en su esencia; síguenle por todas partes la muerte y la pérdida de su originalidad; y como ellos necesitan, para volar hacia la vida, de un sostén y una ayuda, no sabrían nunca, con su propio pensar, que es imagen de su vida, exceder de ese apoyo; porque, para ellos, lo que no es definido y limitado—por consecuencia muerto—no es nada; sus ojos no ven cosa alguna entre el ser inmutable en sí y la nada, porque su vida no va más allá. Su sentimiento, único apoyo que les queda, pareceles infalible, y si alguien se niega á creer en él como ellos creen, lejos de suponer que posee el sentido de la vida, tiéndenlo por incapaz de ver cual sea el apoyo que le sostiene en la vida, y de elevarse á consideraciones superiores. Inútil é imposible resulta abrir los ojos á tales pensadores; sería preciso hacerlos nuevamente de otro modo, de ser esto posible. Desde este punto de vista, la filosofía actual alemana no es alemana, sino extranjera.



Por el contrario, la filosofía que tiene en sí misma su fin, muy por encima de la simple apariencia fenomenal (*die Erscheinung*), parte de una vida pura, divina, completa, eternamente idéntica, en lugar de contentarse con una vida cualquiera; y así ve cómo aquella vida se manifiesta en la apariencia, en expansión infinita, y llega, conforme á la vida fundamental, al ser y no á la nada. Entonces nace en ella ese ser tal como puede realizarse. Tal es la filosofía verdaderamente alemana, es decir, primitiva; y fuera de ella, nadie puede ser realmente alemán.

El sistema anteriormente explicado, que domina en la mayor parte de los filósofos alemanes, sin ser propiamente alemán, penetra (ya se funde en la plena conciencia como verdadero método filosófico, bien sea tan sólo el principio inconsciente de nuestros restantes pensamientos), penetra, digo, las demás ideas científicas de la época; pues, en efecto, bajo la influencia extranjera, nuestra época se esfuerza especialmente, no en almacenar, como antes se hacía, en la memoria hechos científicos, sino en trabajarlos y pensarlos desde el punto de vista filosófico puro. En lo que mira á este esfuerzo, nuestra época tiene completa razón; pero si pretende tomar como método en este esfuerzo la filosofía extranjera con sus creencias de muerte, se equivocará grandemente. Consideremos ahora todas las ciencias que tocan de cerca nuestro asunto, y especifiquemos cual es, en cada una de ellas, la parte que corresponde á las nociones y puntos de vista extranjeros.

La constitución y gobierno de los Estados considéranse como una disciplina liberal, con reglas fijas, en la cual el extranjero, guiado por los modelos de la antigüedad, nos ha precedido en la demostración de la verdad. Pero ¿en qué principios ha fundado el extranjero su política, puesto que su pensamiento, su voluntad y su idioma se apoyan en un elemento acabado, agotado y muerto, y en cuáles se apoyarán los que le siguen? Sin duda, en el arte de hallar cierto estado de cosas muerto y estadizo, algún *statu quo* capaz de producir ese



mecanismo que ellos sueñan para su sociedad. Será este el arte de reducir toda la vida de la sociedad á un sistema de rodajas y palancas combinado de tal suerte, que cada una de ellas esté determinada, por el conjunto, á servir al todo; será el arte de reducir un cálculo de fuerzas ilimitadas á un total finito, y de obligar á los ciudadanos que sólo buscan su bien particular, á servir al bien general, aunque sea contra su gusto y voluntad. El extranjero ha expuesto este principio de muchísimas maneras y ha fundado sobre él multitud de constituciones políticas; la madre patria ha adoptado esas doctrinas, las ha utilizado en construir mecanismos políticos llevándolos hasta sus últimas consecuencias; y, como siempre, ha excedido al modelo extraño, porque penetra más adentro, más profundamente y con más verdad. Si en la sucesión de los fenómenos sociales se produce un choque, esos políticos límitanse á decir que ha fallado una de las ruedas del mecanismo y sólo saben un remedio: quitar la rueda inútil para colocar otra en su lugar. Cuanto más nos familiarizamos con esta idea completamente mecánica de la sociedad y más versados estemos en el arte de simplificar ese mecanismo en que todas las ruedas son equivalentes y casi del mismo metal, mejores políticos pareceremos hoy día, y con razón, puesto que sin esas nociones claras y precisas todavía cabría causar mayores males.

Este concepto del arte político exige la estimación de su severa ordenanza y una apariencia de elevación, y aun puede prestar ciertos servicios en los países donde todo aparece reglamentado por una Constitución cada vez más monárquica. Fuera de esto, su impotencia salta á la vista. En efecto: quiero admitir que habéis dado á vuestro mecanismo gubernamental toda la perfección soñada: cada una de sus ruedas, hasta las más ínfimas, hállese impulsada forzosa é irresistiblemente, por otra que le es inmediatamente superior, movi-



da á su vez por otra, y así hasta llegar á una rueda suprema; pero, ¿qué fuerza obrará sobre la que ha de poner en movimiento la máquina entera? Podréis haber suprimido todas las resistencias derivadas del rozamiento de las ruedas con el último resorte, haberle dado una fuerza ante la cual ceda todo, y que sólo en vuestro mecanismo puede producirse, creando así la constitución monárquica todopoderosa; ¿pero cómo pondréis en movimiento ese primer resorte y cómo le determinaréis á ver y querer el bien, sin excepción alguna? ¿Cómo pensáis dar origen al movimiento perpetuo de vuestros engranajes, tan metódicamente organizados, pero actualmente inmóviles? ¿Deberá la máquina entera, como en vuestra perplejidad decís alguna vez, reobrar por sí misma para impulsar su primer resorte? Una de dos: ó el movimiento se producirá por una fuerza nacida de las energías propias del resorte, ó de una fuerza que inside en toda la máquina, con independencia de aquél. Si adoptais la primera hipótesis, giraréis en un círculo que destruye todo pensamiento y todo mecanismo, puesto que la máquina entera no podrá excitar el resorte sino en tanto que ella misma sea impulsada por él, cosa que no puede ocurrir hasta que el resorte actúe directamente sobre sí mismo. Si el resorte no actúa sobre sí—y este es precisamente el inconveniente que quiero evidenciar—la inmovilidad persistirá á pesar de todo. Si adoptais la segunda hipótesis, habréis de confesar que el principio de todo el movimiento de vuestra máquina reside en una fuerza que no podréis medir, que no está encadenada á vuestro mecanismo y que actúa según leyes propias, que vosotros ignorais. En ambos casos, confesad que sois unos vanidosos y fanfarrones impotentes.

La conciencia de todo esto se ha producido en el mundo, puesto que en este sistema, que reposa únicamente en esa fuerza y no quiere ocuparse para nada en los otros ciudadanos, trátase de dar al príncipe, de quien depende todo movimiento social, la mejor educación posible. Pero, ¿cómo adquiriremos la seguridad de que semejante educación se dirige á una natu-



raleza soberana capaz de recibirla, y dado caso de que así sea, cómo aceptaría gustoso, aquel á quien nadie puede obligar, que le dirijan y le hagan observaciones? Estos caracteres extranjeros del arte político subsistirán siempre en él, tanto en Alemania como en el exterior. Notemos, en honor de la raza y del carácter alemanes, que siempre nos ha detenido, á pesar de nuestra habilidad para establecer constituciones autoritarias, cierta vaga impresión de que no debía ser así; y en ello reside la explicación de que hayamos quedado muy á la zaga de los extranjeros. Si hubiésemos de recibir el beneficio de las leyes extranjeras, no nos sentiríamos embarazados por ello, porque poseemos un espíritu capaz de alcanzar las mayores alturas de tal legislación. Pero nosotros, que no hemos de ser sobrepujados por nación alguna mientras nos sea posible expresar por medio de la pluma nuestros pensamientos, bien podíamos haber comprendido por la vida que no es ese el verdadero camino, y por eso hemos deseado conservar el estado antiguo hasta el advenimiento del estado social perfecto, en vez de adoptar uno tan nuevo como frágil.

Muy otro es el verdadero arte político alemán. Como el extranjero, busca la estabilidad, la seguridad, la independencia de la ciega y variable Naturaleza. Pero niégase á adoptar un elemento fijo y definido que actúe sobre el segundo elemento del mecanismo, ó sea el espíritu, y prefiere tener como elemento primordial un espíritu fijo y estable. Este es para él el resorte que actúa sobre sí mismo, siempre en movimiento, capaz de organizar y continuar la vida social entera. Nuestro arte social comprende que semejante espíritu sería imposible crearlo mediante simples exhortaciones dirigidas á los hombres adultos, sino que, por el contrario, hay que dirigir la educación únicamente á la juventud, todavía vírgen, de la nación entera; no contentándose, como en el extranjero, con actuar sobre las clases directoras ó sobre la cabeza superior, el príncipe. El Estado, en la persona de sus ciudadanos, hombres ya hechos, no es más que la educación continua del género hu-



mano, y por ello nuestro arte político piensa que es necesario preparar desde el principio al futuro ciudadano para recibir esta educación superior. De este modo ese arte político, verdaderamente alemán y enteramente moderno, repetirá los principios antiguos; así entre los griegos la Ciudad descansaba en la educación y vivía por ella, formando ciudadanos como no los ha visto semejantes nuestra época. El alemán tratará de realizar una Ciudad análoga á la antigua, dando á los ciudadanos un corazón amplio, abierto á todos y de sentimientos filantrópicos.

El mismo espíritu extranjero domina las ideas de la mayor parte de nuestros contemporáneos, acerca de la vida general de una raza humana y de su historia. Utilizando un idioma en que todo está acabado y muerto, puede una nación alcanzar cierta perfección en las expresiones al pintar esa vida en los límites en que se mueve y tener así un siglo de oro literario como hemos demostrado anteriormente. Pero le será imposible, á menos que renuncie absolutamente á sí misma y que posea una modestia excesiva, *pensar* al género humano de otro modo que como se piensa á sí propia, asignándole por tanto, como á ella, un grado de civilización de que no podrá exceder. Los castores y las abejas construyen su habitación como la construían hace miles de años, sin que durante tan largo tiempo hayan hecho progreso alguno; pues á juicio de esos espíritus, lo mismo que á estos animales debe ocurrir á la raza que se llama humana. Todavía es posible que esta raza descienda por bajo de los castores y de las abejas que, á lo menos, ya que no aprenden nada nuevo, no pueden olvidar lo que una vez supieron; mientras que el hombre, después de haber llegado á la cima, vuelve á caer, necesitando esfuerzos seculares para reconquistar el grado medio que le hubiera valido más conquistar. Añadamos que esos pensadores creen que la humanidad se halla en el apogeo y edad de oro, y su mayor cuidado consiste en investigar el rastro de ella en la historia, para juzgar conforme á esto de los esfuerzos hechos



por el hombre para renovar ahora aquellos esplendores. En su concepto, la historia ha cerrado ya muchas veces el círculo en que gira, no habiendo, por tanto, nada nuevo bajo el sol, porque han secado la fuente de la vida eterna y dejan que la muerte continúe su camino y descansa á menudo entre los hombres.

Sabido es que la filosofía de la historia nos viene del extranjero, y aunque en su país de origen haya enmudecido, se transforma al introducirse profundamente entre nosotros, pudiendo apreciar perfectamente, al hacerse alemana, los esfuerzos del extranjero; el cual, si bien habla ahora menos de esa filosofía de la historia, logra más obrando conforme á ella y prepara así una nueva edad de oro. Merced á su posición, hállase el alemán en condiciones de profetizar el porvenir de esos esfuerzos, trazarles el camino y admirarlos con una rectitud y sinceridad que no emplearía para los suyos propios. ¿Cómo podría, en efecto, emplearlas? La edad de oro significa en todos sentidos, para él, suspensión de vida, muerte. El oro, metal precioso, será tal vez lo más puro que encierra el seno de la tierra muerta, pero no es menos cierto que el elemento del espíritu vivo hállase del lado del sol y de todos los soles que de él emanan. El alemán sabe bien esto y no cree que la historia y la humanidad se desarrollen según la ley misteriosa de un círculo cerrado; sino que, por el contrario, el hombre recto y dotado de personalidad construye la historia creando en el tiempo cosas siempre nuevas, sin rehacer jamás lo que ya está hecho. No espera nunca la vuelta del pasado; y cuando éste se reproduce, palabra por palabra, como dice el libro antiguo, guárdase muy bien de encontrar admirable semejante resultado.

Este espíritu de muerte del extranjero, extiende su influencia á nuestras restantes ideas científicas, como basta ver en los ejemplos precedentes, sin que nos advirtamos claramente de ello, en razón á que nosotros trabajamos á nuestro modo los objetos de estudio que nos suministra el extranjero, pene-



trando profundamente en este orden de cosas. Sólo he citado ejemplos que se refieren á nuestro asunto, de manera que se evitasen las objeciones que podrían sacarse de las consecuencias de los principios expuestos. Estamos muy lejos de ignorar esos principios, que no exceden de nuestro alcance; y si dispusiéramos de tiempo, los desarrollaríamos hasta sus últimas consecuencias, *a priori* y *a posteriori*; pero de momento hemos de dejarlos á un lado, juntamente con sus consecuencias, en que penetramos mucho más de lo que pudiera creer un observador superficial.

De la misma manera que sobre nuestras ideas científicas, ejerce ese espíritu extranjero su influencia sobre nuestra vida ordinaria y su reglamentación; para demostrar lo cual, como hemos demostrado lo precedente, determinaremos la esencia de la vida original ó de la libertad.

La libertad, entendida como vacilación indecisa entre muchas cosas igualmente posibles, no es propiamente la vida, sino tan solo una dirección y preparación para la vida real. Esta indecisión debe ser sustituida por una decisión clara y por la acción, con lo cual empieza la vida.

Ahora bien; toda decisión de la voluntad se manifiesta en el primer momento como una cosa primaria y no derivada de otra anterior que sea como su principio: es una cosa que existe por sí, tal como es. Determinemos sólidamente este sentido de la palabra libertad, único posible. En cuanto al objeto de la determinación voluntaria, pueden darse dos casos: en primer lugar, el fenómeno puede aparecer, en este objeto, solo y completamente separado del ser; luego, el ser puede presentarse sólo en la manifestación de una decisión voluntaria, y notemos ahora que el ser únicamente puede manifestarse en una decisión de la voluntad, pero cabe la existencia de decisiones voluntarias en que el ser no se manifieste y aparezca tan sólo el fenómeno. Hablemos en primer término de este último caso.

El fenómeno puro y simple, separado del ser, haciéndose capaz de manifestarse solo y de exteriorizarse, llega de este



modo á determinarse de un modo invariable, en cuyo caso, él es necesariamente lo que es. Si una decisión voluntaria no es más, en cuanto á su objeto, que ese fenómeno aislado, no es algo libre, primario y original, sino algo necesario y sometido á las leyes del fenómeno que son, con relación á él, superiores y primitivas. No siendo el pensar del hombre más que el espejo en que se refleja su ser íntimo, la decisión á que acabamos de referirnos y que á primera vista parecía libre, en su calidad de decisión voluntaria, perderá ese carácter cuando el pensamiento reflexione sobre ella y la vea como necesaria, como realmente es. Aquellos cuya voluntad no ha podido traspasar el círculo estrecho de los fenómenos, se creen libres, ilusionados por su inteligencia superficial y volandera, pero sólo alcanzarán la verdad mediante el pensar que por todas partes les muestra los lazos apretados de la necesidad.

La primera ley fundamental del fenómeno como tal fenómeno consiste, según lo hemos demostrado suficientemente más arriba, en que puede diversificarse en formas variadas, las cuales, en ciertos respectos, constituirán un conjunto indefinido y variable, y en otros, un conjunto definido y estable en que cada elemento, determinado por los demás, los determina, á su vez, á todos. Cuando la decisión voluntaria no excede de la fenomenalidad, puesto que la representación de la evidencia no es, realmente, en general, evidencia de cosa alguna, el objeto de esa decisión voluntaria se determina por el conjunto fijo en todas las decisiones posibles, y no contiene, ni puede contener, sino lo que resta por *querer* luego de haber significado todas esas decisiones voluntarias posibles. Tanto vale decir que, de hecho, no tiene nada de independiente, primario y personal, siendo tan sólo, en cuanto derivada, una consecuencia del encadenamiento general de toda fenomenalidad; y así lo confiesan y lo dicen, en iguales términos que nosotros, todos los que han alcanzado ese grado de civilización y piensan seriamente; porque para ellos, lo que se muestra es la nuda fenomenalidad y no el ser mismo.



Por el contrario, cuando en una decisión voluntaria se manifiesta el ser directamente por sí mismo, en persona, en vez de mostrarse al través de un intermediario, reaparecen todas las consecuencias de que hemos hablado á propósito de la fenomenalidad considerada como círculo cerrado, porque todavía, en este caso, hay fenomenalidad; pero ya no pueden estas consecuencias agotar el ser, y resta luego, hecha deducción de todo lo que puede explicarse, un *superabit* no determinado por las relaciones precedentes. Entonces entra en juego, como dije, ese excedente que se hace visible y que por ello, no por su esencia íntima, cae bajo la ley de la visibilidad en general, que le impone sus condiciones; pero él sobrepuja á esa ley derivada á su vez de un derivado, y por consecuencia, necesaria, y se convierte así en cosa que es por sí misma primera, primitiva y libre; y de este modo se muestra al pensador que piensa profundamente y alcanza en sí mismo su propio fin. La ley superior de la visibilidad (*Ersichtlichkeit*) es, como ya se dijo, que el fenómeno se diversifique infinitamente. Ahora bien, el *superabit* mencionado se revela de cada vez excediendo las consecuencias ordinarias de la fenomenalidad, hasta lo infinito, y así se muestra él propio como tal infinito. Pero evidentemente, este carácter no persiste sino porque cada vez ese exceso se hace sensible y cognoscible, porque traspasa siempre las consecuencias de la fenomenalidad, hasta lo infinito excedidas por él, y porque tiene la propiedad de ser siempre más que ellas. Independientemente de la necesidad de su pensar, permanece en toda su pureza ese infinito superior á todo, que puede representarse hasta lo infinito, no siendo mayor ni menor que ese exceso en ningún momento, y creando el infinito y todo lo que puede manifestarse en él tan sólo por su visibilidad, en tanto que excede al infinito. Donde ese excedente se manifiesta (lo cual no es posible sino en una decisión voluntaria), muéstrase el ser mismo, único que es y que quizá existe de sí mismo, por sí mismo; siendo, en otros términos, la vida divina vista en la fenomenalidad y manifestándose por



sí misma inmediatamente; en lo cual reside precisamente la verdadera originalidad y libertad, en las cuales podemos depositar nuestra confianza.

Pero no nos será posible hallar una respuesta general á la general cuestión de si el hombre es ó no libre; puesto que de igual modo que el hombre, en el sentido vulgar de la palabra, no es libre si no puede vacilar entre muchas determinaciones, puede, en el sentido elevado de la palabra, ser ó no libre. En la manera como cada cual resuelve esta cuestión, refléjase fielmente la imagen de su yo íntimo. Quien de hecho no es más que un anillo en la gran cadena de los fenómenos, puede considerarse por un momento libre y transmitir á su raza lo que en sí mismo ve; mas el exacto rigor de su pensar no tardará en modificarle esta ilusión. Por el contrario, aquel cuya vida, dominada por la verdad, procede directamente de Dios, es el único libre y puede creer en su libertad y en la de los otros.

Quien cree en un ser finito, acabado y muerto, es porque él mismo está muerto y no puede pensar de otro modo. Él y su raza parécenle derivar y resultar fatalmente de un elemento superior, primario; pero esto no es otra cosa que la expresión de su sentimiento, el punto en que su pensar, por sí mismo, es directamente vida; y juntamente, es la fuente de su juicio respecto de la raza, mirada en su historia, en su presente y su porvenir, en su vida y la de los otros. Hemos denominado carácter extranjero á esa creencia en la inmovilidad de la raza, contraponiéndolo á los caracteres de un pueblo naturalmente vivo y progresivo. Este extranjerismo, una vez implantado entre los alemanes, se manifestará en una sumisión ciega á la fatalidad, en adelante inmutable, de su personalidad; y entonces abandonarán, ellos ó los otros, todo propósito de mejorarse por medio de la libertad, viéndose irresistiblemente llevados á servirse de sí propios y de los demás tales como son, para sacar de unos y otros el mejor partido posible, expresando en su vida la creencia en la universal posibilidad



de pecar, igual para todos: así lo he descrito en otra ocasión (1), y os invito á releer lo que allí dije para que veais cómo se aplica á la época actual. Este modo de pensar y de obrar proviene del estado de inmovilidad en que se ve el Yo, después de haberse reconocido por entero y sin velo alguno: antes, en la obscuridad, todavía creíase libre, aunque con error, por supuesto, dado por su yo actual, aunque el hecho, en general, sea cierto; bien se ve, con esto, cuán desastrosa es esta evidencia para el yo corrompido. Mientras permanece ignorada esta corrupción, hállase sin cesar aguijoneada por un continuo llamamiento á la libertad, y le ofrece ocasiones para intentar su perfeccionamiento. Pero cuando la evidencia le descubre lo que es antes de su reforma, comunícale la calma de una conciencia buena y el contentamiento de sí mismo, lo cual no es otra cosa que apatía. Tales hombres créense entonces incapaces de todo perfeccionamiento, y gracias si sirven para mantener á los buenos en una irremediable repugnancia hacia el mal ó en una plena sumisión á la voluntad divina.

He ahí con toda claridad y plenamente expresada nuestra descripción del pueblo alemán. Su rasgo distintivo es la creencia en algo primario, absoluto, original que existe en el hombre mismo, en la libertad y el progreso moral infinitos, en el perpetuo perfeccionamiento de nuestra raza; en todo lo cual no creen los otros pueblos y aún les parece ser evidente todo lo contrario. Los que viven de una vida creadora, los que dejan á un lado la nada cuando otra cosa no pueden hacer, y esperan á que se adueñe de ellos una vida creadora; los que, aun sin llegar tan lejos, por lo menos aspiran á la libertad, amándola, en vez de temblar ante ella, todos esos son hombres primitivos, y si se los estudia, se les considera como una colectividad, forman un pueblo primitivo (*Urvolk*) el pueblo alemán en una palabra. Por el contrario, los que se

---

(1) Vid. *Medio de llegar á la vida feliz*, lec. XI.



limitan á ser puramente derivados de un ser superior, sus esclavos, y tan sólo bajo ese aspecto se consideran, esos se convertirán en tales esclavos cada vez más, precisamente por creer que lo son, y permanecerán así fuera de la vida que se agita delante de ellos y á su lado, como ecos de una voz ahogada que devuelve el monte, pueblo ajeno al pueblo primitivo y considerado por él mismo como extranjero. En la nación que hasta nuestros días se ha llamado propiamente pueblo, ó sea *alemán*, la colectividad ha mantenido hasta hoy el progreso y la vida; y á esa misma, una filosofía clara por esencia, le ofrece ahora un espejo en que ella ve reflejada su propia naturaleza, que la guiaba hasta hoy sin revelarse explícitamente, y ve así á qué se halla destinada por su vocación, á la vez que le propone formarse en ese destino con arte reflexivo y razonado, volviendo á anudar sus alianzas y á cerrar su propio círculo. Ante ella queda expuesto el principio conforme al cual debe cerrarlo; quien quiera que crea en la cultura del espíritu y en su libertad y desee la eterna permanencia de esa cultura suprasensible mediante la libertad, ese, cualquiera que sea el lugar de su origen y la lengua que hable, pertenece á nuestra raza y será nuestro. Por el contrario, quien crea en la inmovilidad, en el retroceso y en la rutina, y coloque á la cabeza y dirección del mundo una naturaleza muerta, ese, cualquiera que sea el lugar de su nacimiento y el idioma que hable, será extraño á nosotros y habrá que desear que se aparte completamente de nuestro lado, cuanto antes mejor.

Basándonos en todo lo que llevamos dicho en punto á la libertad, podemos dar á entender á todo el que tenga oídos la verdad siguiente: que nuestra filosofía verdadera busca un fin último enteramente distinto que la filosofía extranjera, que cree en la inmutabilidad; y preciso es proclamar esta verdad, no para hacerla comprender á los pueblos muertos, cosa imposible, sino para evitar que desfiguren esas palabras y parezcan querer y pensar de este modo. Sin envanecerse con pre-



sentir obscuramente cosas que no puede realizar, esa filosofía alemana se eleva realmente y por el hecho mismo de su pensar, á la inquebrantable noción del «más que el infinito» y en ella encuentra el verdadero ser. Ella contempla el tiempo, la eternidad y el infinito en su origen, que induce de las manifestaciones y de la visibilidad de ese Uno invisible en sí mismo é imposible de comprender con toda perfección, á menos que nos fuera dado ver la parte de él que permanece oculta para nosotros. El infinito, según esa filosofía, no es nada en sí mismo y no posee realidad alguna; es únicamente el medio por el cual el ser Uno, que existe solo en su invisibilidad, se hace visible, hallando en él un esquema, una figura, una sombra de sí mismo para hacerse imaginable.

Todo lo que puede hacerse visible en ese infinito del mundo de las representaciones, nada de la nada, sombra de sombras, no es más que el medio que hace visible al infinito nada primario y su tiempo, que abre ante el pensar el camino que dirige hacia el ser inconcebible é invisible.

En esta imagen del infinito, única posible, el ser invisible aparece libremente como la vida libre y creadora de la inteligencia ó como decisión voluntaria del ser racional, y no puede manifestarse ni aparecer de otro modo. Toda existencia determinada que se revela como vida material, es tan sólo una sombra vacía, producida en la inteligencia á través de la nada, y completamente opuesta á aquello cuyo conocimiento debe elevar nuestra inteligencia á la noción exacta de su nada, al conocimiento del ser invisible, como único verdadero.

En esta sombra llevada por la sombra de las sombras se agita ahora esa filosofía que cree en la muerte, convirtiéndose en filosofía de la naturaleza, la más muerta de todas las filosofías, que teme y ruega por la conservación de sus creaciones.

En esta filosofía, la vida y el amor tienden á la inmovilidad. Cuando añade que el ser que supone real se identifica



con el absoluto, no hay forma de creerla, á pesar de todas las pruebas y de todos los juramentos; habla gratuitamente de lo que ignora y lo repite como oración de otra filosofía contra la cual no ha combatido; y si alguna vez le fuese dado ver claro, le sería preciso abandonar esa dualidad que sólo se mantiene merced á sus máximas, y se vería obligada á aceptar la unidad, eliminando cuidadosamente de ella esa dualidad y todos sus diversos aspectos. Mas para eso hace falta un pensar, una reflexión madura y acabada. Pero ella ignora el arte de ese pensar y es incapaz de poseerlo, no quedándole otro recurso que revolotear ligeramente, puesto que, además, le es antipático aquel pueblo á que nos referimos y no puede ir en su busca, porque la perturbaría en el error que ama.

Nuestra filosofía se distingue claramente de esa otra filosofía, como lo hemos probado tan exactamente como nos ha sido posible.

JUAN T. FICHTE.



## CRÓNICA LITERARIA

---

Los libros del mes.—En las ferias.—Psicología de los libros viejos.—Dedicatorias y curiosidades.—Los libros de texto.—La opinión pública y la enseñanza.

Por mucho que hagan gemir las prensas Galdós, Pereda, Valera, la Sra. Pardo Bazán ó cualesquiera otros de nuestros escritores de primera fila, sus libros no serán en Octubre los verdaderos libros del mes, la actualidad del papel impreso, los volúmenes que atraerán con preferencia la demanda de los compradores ni la atención de la mayor parte del público que lee.

En materia de libros, el lapso de tiempo comprendido desde los últimos días de Septiembre hasta primeros de Octubre, pertenece en gran parte á los *muertos*, al *spoliarium* de volúmenes, que es acaso la única nota interesante de las ferias de Madrid; y en otra parte no menor á los productos de la didáctica oficial: á las obras de texto, que no pertenecen ya á la categoría de los difuntos, pues por vivas se dan y dan ellas de vivir á muchos, aunque suele ser la vida de estos libros tan fugaz como la de las rosas, si bien mucho menos poética y brillante.

Los *muertos* son simpáticos—ya comprenderá el lector que me refiero á los muertos del ramo de librería que todos los



años se exhiben en la feria, esperando que algún curioso les diga «levántate y anda...» mediante la entrega de dos ó tres pesetas al cancerbero que guarda el Tártaro donde yacen.

Más de una vez los periódicos que han clamado por la desaparición de las ferias, que no son tales ferias, sino una especie de *Américas* ó Rastro transitorio, en que se expenden géneros de tan diferentes linajes y categorías como los libros y las avellanas y azofaifas, más de una vez, repito, han elegido por blanco preferente de sus críticas, inspiradas en motivos de *ornato público*, los puestos de libros. Siempre me ha parecido esto terriblemente *beocio*, más propio para discurredo por aburguesados tenderos, *filisteos* recalcitrantes en todo lo relativo al pensamiento, que por periodistas, al fin gente de letras. Viejos y destartalados, los puestos de libros de la feria son más interesantes y sugestivos para el bibliófilo y el literato, que cualquier elegante comercio de bisutería ó de telas del centro de Madrid.

Los libros viejos de las ferias tienen algo que no tienen los volúmenes recién salidos de las prensas, que vemos en las librerías *de nuevo*. Estos últimos no tienen aún individualidad; no hay distinción entre los múltiples ejemplares de una obra. En los libros de lance, por el contrario, cada ejemplar parece que tiene un sello personal impreso, por los que fueron sus poseedores y que ya se revela en signos ostensibles, cuándo una dedicatoria, cuándo una anotación marginal, cuándo las huellas del uso denunciadoras de una lectura asidua, cuándo un pormenor, ó una cifra de la encuadernación; ó ya, quedando más oculta, se ofrece, sin embargo, á que la fantasía del rebuscador ó del curioso reconstruya á su modo, ó imagine, la historia ó la novela de aquel libro, que mientras está en almoneda parece un naufrago de la vida.

El placer de *bouquiner*, de rebuscar libros viejos, (no hay en el castellano corriente un verbo sinónimo del francés) es una voluptuosidad que ofrece emociones semejantes á las de la caza. El bibliófilo persigue la pieza rara, que generalmente



no encuentra, pues en estos tiempos no se hallan incunables en los tenderetes de libros viejos. El cazador de libros tiene que contentarse, como Tartarín, con un león ciego y domesticado; pero la emoción de la rebusca, el curioso de los libros, lo que dicen las mudas páginas de cada uno á los oídos de la fantasía que percibe la música de los más tenues sonidos, y aun la de los sonidos que no existen, son cosas que valen ciertamente más que los resultados materiales de la caza.

El contacto del hombre parece que da á las cosas inanimadas algo de humano, un como reflejo de alma donde se imprime alguna parte de las penas, las alegrías y las pasiones de los seres humanos que se sirven de aquellos objetos materiales. La casa en que vivimos, los muebles y utensilios que usamos, las ropas que nos cubren, llegan á ser como una extensión de nuestra personalidad, como cosas ligadas á ella por hilos invisibles. ¿Y qué más íntimo ni más *personal* que los libros, con los cuales se comunica más directamente nuestro espíritu que con otra cosa alguna, y que por su misma elección, por las ideas y sentimientos que nos sugirieron, y por ser ellos obra del espíritu humano, tienen con nosotros mayor y más estrecha relación y parentesco?

El interés y la curiosidad que nos inspiran las vidas de nuestros semejantes, sentimiento sin el cual no podría existir la novela, y aun sería difícil la existencia de la historia, encuentra en el examen de los libros viejos abundante pasto. Cada tomo de estos es, en cierto sentido, un documento humano de mayor ó menor interés, indescifrado á veces, como no sea para la imaginación que con su voluntad creadora todo lo descifra, claro y transparente en otras ocasiones.

Entre las cosas curiosas que en estos libros se encuentran, figuran las dedicatorias. En algunos casos, ó sea en algunos volúmenes, aparecen borradas como por un sentimiento de pudor del que, acaso en momentos de apretada penuria, enajenó el libro y quiso conservar por aquel medio el incógnito; pero con frecuencia se muestran sin ningún recato, poniendo-



nos en la pista de la procedencia del volumen y ofreciéndonos un dato, un jalón para su historia. Y como los autógrafos carecen casi (ó sin casi) de valor entre nosotros, no es raro hallar las firmas de nuestros primeros escritores en la primera página de ejemplares de sus obras, que no por esto suelen adquirir sobreprecio. Más de una vez he visto en libros de lance dedicatorias de Castelar (en los *Cinco primeros siglos del Cristianismo*) de Pérez Galdós, de Pí y Margall, de Picon, ¡qué sé yo de cuantos escritores de primera línea!

La variedad de procedencias de estos libros, sustraídos muchos furtivamente para venderlos á vil precio, explica esa abundancia de dedicatorias. Recuerdo haber leído en las ferias un libro dedicado al propio Sr. Sagasta. D. Práxedes no habría ido á venderlo, seguramente, pero allí estaba. Era, si mal no recuerdo, una obra de un publicista japonés, escrita en inglés, sobre cuestiones del Extremo Oriente; uno de esos libros que se remiten casi siempre á los jefes de Gobierno y á los Ministros de Estado de todos los países..... y que, generalmente, no se leen.

Con cosas más raras se tropieza rebuscando en los puestos de libros. En un ejemplar de cierta obra de erudición, soporífera por cierto, y caída en completo olvido, vi sin sorpresa, porque algo sabía del asunto, la reivindicación de la paternidad del libro, hecha por el verdadero autor contra el que la firmaba.

Las anotaciones y comentarios marginales suelen tener la franqueza y la intimidad de un soliloquio; en ocasiones son cómicos y hasta ridículos; con frecuencia son extravagantes, mas no es imposible ni aun difícil encontrar algunos que dan una nota de sensatez y de buen juicio.

También se tropieza á veces con rasgos afectivos, con expresiones conmovedoras de sentimiento, en estas confidencias conservadas en los libros. Ví hace tiempo uno que me conmovió profundamente. Era, si no me es infiel la memoria, una edición inglesa de las *Mil y una noches*, y en una de las



guardas había escrito, sobre poco más ó menos, lo siguiente: «Este libro es para mí un recuerdo preciosísimo. Lo guardaba desde su niñez, y lo leyó mil veces, mi tierna y angelical hija C... Espero que sus hermanos le conserven como una memoria de la que tanto les quiso».

¿Qué azares de fortuna, qué peripecias de la vida llevaron á los viles tenderetes de la feria aquel libro, conservado como una reliquia familiar, como recuerdo de la adorada muerta, cuya memoria evocaba el amor paternal en aquellas sencillas líneas de la portada? El olvido, la muerte, la pobreza acaso, habían lanzado aquel volumen, que hojeó la muerta cuando niña, y conservó después como recuerdo de la infancia, á las promiscuidades del montón, al capricho del primer postor indiferente que se presentara. Me pareció que comprar aquel libro era realizar una obra de piedad y misericordia, algo así como enterrar á un muerto... ¡y costaba tan poco!

La investigación de las clases de libros que son más favorecidos por la demanda en este singular mercado, el estudio de los géneros y autores preferidos, el de los idiomas que el público comprende y lee, darían indicios interesantes y sinceros acerca del estado general de nuestra cultura y nuestro gusto literario.

En gran parte, los parroquianos de esta rama particular del comercio de libros son curas, estudiantes y tal cual aficionado ó bibliófilo. Libros de religión ó cánones de los de uso corriente, regateados pacienzudamente real por real; libros de texto, no menos regateados, aunque éstos suelen tener precio poco menos que fijo, como artículo de segura salida... (mientras no hay cambio de catedrático); novelas de autores conocidos, franceses ó españoles (lo inglés se cotiza poco y lo alemán carece casi de valor en estas prenderías de libros), son los volúmenes que más se venden, y á los cuales siguen las obras de vulgarización y las ediciones de lujo, que por la buena impresión, por los grabados y las encuadernaciones, suelen hallar salida en concepto de libros *decorativos*.



Pero los puestos de libros de las ferias están ya en decadencia; el número de librerías de esta clase ha aumentado en Madrid de tal modo, que puede considerarse que hay una feria permanente. Sin embargo, en las sórdidas instalaciones de la feria auténtica, en los tenderetes y tablados del paseo de Atocha, ó en los puestos de la calle del Arenal por Navidad, suele salir á relucir, entre los bajos fondos de las librerías de lance, entre todo lo invendible y las eternas obras de surtido (la *Historia de España*, de Lafuente; la Biblia, del P. Scio; la *Historia Universal*, de Cantú, etc., etc.) algún libro olvidado mas no indigno, sin embargo, de memoria; alguna obra interesante ó curiosa, ó algún ejemplar *sugestivo* de aquellos á que antes me refería.

De ahí que los aficionados, prometiendo todos los años no volver á la feria, al regresar cansados y cabizbajos del destierro donde la coloca el pudoroso culto de nuestros ediles al ornato público (que no es tal ornato ni cosa que lo valga), vuelvan, sin embargo, al año siguiente para buscar una vez más el libro deseado que casi nunca encuentran, ó sencillamente para *flanear* y mariposear entre todos, ya movidos por la apasionada curiosidad del bibliófilo, ya por esa otra curiosidad del hombre de imaginación, para el cual son esos libros viejos ventanas por donde cabe atisbar algunos rincones de la gran novela de la vida.

\*  
\* \*

Los otros libros del mes, los que no están muertos, ó de estarlo son muertos que andan... y cobran, son, como al principio dije, los libros de texto. La opinión pública, que opinión pública hay también en estas cosas, los ha juzgado más de una vez desfavorablemente, sin atender en verdad á lo que dicen tales libros, á la mayor ó menor dosis de sabiduría con-



tenida en ellos, sino tan sólo á sus precios y, alguna vez, á su extensión. El veredicto de la opinión en este caso, ha sido, pues, un veredicto económico y cuantitativo.

La calidad de los libros de texto, no es un fenómeno aislado ni un hecho independiente. Es la resultante de un sistema y un estado de la enseñanza, y de un grado de cultura general. El libro de texto como medio de instrucción, como instrumento pedagógico, es un hecho correlativo de muchos otros dentro de las condiciones de la enseñanza en un pueblo y una época determinados. Y como exposición de conocimientos y teorías científicas, es, tanto por su contenido como por su forma y su método, un signo, una muestra del grado de desarrollo de la cultura científica.

Con nuestros libros de texto pasa lo que con nuestra enseñanza y nuestro profesorado: son muy desiguales; no hay en ellos ese nivel medio general de cultura y de preparación pedagógica que suele observarse en los de otros países, aparte de las inevitables diferencias de talento y de erudición que ha de haber entre los autores. Aquí se pasa de un extremo á otro; de la ciencia sólida y verdadera, á las manifestaciones, no raras, ni aun bajo la toga magistral, de la más supina ignorancia. Hay libros de texto que justificarían plenamente la pérdida de la cátedra, y los hay que no merecen sino elogios. Y es que siendo bajo el nivel general de nuestra cultura y de nuestra enseñanza, los hombres de verdadera ciencia tienen que formarse á sí propios por su esfuerzo individual, y son casos aislados, no productos normales de un sistema pedagógico y de una atmósfera constante de ilustración. Y al propio tiempo, el abuso del favor abre frecuentemente el acceso á las cátedras, y pone oficialmente al nivel de los verdaderos maestros á obscuras medianías y hasta á completas nulidades.

No hay tampoco—y esto no se escribe en son de censura— unanimidad en la cuestión misma de la utilidad de los textos. Profesores eminentes tenemos que ni han escrito texto, ni lo



señalan y, en cambio, hay otros, entre nuestros mejores catedráticos, que han cultivado este género didáctico, ó que aun no siendo autores, señalan ó aconsejan textos.

A mi entender, los libros de texto, en su acepción, que pudiéramos llamar clásica, de manuales didácticos destinados á doctrinar á los escolares en una asignatura ó rama de los estudios, han perdido mucha de su importancia y están en camino de acabar de perder lo que les queda. El libro de texto fue la verdadera piedra angular de la enseñanza en la época escolástica en que las lecciones eran tales lecciones, en sentido etimológico (lecturas), en que los libros eran escasos y costosos, en que se explicaba en las cátedras alguna obra famosa en vez de una teoría ó un cuerpo de doctrina; en que dominaba el criterio de la autoridad (Aristóteles ó Bartulo y Baldo), y en que las explicaciones eran meras glosas y comentarios. Pero la difusión de los libros, la baratura de las impresiones, el aumento de la producción científica en todos los ramos del saber, la generalización de las bibliotecas, el progreso de la instrucción general y el criterio de la libre investigación de la verdad, han ido relegando á los textos á lugar muy secundario entre los medios de enseñanza, limitándolos á *Memorandums*, á resúmenes de preparación para exámenes, casi casi á remediavagos ó alivio de estudiantes des- aplicados.

La opinión general, quiero decir, la opinión del vulgo ilustrado, ó sea la de la mayoría de los padres de familia que tienen algún hijo siguiendo carrera ó en disposición de seguirla, da, sin embargo, gran importancia á la existencia de los libros de texto y los considera como elemento esencial de la enseñanza, si bien se queja de su precio y de su mucha extensión (me refiero á lo que esa opinión dice, no expongo la mía). No es brillante, de cierto, el estado de nuestra enseñanza oficial ni particular, ni son nuestros libros de texto, por lo común, modelos en su género; pero esa opinión general de las personas que pasan por ilustradas, ó al menos por no completamente



iletradas, está todavía á más bajo nivel, y merecería una enseñanza y unos textos mucho peores. El ideal de la mayoría de los padres de familia en materia de libros de texto sería la uniformidad de doctrina, una especie de dogma científico promulgado por autoridad del Estado; textos á peseta, cartillas didácticas que pudieran aprenderse de memoria en una semana. Con esto, y exámenes semestrales y reducción de años en las carreras, pareceríales satisfactorio cualquier sistema pedagógico, fueran los que fuesen sus verdaderos resultados intelectuales; como que el resultado á que se tira casi siempre es la obtención del título, patente, que, al revés de la de invención, es con la garantía del Gobierno, puesto que éste reconoce por virtud de ella la suficiencia profesional.

Pero, buenos ó malos, los libros de texto son en estos días la preocupación de muchas cabezas juveniles. Pocos estudiantes, aun entre los más holgazanes, suelen dejar de hojear con curiosidad los flamantes libros de texto del nuevo curso, aunque no vuelvan á tomarlos en las manos hasta los angustiosos días de Mayo, en que la proximidad del examen estimula hasta á las voluntades más negligentes. Muy vario es el destino de estos libros: los unos son conservados como grato recuerdo de la mocedad y de las aulas, y evocan al cabo de años, en el hogar tranquilo, la imagen de los lejanos días de la alegre y bulliciosa juventud; otros caen por pecados de sus dueños en el Argel de la casa de préstamos; éstos pasan de mano en mano, y llegan á ostentar en la amarillez de sus hojas y lo gastado de su pasta las honradas marcas del estudio asiduo; aquellos van á parar á las librerías de lance, y un cambio de profesor les convierte en género invendible ó de muy difícil salida; mas todos tienen el privilegio de haber fijado algún momento la atención de inteligencias jóvenes, dotadas de la savia y la frescura de los primeros años, accesibles á los entusiasmos, al amor á la verdad y á la ciencia: todos ellos han sembrado algún germen de cultura en esos espíritus que son tierra virgen y no fatigada; todos han puesto en comunicación por



largas horas, ó siquiera por breves momentos, al pensamiento, abierto á todas las impresiones de la gente moza con la acumulación de experiencia y de saber de las generaciones pasadas, que da por resultado la ciencia y, en un sentido más amplio, la civilización. ¿Qué mejor destino para un libro?

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO.—Los indios americanos.—Quichuas y aymarás en Bolivia y el Perú.—Los tobas y maticos del Chaco en la Argentina.—La invasión de La Sabana. — Su reducción. — Emigración de los indios del Kansas á Méjico. — La insurrección de los mayas. — Conminación de los Estados Unidos á Méjico.— Protesta de la prensa mejicana. — Méjico y su actual florecimiento.—El General Porfirio Díaz.— Su reelección.—Insurrecciones de Bolivia, Santo Domingo, Venezuela y Colombia.—El radio pacífico. — El pensamiento de la unión americana en la literatura. — La guerra contra el lenguaje castellano por las colonias anglo-sajonas é italianas. — Inmutabilidad de este carácter étnico de las jóvenes Repúblicas de nuestra sangre (1).

La casi constante aparición del indio americano en el escenario de los sucesos con que se elabora la historia viva, es una demostración palpable de que no fue tan rigurosa ni tan desoladora como la emulación y la calumnia hicieron creer, en una guerra de descrédito que ha durado cuatro siglos, la conquista y dominación por los españoles de los mundos que arrancaron con su denuedo y perseverancia al impenetrable secreto del Océano. Solamente estas razas inferiores, ya de color cobrizo, de América, ya de color amarillo, de Asia y

---

(1) *La Nación*, de Buenos Aires, en su número correspondiente al 29 de Julio, publicó, transmitida por telégrafo desde Montevideo, á la llegada del correo de Europa, el testamento de Castelar sobre *La unión de la América Latina*, que vió la luz pública en esta revista de nuestra ESPAÑA MODERNA.—(N. de la R.)



Oceanía, que estuvieron bajo nuestro imperio, dan muestras admirables de esa tenaz consistencia con que en nuestras perdidas Filipinas mantienen, casi desarmados, un sueño de independencia contra un ejército dos veces renovado de 40.000 norteamericanos, que cubren las numerosas costas de sus apiñadas islas de fuertes acorazados, y que en tierra, sin adelantar un paso, pelean contra los desnudos indígenas, con todos los instrumentos de la *carnicería civilizada*: la ametralladora y el cañón de tiro rápido, el fusil de terrible repetición y abrumador alcance, la bala explosiva, la granada incendiaria y la de melenita, y el oro del engaño. ¡Y no se rinden!

En los Estados libres en que se han dividido, en su independencia, los vastos territorios americanos que fueron españoles por espacio de trescientos años, la población de sus indígenas sigue siendo numerosa, y partícipe en mayor ó menor grado de los beneficios de la civilización que durante los cuatrocientos últimos años trabaja por su conquista moral, ó refractaria á toda luz de regeneración, haciendo vida civil en las nuevas poblaciones, aunque sin interesarse en las ventajas del mundo que les rodea, ó gozando de la salvaje libertad que le facilita, en la selva ó la montaña, la inmensa extensión de territorios ubérrimos, donde todavía la habitación del hombre culto no ha hecho animar nuevas sociedades por falta de elementos progresivos de población, da muestras de una vitalidad que es un perpetuo mentís á las opiniones que con tan sañuda tenacidad se han explotado contra España. De los indios que hacen la vida civil, todavía están frescos los recuerdos del modo como los *aymaraes* de la Paz han prestado, como auxiliares, su colaboración á las últimas revoluciones políticas de Bolivia. En el Perú y en el Ecuador se había temido también que los partidos de acción, que todavía perturbaban, hartos más frecuentemente de lo que á los intereses generales de pueblo y de raza conviene, aquellos Estados, hubieran seguido el criminal ejemplo que se había dado en la República de las altas planicies con los indios peruanos de



Iquitos y los ecuatorianos de la provincia de Tungurahua. Por fortuna los *quichuas* del Perú no han sido sugestionados, y si los indios de Pillaro en el Ecuador se lanzaron al campo de la lucha, en la subida de Culipachan, en el paso de Guapante y en las gargantas del Chimborazo sufrieron tan terrible castigo, que les obligó á la sumisión.

Sin estos ejemplos, y obrando, al parecer, enteramente por sí, la Argentina tiene en la actualidad sobre el tapete la reducción de sus indios *tobas*, que en el Chaco han cometido recientes y sensibles agresiones, y Méjico lucha del mismo modo por contener la rebelión pronunciada en el territorio del Yaqui por sus indios *mayas*. Los *tobas* del Chaco, se ha dicho en Buenos Aires que son la máscara con que se cubren los malhechores de la provincia de Santa Fe, que periódicamente caen sobre las nuevas colonias agrícolas é industriales del Chaco y Formosa, cometiendo todo género de sorpresas y desmanes. Sin embargo, los últimos *malones*, que han cubierto de terror y desolación aquellos apartados territorios, han tenido por base formal la irrupción de los indígenas montaraces, y desde el trágico asesinato de la Condesa de Villebrune, destrozado su cuerpo de lanzadas y flechazos en su propia casa, en la jurisdicción de Resistencia, en el mes de Febrero pasado, los asaltos y los asesinatos de la indiada se repiten casi sin descanso, á pesar de la persecución de que han sido objeto y de los combates que con ella han sostenido las fuerzas destacadas de Florencia, de la Sabana, del Rosario, y de los refuerzos militares enviados por el Gobierno de Buenos Aires. En estos repetidos encuentros se logró dar muerte al cacique Caballero y más de ciento ochenta indígenas de los que acaudillaba; el capitán Podestá ha librado otros combates ventajosos con las muchedumbres que tienen por jefes al cacique Mencairi y otros dos caciques jóvenes y audaces, Ticton y Sanniqui, cuya presencia es el terror de las poblaciones; pero estos encuentros, sangrientos para las dos partes, aunque victoriosos para las tropas regladas de los argentinos, no han



bastado á impedir la entrada en la Sabana, donde al toque de clarín, como tropas de línea, arremetieron contra la población, sembrando á mansalva la muerte y el estrago. Los hombres de los obrajes murieron lanceados; las mujeres, violadas, aparecieron muertas, como un rastro de espanto, por los caminos por donde los invasores practicaron su retirada, y casi todos los niños fueron cautivados. Los *tobas* iban capitaneados por Razoy, el asesino del misionero Ermeti, que se supone asesino también del explorador español Ibarreta. El saqueo correspondió á la crueldad de la matanza, y yeguas enteras fueron destruídas, llevándose yeguas, caballos y potros.

Indudablemente no era necesaria la representación personal hecha al General Roca por una comisión de propietarios é industriales establecidos en el Chaco, para que el Gobierno argentino hubiera pensado ante estos sucesos en la necesidad de formular un plan, ya militar, ya enteramente civil, para dar á aquellos territorios la seguridad de que hasta aquí han carecido, ya por la persecución sin tregua de los indígenas, ya por la de su reducción, y de cualquier modo por el castigo inexorable de los malhechores y asesinos refugiados entre ellos, y que son los que impulsan á estas correrías sangrientas á los indios cazadores del interior y los de los toldos del Llíri. Para el primer plan, el general Vintter, que por su larga residencia en el Chaco, como jefe de las fuerzas militares que allí tiene establecidas el Gobierno de Buenos Aires, conoce bien aquel terreno, presentó un proyecto de ocupación, cuyo desarrollo le permitiría dejar así el Chaco Central como el Austral con indios útiles y pacíficos en número reducido, en el espacio de tres años, dotándosele para esto, no sólo de nuevas fuerzas militares de caballería sobre el contingente que ya existe en las nuevas poblaciones, sino de tres mil animales de labranza, granos y herramientas de cultivo: de modo, que la campaña que el general Vintter se proponía seguir no se circunscribía á la acción defensiva y de seguridad



por medio del elemento armado, sino á la de la atracción civil por medio de la cultura de los campos. Una guerra de exterminio hecha en nuestro tiempo con las ideas y las costumbres humanitarias que son el principal signo de la civilización, es de todo punto imposible. Pero, además de que la guerra de exterminio repugna á toda noción de humanidad, sin duda alguna sería contraproducente, pues el indio montaraz, luchando por la vida, tomaría sus represalias, dando á la lucha una extensión indefinida é imprimiéndole el carácter de la más violenta salvajez.

Aun teniendo en cuenta estas ideas humanitarias, contra el proyecto del General Vintter se pronunciaron los representantes de los propietarios é industriales del Chaco, que en comisión se presentaron al General Roca días antes de emprender éste su reciente expedición política á Montevideo y á Río Janeiro. La cuestión es que estos propietarios é industriales hacen vida común con los *matacos* y *tobas* del Chaco y de Formosa; y los que pueblan desde Resistencia hasta el río Pilcomayo, no sólo son mansos y pacíficos, sino que respetan la vida y las haciendas, hasta el punto de que no hay provincia ni territorio en toda la República donde se encuentren más garantidos; agréguese á esto que el mayor número de estos indígenas está bautizado, que se ha logrado hacer asistir sus niños á las escuelas, que los jóvenes se filien en la guardia nacional local, y que los hombres se dedican al trabajo en las nuevas colonias, siendo los únicos braceros y peones con que se cuenta en aquel territorio. Su disposición natural para toda clase de oficios los hace tan útiles, que indios son en su mayor número hasta los maquinistas y fogoneros de las fábricas que allí se han establecido. Los representantes que acudieron al General Roca le demandaron disposiciones de policía para la seguridad de aquel territorio; pero no contra los indios que lo habitan, sino contra los que, á título de ambulantes de comercio ó con otros pretextos, se destacan de la provincia de Santa Fe y vienen á envenenarlos físicamente con sus alcoholes y moralmente



con sus sugerencias al robo y á la matanza. De esta comisión formaban parte los propietarios de la colonia de Las Palmas, que tienen invertido en este ingenio un capital de tres millones de pesos, poseen un ferrocarril de 35 kilómetros, una vacada de diez mil cabezas de ganado, y tienen empleados en estas industrias y labores tres mil indios; los de la colonia Dalmacia, con extensas plantaciones agrícolas y doce mil cabezas de ganado; los de los establecimientos de Santa Isabel y Nueva Roma, con otra cuantiosa hacienda vacuna y plantaciones de algodón; los del ingenio Formosa, la colonia General Vedia y el establecimiento ganadero de Simón Ostwald, que son los estancieros más internados en el territorio, y cuyas fortunas industriales alcanzan cifras de suma consideración. Todos estos propietarios, y los demás, cuya representación asumían, no sólo se han expresado en defensa del indio mataco y toba, al que se ha supuesto autor de los desmanes relatados, sino que, lejos de aprobar los planes del General Vintter, han solicitado el retiro de las fuerzas militares acumuladas por los últimos sucesos en Formosa y en el Chaco; el nombramiento de un comisionado civil para que informe sobre el estado de progreso en que se encuentra aquel territorio y de la participación que en él toma el indio que lo habita, y que se tomen las medidas que se consideren adecuadas para el fomento de las misiones y el establecimiento de nuevas escuelas para que los niños indígenas gocen de los beneficios de la educación moral é intelectual.

Como se ve, estas pretensiones, no sólo impugnan todo proyecto de guerra de exterminio contra los indígenas, sino que, por el contrario, tienden á incorporar la raza bárbara á la civilización. Y en efecto, la impresión que en el General Roca y sus Ministros han producido estas representaciones han sido tales, que inmediatamente ha surgido en el Gobierno argentino el pensamiento de contraponer al plan de ocupación militar propuesto por el General Vintter, el plan del religioso franciscano Fray Pedro de Iturralde, prefecto de las misiones del



convento de San Lorenzo, establecido en la provincia de Santa Fe, que gestiona por implantar en Formosa la reducción de indios, creando una inmensa colonia católica india. El Obispo de Santa Fe, Monseñor Boneo, favorece esta solicitud; pero tiene la competencia del Obispo Salesiano de Montevideo, Monseñor Cagliero, que persigue el mismo pensamiento, y á quien apoya en el ánimo del General Roca el Ministro argentino del Interior Sr. Yofre. Sea de origen español ó de origen italiano la gran misión que se proyecta para civilizar al indio montaraz del Chaco y Formosa, ¡qué espectáculo tan distinto del que se ha dado en otros continentes del Nuevo Mundo en el trato con los indígenas! Fray Pedro Iturralde, que solicita 16 leguas cuadradas de territorio para su misión, á fin de dar 50 hectáreas á cada familia india que allí se establezca, haciendo honor al recuerdo de la madre España, ha recordado en sus memoriales al Gobierno argentino que en él, como franciscano, reside toda la tradición civilizadora de América desde las primeras exploraciones de Cristobal Colón. Franciscanos fueron los primeros apóstoles del Nuevo Mundo y salidos del corazón de Castilla. Si hay indios salvajes que civilizar y no exterminar, que la tradición no se interrumpa, ya que el voto de los sentimientos generales de nuestro tiempo deciden que más que por la espada y el exterminio, la obra de la civilización se ensancha cada vez más y se realiza por el influjo de la cruz y la redención del trabajo.

A los misioneros salesianos que ofrecen al Gobierno argentino su establecimiento redentor de Formosa, nada hay tampoco que imputar. Toda misión cristiana es vía de salvación, y en Chile se ve, con creciente estímulo, en los beneficios producidos en la enseñanza de la infancia indígena por el establecimiento de la Casa de la Providencia de Telmuco, donde se educan las niñas *araucanas*. Por vez primera se han visto en Santiago las letras de las nietas de Caupolican y de Leutaro dirigirse al jefe de aquel Estado en mensajes escritos en su propio idioma, felicitándole en la festividad de su onomásti-



co (1). La civilizadora misión de las monjas de la Casa de la Providencia es más útil á las exigencias de la humanidad y á los progresos de la civilización, que la corrosiva intoxicación del abuso del alcohol en que por tanto tiempo se ha tratado de extinguir una raza insumisa y belicosa.

\*  
\* \*

La situación de los indios *mayas* de Méjico también ha estado, y aun sigue, dando mucho que hacer y hablar, lo mismo en la República de Porfirio Díaz que en la de los Estados Unidos. Realmente no ocurrió en las márgenes del río Yaqui, ni en general en el Estado de la Sonora, asunto alguno por el que pudiera esperarse, ni sospecharse siquiera, una sublevación de parte de los indígenas que lo pueblan; muy por el contrario: de los últimos movimientos de los indios que entre sí se comunican entre las dos fronteras, sólo debía prometerse una completa tranquilidad. Todavía no hace cuatro me-

---

(1) La felicitación de las niñas araucanas al Presidente Errázuriz, en los días de su onomástico, decía así en las dos lenguas:

EN ARAUCANO

ÑIDOL TRROQUIN EM: *Inche c'pau michialiafiéb trrocom pichi malentañigui m'lelu f'ta una Providencia pignelu, Temuco huarla meu. C'pau aluafiel mañum eimi frenemuqueyim: Ñidol trroquin em, c'pau feipiafiel petu eimi trronquin, inchiñ mapuche niciñ quiñe ruca duamquimaiñ; t'fachi ruca men, quimfiyiñ Dios, quimfiyiñ chilcatum c'dau cai. Eluuiñ mañum, petu eimi trroquei men, adumiyiñ chilcatum inchiñ dugnumen, chumcan rume cuiñquimquelaiñ.*

EN CASTELLANO

SEÑOR PRESIDENTE: Vengo á saludaros en nombre de todas las niñas que hay en la Casa de la Providencia de Temuco. Vengo á daros las gracias porque vos, Señor Presidente, nos teneis compasión. Vengo á deciros que, durante vuestro Gobierno, las *mapuches* tenemos una Casa de educación en la que nos enseñan á conocer á Dios, á leer, escribir y trabajar. Vengo á deciros que, durante vuestro Gobierno, hemos aprendido á leer y escribir en nuestro idioma, lo que antes nadie nos había enseñado.



ses que los indios que habitaban en los Estados Unidos la región de Wichita, en Kansas, en número de 4.700 *cheroquis*, 3.900 *criks* y 1.500 *delawares*, abandonaron el territorio de la Unión, no pudiendo sufrir la persecución incesante de que eran objeto de parte de los norteamericanos, cuyas autoridades sistemáticamente atropellaban sus derechos con notorio olvido de los pactos y promesas existentes, y marchaban á establecerse en Méjico, donde habían adquirido grandes extensiones de terreno en Durango, Guadalajara y la Sonora. Posteriormente una comisión de indios *likapús*, procedentes de Santa Rosa y de la colonia del Nacimiento, á quienes querían despojar de su territorio los indios-yakis, llamados *cimilones*, se presentó con sus quejas al General Porfirio Díaz, demandándole amparo y entregándole los títulos de propiedad y los planos de los terrenos que se les disputaban. Esta comisión se hallaba compuesta del jefe de la colonia de Oconuhumá, llamado Kezitemo; del juez de la colonia del Nacimiento, Amechika; del jefe de la misma colonia, Ottopezi, y de Kizú-Kame, capitán de la de Oconuhumá. La colonia del Nacimiento se halla establecida en la zona oriental del Estado de Coahuila, y la de Oconuhumá en territorio norteamericano; pero unos y otros, los indios de las dos colonias, que viven enteramente bajo un régimen primitivo, se tratan y familiarizan sin atención á fronteras; y como los agravios de que se quejaban provenían de las invasiones de los negros *cimilones*, raza bárbara que merodea en el Norte de Coahuila y en el Sur de Texas, el General Díaz, que los recibió con mucha atención, les indujo á representar las mismas querellas al Gobierno de Washington, á fin de que los Estados Unidos les prestasen las mismas garantías de seguridad que el Gobierno de Méjico se obligaba á darles. Esta actitud, bajo el aspecto internacional, era perfectamente correcta, y los Estados Unidos no han tenido reclamación alguna que formular por ella. En cuanto á los indios del Kansas, se trata de tribus completamente civilizadas; en su emigración á Méjico han hecho uso de un dere-



cho natural y legal, y, lejos de poder suponer que de ninguno de los dos hechos pudieran surgir conflictos de ningún género, la amable acogida dispensada á la llegada de los nuevos pobladores de Durango, Guadalajara y la Sonora, y á los que-rellantes de Santa Rosa y de la colonia del Nacimiento, debía entenderse que encontraría un eco simpático en los demás indígenas mejicanos.

La causa de la rebelión de los *mayas* del Yaqui, en la Sonora, no ha llegado á explicarse. Desde la segunda quincena de Julio último se observó que andaban inquietos, que desertaban á sus montañas y que se llevaban sus armas. A pesar de estos síntomas, su sublevación fue una sorpresa verdadera. Méjico es el país de América donde el indio goza mayor bienestar, bienestar que alcanza hasta á los que más reacios se muestran á las sumisiones civiles de una cultura social que siempre les ofrece estímulos y atracciones. La sublevación, no obstante, tomó, desde su principio, un carácter general, tomando parte en ella la mayoría de los indios que estaban en el Yaqui. El pretexto lo dió la desobediencia á una orden del Cuartel General en punto á administración interior del pueblo. Desde que el General Torres advirtió los primeros movimientos ordenó al Comandante Juan Maldonado pasase con su escolta á Bécum; que amonestara á los indios, que les recogiese las armas y que procurase aprehender á los instigadores al desorden. Pero aunque del 16 al 20 de Julio Maldonado quitó á los sublevados algunas armas de parque metálico, algunos fusiles viejos de percusión y algunos arcos y flechas, y prendió varios alborotadores, con lo que creyó que todo quedaba concluído y pacificado, los rebeldes pudieron refugiarse en Vican, donde se fortificaron, y aun hicieron alguna tentativa de expedición río abajo, hasta que derrotados en Palo Parado, tuvieron que volver á encerrarse en el pueblo. Todo el empeño del General don Lorenzo Torres, mientras le llegaban los auxilios que había pedido, se cifró en impedir que los indios ensanchasen su campo de acción, fortaleciendo los puntos débiles de la línea del



río Yaqui y preparando los medios de atacar ventajosamente á los rebeldes. En los diez últimos días de Julio, les ocasionó dos derrotas consecutivas, haciéndoles unos ochenta muertos, entre los que se hallaban cuatro de sus cabecillas. En combinación con él, y con las fuerzas de que fue posible echar mano, comenzaron á operar el Coronel Anastasio Torres, hermano del General, que desalojó á los indios de Añil; el Coronel Angel García Peña, que estableció su cuartel en Forin para estar en comunicación inmediata con el General, y el Coronel Peinado, que con las fuerzas de la Guardia Nacional que pudo organizar en Guaymas, en el momento se puso sobre la indiada. El resultado de estas operaciones fue la toma de Vican, con lo que el núcleo principal de la rebelión quedó desmoralizado y disperso. Todavía, sin embargo, el 10 de Agosto, el General Torres los acosó en Lehutla, entre Tarín y Vican, y al día siguiente los desalojó de los bosques á donde se habían refugiado; y aunque ni los rebeldes habían sido totalmente sometidos á las últimas noticias, ni habían cedido de su empeño, fácil es conjeturar que el resto de la campaña consistirá probablemente en perseguir á los que se han internado en las montañas y en invadir las rancherías que los indígenas tenían en el valle de Guaymas.

Lo que nadie se atrevería á definir sería el objeto final de esta rebelión, si el *San Francisco Chronicle*, de la capital de la California, no hubiese imprudentemente hecho asomar la punta de la oreja, como vulgarmente se dice. Apenas se habían librado los primeros combates contra los *yaquis*, antes de pasar siquiera un mes desde que los indios se insurreccionaron, cuando *The San Francisco Chronicle* se creyó en el deber de consagrar todo un editorial á un asunto *de tanta trascendencia*. «Ya es tiempo, escribía, de que el Gobierno americano exija del de Méjico que se ponga fin á esa guerra.» Como es natural, aunque la opinión de un periódico cualquiera no basta para constituir el voto autorizado de un Gobierno ó de la opinión de un pueblo, el artículo de la *Chronicle* ha hecho



en Méjico una malísima impresión. Todo el mundo se pregunta: «¿Qué quiere decir una exhortación tan extemporánea, tratándose de un suceso que en absoluto carece de trascendencia y que nada interrumpe, ni momentáneamente siquiera, la marcha progresiva y pacífica que con éxito inusitado ha emprendido este país? ¿Es que en la política audaz que en los Estados Unidos se ha inaugurado, se están buscando incesantemente pretextos para amilanar á los pueblos americanos con la amenaza de una intervención? No es ciertamente una vergüenza para ningún país, que un elemento insignificante y casi bárbaro de su población total cree una perturbación sin base ni objeto, puesto que en la rebelión de los yaquis ni se ha levantado una bandera, ni se ha dado el grito de ninguna aspiración: lo que sí es una vergüenza á la faz de la civilización, cuyos principios tanto ponderan los pueblos que, como los Estados Unidos, se consideran á la cabeza de ella porque disfrutan el veleidoso poder que da el influjo de la opulencia, tengan que desertar de su suelo é ir á demandar la hospitalidad extranjera tribus enteras, no de hombres ya salvajes, sino de hombres civilizados, como los indígenas de la región de Wichita, proclamando al sentar sus reales en los territorios que Méjico les ha dispensado: «*Preferimos ser súbditos mejicanos, á continuar formando parte de la gran democracia americana que casi ha destruido nuestra raza.*» Toda la prensa de Méjico ha protestado contra la sugestión de la *San Francisco Chronicle*, creyendo que es el colmo de la hipocresía dirigir al General Porfirio Díaz las invitaciones calurosas que se le han hecho para que asista á la *Exposición Comercial* de Chicago y Filadelfia, que se celebra en este mes de Octubre, y dirigir al país, que gobierna con universal beneplácito, las insidiosas insinuaciones del periódico aludido de la capital de California.

Y los periódicos mejicanos tienen razón. En la insurrección de sus indios *mayas* no hay más que la protesta del hombre salvaje, que en todas partes es refractaria á someterse á



las imposiciones de la civilización; y Méjico, después de vencidos sus insurrectos, disponiéndose á educarlos paciente y lentamente en lugar de exterminarlos ó proscribirlos, vive noblemente en los principios de la humanidad y en el regazo de la civilización. Los indios rebeldes, nada que lo desdore tienen que decir contra él. No así los indios del Kansas, que han ido á refugiarse á los Estados mejicanos de Durango, Guadalajara y la Sonora, los cuales al demandar á Méjico una nueva patria han expuesto ante la faz del mundo que del seno de la democracia americana los expulsan las persecuciones con que son tratados en los Estados Unidos, justificando lo que recientemente refería Mr. Leupp en las páginas de *The Forum* al describir los asesinatos en masa cometidos por las tropas federales en los territorios indios, hasta conseguir despoblar de los pieles-rojas las regiones que ocupaban.

\*  
\* \*

Precisamente los Estados Unidos dirigen á Méjico estas insidiosas inculpaciones, cuando el concepto de la primera de las Repúblicas americanas de origen español se eleva más favorablemente en la opinión y en el juicio del mundo. Los progresos realizados en los últimos veinte años no pueden menos de merecer la más profunda consideración. La población ha crecido en ese tiempo, de 9 millones de habitantes á 15. Tenía sólo 559 kilómetros de ferrocarriles, en cuya construcción no cesa, y ya cuenta con 13.000. Se han fundado, desde 1870, 10.000 escuelas de instrucción primaria y multitud de academias, liceos, institutos politécnicos, de Bellas Artes, de comercio y de Artes y Oficios. Se han duplicado los ingresos del Tesoro público; se ha triplicado el comercio exterior, y su crédito internacional ha pasado, de la casi completa nulidad, al tipo de confianza, que arguye la cotización de sus valores en las Bolsas de Europa, superando el 100 por 100 de sus intereses. Esta situación ha permitido al actual ministro



de Hacienda de la República, D. Roberto Núñez, presentar á las Cámaras la proposición de ley del 12 de Mayo último, para que se autorice al Poder ejecutivo á convertir la Deuda pública pagadera en oro, sustituyéndola por otra que, aunque represente mayor capital nominal, devengue interés inferior al 6 por 100 y exija para el servicio de réditos una asignación menor que la que hasta aquí se había destinado á dicho objeto. A pesar de esto, el nuevo empréstito mejicano que acaba de contratarse en Amsterdam se ha cotizado desde el primer momento á más del 101.

Después de haber salvado en el momento crítico su situación financiera adoptando el etalón de plata, que para Méjico ha sido el papel de tarifa protectora para sus manufacturas locales y que benefició su exportación en la plena conciencia de que la plata todavía tiene que jugar un papel importante en las operaciones financieras del mundo, el impulso dado á sus industrias, así en perfeccionamiento como en baratura, favorecida ésta por sus tarifas aduaneras y sus tarifas de transportes terrestres y marítimos, las de carga y descarga y las facilidades dadas á todo género de comunicaciones, han producido un cambio en la prosperidad común, tan profundo como el que se ha verificado en las costumbres. El pueblo obrero, como ha escrito recientemente un notable publicista del país, no viste ya calzón de manta blanca y camisa con las faldas de fuera; el pie calloso y desnudo calza hoy zapato de cuero burdo, que oculta las impurezas y negruras que adivina el olfato; la mujer ha refinado la coquetería de su vestido y de su tocador, y la más pobre trata de ataviarse con ropas semejantes á las de las clases medias, y éstas aspiran á ponerse sombreros y vestidos que las hagan aparecer acomodadas. El salario del obrero se eleva, así como el jornal del bracero, y todo tiende ó establecer el equilibrio del bienestar social. Las libertades civiles de tal modo han maridado con las costumbres, que hoy parecerían actos de un despotismo intolerable cualquier determinación que pusiera reglamentos á la invio-



labilidad de la conciencia, al respeto y la manifestación de la fe, á la expresión del pensamiento escrito ó hablado, á la libertad de reunirse, de asociarse, y á todas las demás conquistas de los derechos del individualismo en la sociedad y en el Estado.

Todas estas conquistas han venido á personificarse en el General Porfirio Díaz, jefe de aquella República, cuya sustitución ni parece racional siquiera. A principios de Agosto hubo un periódico de la capital que osó plantear esta cuestión. Inmediatamente se creó en Acatlan un Club, denominado *El Progreso*, cuyo exclusivo objeto no era otro que promover el concurso de la opinión, no para la reelección del General Díaz para la Presidencia de la República en el próximo período constitucional, sino para que se hagan manifestaciones y se eleven instancias á fin de rogar al Presidente la continuación de su magistratura, no por el voto ó la aclamación de sus conciudadanos, sino por la *postulación*, es decir, por la *súplica* de todo el país. Como en toda sociedad numerosa, no han faltado excepciones, tal vez de legítimos pretendientes, que, no teniendo censuras que derramar sobre el ídolo de Méjico, han pretextado que el descanso convendría tal vez á su salud. Pero el mismo General Díaz ha querido contestar por sí mismo á los que han manifestado en su interés el temor de que el exceso del trabajo presidencial relajara su salud. En efecto: hace pocos días, acompañado de sus ayudantes, se presentó inopinadamente en uno de los colegios militares de la capital, á la hora en que los alumnos hacían sus ejercicios gimnásticos. Los presenció con gran complacencia; celebró á los más ágiles y diestros, y luego que los ejercicios concluyeron, dijo: *¡Bueno! Hasta aquí, ya hemos visto lo que los jóvenes son capaces de hacer; ahora es necesario ver lo que hacen los viejos.* Y desnudándose de su levita militar, comenzó á trepar por escalas aéreas y á hacer ejercicios de agilidad y de fuerza, dejando á todos los circunstantes maravillados, pues el General Porfirio Díaz ya se halla rayano de los sesenta y nueve años. Esto quiso dar á entender que el General Díaz no admite su jubilación.



Obran los mejicanos como cuerdos en sostener al frente del Estado al hombre á quien el país debe todo su florecimiento interior y, lo que vale más que este mismo florecimiento, la suma de los respetos que en el extranjero exaltan su autoridad. Si á él se deben los progresos hechos en los ferrocarriles, en los telégrafos, en las escuelas, en la industria, en el crédito, todavía son más importantes los beneficios que Méjico recibe del prestigio de esta autoridad. Chile estrecha con Méjico sus relaciones de raza y de familia estableciendo el contacto continuo por medio de las líneas de navegación en la misma forma que lo ha hecho con España. El movimiento de Chile lo seguirán el Perú y el Ecuador. La América del Centro busca también en Méjico el nudo de su equilibrio, y Guatemala ha sido la primera de esas cinco Repúblicas que ha levantado el grito de la aproximación y de la fraternidad. La reciente recepción oficial del nuevo Ministro de Colombia, Sr. Marroquín, acreditado cerca del Gobierno del General Díaz, ha sido un acto de una importancia solemne, y en los discursos pronunciados es más lo que se dice entre líneas que lo que se dice con palabras, aun con haber sido éstas bastante explícitas y expresivas.

A todos los jefes de Estado de las Repúblicas americanas de origen español, tocará tal vez en breve jugar en la historia un papel de estrecha responsabilidad, como el artículo de la *San Francisco Chronicle*, á propósito de los indios del Yaqui, les previene, y las figuras eminentes que ya se han destacado por sí mismas, conviene sean conservadas en el lleno de sus prestigios y en el lleno de su autoridad. Algunos países privilegiados, como la Argentina, cuentan con varios hombres de talla, capaces de afrontar los peligros de todas las circunstancias. Si Roca fracasase en la política que se le impone, queda Mitre, queda Pellegrini, quedan otras figuras de análogo relieve. Pero Méjico no tiene más que un Porfirio Díaz; el Centro no tiene más que un Estrada Cabrera; el Ecuador no tiene más que un Eloy Alfaro; el Perú no tiene más que un Nicolás



Piérrola; Chile no tiene más que un Federico Errázuriz, y lo que ellos representan, aunque, como en el Perú, Piérrola quede detrás de la cortina con Romaña, no lo representan los que tienen que pasar por un nuevo ensayo de poder y formar un nuevo prestigio de autoridad. Y como los ejemplos son más elocuentes y persuasivos que las palabras, á todos estos Estados de América, sobre los que pesa un peligro común, que se hará más grave en el momento en que termine la atención de las guerras del Pacífico, recordaremos lo que en España ha sucedido en el conflicto de las insurrecciones coloniales, atizadas por los Estados Unidos para venir á parar á los resultados conocidos. España tenía un hombre. El día nefando de la tragedia criminal de Santa Agueda quedaron perdidas las colonias. A pesar de la tenacidad de Mac-Kinley; á pesar del aparato con que estaban preparados los sucesos, si aquel hombre hubiera vivido, ni se hubiera hecho la guerra con los Estados Unidos, ni España habría quedado inícuamente despojada de su poder colonial. El triunfo de los Estados Unidos y la exoneración política de España se ha debido únicamente á dos crímenes miserables, movidos ¿quién sabe? tal vez por una misma mano: la explosión del *Maine* en las aguas de Cuba y el disparo de Angiolillo sobre Cánovas del Castillo. El primero de los dos crímenes fue necesario para dar el pretexto, y el segundo para desembarazarse del obstáculo. El obstáculo, en efecto, á los pensamientos de los Estados Unidos, era la autoridad de un hombre, y aquel hombre era Cánovas del Castillo.

Hacen bien los mejicanos en hacer perpetua, mientras viva el General Porfirio Díaz, la alta magistratura que ha dotado de tanta autoridad.

\*  
\* \*

A pesar del artículo de la *San Francisco Chronicle*, la insurrección de los *mayas* del Yaqui no será para Méjico lo que para sus respectivos países han sido la de Bolivia, que toda-



vía no ha logrado crear un Gobierno definitivo; la de Santo Domingo, que también ha dado margen para que los periódicos de Nueva York hayan hablado primero de intervención y después de anexión; la de Venezuela, que esteriliza los esfuerzos de esta República por regenerarse, y la intentada también en los cuarteles de Colombia, y fracasada por el buen sentido que, á fuerza de ominosas enseñanzas, se impone á la nación, que para su daño tiene la desventaja de ser la Soberana de Panamá.

De Bolivia hay poco que decir. Después del triunfo de la revolución, se han hecho unas elecciones, y estas elecciones debieran haber tenido la autoridad de un plebiscito. Lejos de esto, ha tenido que retirarse del campo de la contienda legal todo un partido, el partido conservador, acosado por las intransigencias de sus adversarios. Este retraimiento hará defectuosa la situación que se cree con carácter definitivo, cuando las Cámaras se reúnan y la elección de un nuevo Presidente dé por terminada la misión provisional de la Junta de Gobierno por que se rige la República. En el terreno internacional, las inteligencias descubiertas con el viaje del *Willmington* entre los Estados Unidos del Norte, y las indiadas desamparadas, y los caudillos que las hicieron instrumento peligroso de su labor desquiciadora, producen una censura más sobre la violencia de los hechos que en las planicies andinas se han verificado. Se ha pronunciado un movimiento de atracción por parte del Perú, y este hecho no dejará de tener su importancia en el desarrollo del programa del porvenir, como todo lo que relacione más estrechamente unos pueblos suramericanos con otros. Entre tanto, del compás de espera presente sólo hay que aguardar que, en una ú otra forma, se constituya cuanto antes la normalidad salvadora de una legalidad positiva.

Sobre la revolución dominicana no hay motivos sino para profundos desconsuelos. El General Ulisses Heureaux no era un Presidente, sino un dictador; pero, al cabo, como Porfirio Díaz en Méjico y Nicolás Piérola en el Perú, era el hombre de



su país. Treinta años había vivido en perpetua campaña desde que dirigió todos los levantamientos contra el usurpador Báez. A la presidencia no llegó, sin embargo, hasta 1882; pero desde entonces él había sido el alma de la nación. Después de su asesinato, el telégrafo de la capital de Jamaica no cesó de alarmar al mundo, haciendo temer en que á la dictadura terminada por el delito, sustituiría un período anárquico de funestas consecuencias; y como en los Estados Unidos estaban preparados y deseosos de cogerse aunque fuera de un clavo ardiendo para alarmarse, bastaron aquellas noticias para que sonaran por el mundo los gritos de intervención y de anexión. Como siempre que se trata, hasta de los cuernos de la luna, en Washington se ponderaron los extensos intereses americanos que en la revuelta isla se hallaban comprometidos. Primeramente se dijo que la mayor parte de la deuda dominicana se hallaba en poder de los yankees; pero como esto no sería razón bastante para una intervención formal, la prensa neoyorkina, variando el argumento, no dejó de representar un día y otro día que la posición geográfica de la isla y su valor estratégico pesarían bastante en el ánimo del Gobierno americano para no dejar pasar la favorable coyuntura y apoderarse de la isla. Mas Inglaterra, Francia, Alemania é Italia se apresuraron á mandar sus barcos de guerra á Santo Domingo á proteger los intereses de sus súbditos respectivos, y aunque los Estados Unidos enviaron á sus aguas el crucero *Nueva Orleans* y el cañonero *Macchias* á observar los acontecimientos, indudablemente estas actitudes contribuyeron á la resolución del vicepresidente Figueroa á ocupar la presidencia y á formar un nuevo Gabinete, á fin de poder acudir prontamente á las incidencias que pudieran ocurrir ya en la política interior, ya en la política internacional. De esta manera, cuando la legación americana fue allanada por las turbas, antes de que el Ministro Mr. Rower formulara su protesta ya había recibido la consiguiente satisfacción. El castigo de los asesinos presidenciales que cayeron en manos de las autoridades, fue otro de los re-



cursos de fortuna para dominar la situación violenta creada por aquel crimen. No obstante, los peligros surgían por todas partes, y no se sabe á donde hubieran llegado sin la acusación que la prensa de Europa formuló contra los Estados Unidos, atribuyéndoseles el *Deus es machinâ* de la revolución de Santo Domingo. *Le Matin*, de París, ponía en boca de un personaje importante recién llegado á Europa de las Antillas, la declaración de que los sucesos de la isla dominicana eran una farsa, que los naturales del país nada tenían que ver con ella, que el complot se había fraguado por los americanos para intervenir en la isla y anexionársela después, y que los cabecillas que jugaban el papel principal en toda la comedia, no eran sino instrumentos estipendiados de las intrigas yankees, á cuya orden servían algunos filibusteros americanos. La impresión de esta denuncia en Washington fue extremada, y puede decirse que desde el momento en que el telégrafo la comunicó á América, cambió de repente todo el giro de las cosas. En la Secretaría de Estado del Gabinete de Washington dejó de hablarse en los términos conminatorios que habían sido la consigna de los días anteriores, y Mr. Hay hizo declarar por medio de los periódicos americanos de Nueva York y París que sí los trastornadores de Santo Domingo fuesen á los Estados Unidos á organizar expediciones filibusteras, las autoridades americanas impedirían su embarque, así como el de armas, municiones y provisiones de guerra. El Gobierno del general Wenceslao Figueroa fue reconocido por el de MacKinley, y ya todos los planes de los revolucionarios fueron fracasando uno por uno.

Descartado el elemento extranjero de los sucesos de Santo Domingo, la situación interior se simplificó bastante. Ha habido encuentros y choques, y el caudillo de la revolución, Jiménez, ha logrado victorias sin sangre, como la alcanzada en Macoris por los Generales Cáceres, Vázquez y Bracho, á quienes el gobernador de la plaza entregó sin resistencia el parque, el fuerte, el arsenal y el edificio; pero cualquiera que sea



el término definitivo de estos sucesos, la frase terrible, la que engendra la voz común de *los peligros americanos*, la palabra *anexión* parece alejada por ahora de las soluciones que se den al problema planteado desde el asesinato de Ulises Heureaux. Razón tenía *El Correo Militar*, de Madrid, cuando comentando estos hechos, decía que si Europa, en la cuestión de España y los Estados Unidos, hubiera procedido en los términos que ha obrado ante la revolución de Santo Domingo, de otra manera se hubiera substanciado el problema que ha hecho á España perder su posición en América, que la ha desnudado de todo su poder colonial y que ha herido profundamente la influencia europea en el Nuevo Mundo.

También la revolución de Venezuela ha concluído felizmente, aunque después de una empeñada batalla entre los rebeldes al mando del General Cipriano Castro, que se hallaba fortalecido en Punta Arenas, Estado de los Andes, y las fuerzas del Gobierno que les atacaron en tan ventajosas posiciones. El combate duró diez y ocho horas. Los rebeldes fueron desalojados de los fuertes que ocupaban, y el jefe de la revolución tuvo que abandonar el campo, sembrado por más de 800 cadáveres. La ocupación de la plaza de San Cristobal, que era la base de las operaciones, por el General Fernández, y las terribles pérdidas experimentadas por el núcleo de la revolución, han sido el término de estas nuevas y aciagas aventuras.

¿Habrán concluído, por ahora, las revoluciones sudamericanas? No, por cierto. El Perú siempre está en jaque con la actitud del General Cáceres y del Coronel Vezcarra, los enemigos acérrimos y personales de Piérola y de sus hechuras. Aunque proclamada por las Cámaras peruanas la Presidencia de Romaña, éste no se considera sino como el lugarteniente de Piérola, y se le hace la misma guerra sin cuartel. Sólo se espera que el General Piérola deponga, al terminar su magistratura, los atributos de su magistratura, para que suene la hora de nuevas revoluciones. En el Ecuador también se ha logrado la paz, pero el General Alfaro la cree, sin duda, tan



poco consistente, que á fin de no dar personal pretexto para nuevas perturbaciones, ha hecho la formal protesta de que su nombre no se pondrá en candidatura para la reelección presidencial. En Colombia se vive bajo el temor de inminentes trastornos. Todos los días se descubren conspiraciones políticas, y todos los días se procede contra algún presunto revolucionario. La última persecución ministerial la han sufrido los liberales de Cundinamarca y Santander, y las alarmas de Panamá, donde se ha levantado de improviso un partido separatista, son bastantes para tener inquieto al Gobierno de Bogotá y á la residencia del Presidente.

¿Qué hay, en realidad, pacífico, qué sereno en toda la vasta extensión que ocupan las jóvenes Repúblicas de sangre ibérica? El Brasil, la Argentina y Chile, y entre el Brasil y la Argentina el Paraguay y el Uruguay. ¿Qué pensamientos de porvenir pueden formarse con Estados cuya situación interior es tan insegura? Si los peligros que se temen sobrevinieran, ¿con qué fuerzas de resistencia se dispondrían á contrarrestarlos?

\*  
\* \*

Entretanto el sentimiento de la fraternidad y de la unión palpita por todas partes, y sobre todo por las esferas en que se cierne el espíritu. Hay hechos que lo revelan más elocuentemente que los libros que se publican de los filósofos y de los políticos. Berisso acaba de dar la fórmula de esta unión en el libro recientemente publicado en Buenos Aires con el título de *El pensamiento americano*, y que no es más que una colección de bosquejos críticos de los poetas y literatos más insig-nes que descuellan ó han descollado en toda la América que fue española. Este mismo pensamiento lo ha acogido en Santiago de Chile *La Ley*, y en el número anexo que publica todos los domingos confunde en una sola conjunción de raza todos los escritores de los dos mundos que en prosa ó verso,



en ciencia ó letras, en especulaciones mecánicas ó en bellas artes, se producen en la rica lengua de Cervantes. Tenemos que confesar que en España nada se produce semejante al *anexo dominical* del periódico político de Santiago de Chile *La Ley*, y su aparición se nos hace tanto más agradable, porque en virtud de ella, no sólo se estrechan las filas del entendimiento entre toda la raza, sino que se responde victoriosamente á los que desde hace mucho tiempo proponen, como temas de discusión en América, *si la enseñanza del castellano á los americanos debe excluir en la esfera oficial la de otros idiomas*, no tanto por la acumulación de las diferentes emigraciones de otras lenguas que ya ocupan vastos territorios de América, cuanto por *the difficulties of the Spanish language simplified for the English speaking pupils*.

Pero no es sólo el profesor anglosajón Alfred Boissie el que emprende la cruzada contra el castellano en aquella vasta parte de América que ocupan los que descienden de nosotros: *La Gazzeta del Popolo*, de Turín, ha comenzado una discusión semejante, á fin de que el castellano de los conquistadores de América se sustituya con el italiano de sus emigraciones modernas, y pide más: *la italianización* americana. Nosotros no consideramos esto ni siquiera como un peligro de ningún género, cuando en estos últimos meses, y con motivo de los proyectos atribuidos á Ricciotti Garibaldi, en Santiago de Cuba y Buenos Aires, á la vez se han escrito artículos sobre *medidas represivas contra extranjeros* y ha sonado hasta la palabra *expulsión*, y estas ideas han tomado cuerpo en el Senado argentino por medio de la palabra del Senador Cané. Otro periódico escribe entre admiraciones un artículo que titula *¡La raza italoamericana conquistándonos!* La fusión de *Los intelectuales de América* jamás podrá hacerse sin nuestro concurso, y este es el único defecto del libro publicado con este título por Mario Centoni. Brillantes son las tres últimas generaciones literarias de la América que fue española, pero la primera tuvo por maestra la generación de nuestra guerra de la Independen-



cia, en la que sólo Quintana ocupó el espíritu de los dos mundos; la segunda tomó por modelo nuestra generación romántica, y la tercera nuestro último florecimiento. De esta última generación, Campoamor, Bécquer, Núñez de Arce, son tan nacionales en América como entre nosotros, y aunque del otro lado del Atlántico se abriga la queja de que su literatura no trasciende hasta nosotros, hay en ello un error de pasión que crea una injusta queja. Menéndez Pelayo ha publicado, bajo los auspicios de la Academia Española, una antología poética de los dos mundos; Pérez de Guzmán la del *Cancionero de la Rosa*, y Valera ha popularizado en España todos los nombres brillantes de aquel hemisferio.

En cuanto á los extranjeros que allí han emigrado, anglosajones ó italianos, alemanes ó eslavos, tienen que conformarse con una ley dura, pero constante, del destino. Al buscar en la América que fue española una nueva patria, hacen tácita renuncia de la suya para sí y para sus hijos. En cuanto á idioma podrán conservar el suyo una ó dos generaciones; pero á la tercera, ellos serán los extranjeros para sus propios nietos.

Iob.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: Situación de los escritores en Alemania.—El estilo como condición de la vitalidad.—USOS Y COSTUMBRES: Fiestas napolitanas.—SOCIOLOGÍA: Cómo han decaído las naciones latinas.—OCULTISMO: Lo que enseñan los libros de magia.—Apariciones y manifestaciones de muertos.—IMPRESIONES Y NOTAS: El papel de la prensa.—Fabricación de lámparas incandescentes.—La característica de las épocas literarias.—El siglo del aire líquido.—Max Nordau y la paz universal.—Los telegrafógrafos.—Garofalo y la teoría del crimen y de la pena.

## LITERATURA

SITUACIÓN DE LOS ESCRITORES EN ALEMANIA.—Es indudable—dice Sperans en la *Revue des Revues*—que el público dispensa hoy mejor acogida á las producciones literarias por la mayor extensión de la cultura general, y que los escritores obtienen, por lo mismo, más ganancias y mejor posición social que antiguamente. Pero como por otra parte el número de escritores ha aumentado extraordinariamente, la competencia es terrible, y como en general los que tienen mayor talento son los menos á propósito para agradar á la masa, la crema intelectual es la que menos provecho pecuniario saca de sus obras.

En Alemania la situación se complica además por varias causas: los libros alemanes se leen todavía muy poco fuera de Alemania y de Rusia, y no tienen, además, clientela acomodada como los ingleses, pues la clase rica en Alemania es casi



toda de origen reciente y no tiene bastante cultura para interesarse por las cosas de la inteligencia, siendo en general bastante pobres los círculos alemanes. Esto, junto con la sed de enriquecerse de las casas editoriales, ha hecho que los autores hayan tenido que someterse á las peores condiciones de explotación, no siendo en parte alguna, tan grande como en Alemania, la distancia entre autores y editores.

Sólo el teatro proporciona al autor rentas de importancia, siendo sacada su parte del ingreso bruto, y equivaliendo al 10 por 100 en los *Hoftheater* subvencionados, y al 8, 6 ó 3 en los demás. Una obra de éxito colosal ha producido á su autor 125.000 francos; pero esto es rarísimo, y apenas pueden contar con resultados semejantes más que Blumenthal, Sudermann y Hauptmann, estimándose como un gran éxito llegar con una pieza de un autor popular á 30.000 marcos de rendimiento, y siendo muy raros los productos obtenidos por la venta de la obra. Juan Schlaf, cuyo *Meister Kolze* es la obra más notable del teatro contemporáneo, se ha vuelto loco de hambre y de miseria.

Los novelistas se hallan en peores condiciones que los dramaturgos. En Alemania se lee mucho, pero se compran muy pocas novelas. La gente prefiere suscribirse por tres marcos al mes á un gabinete de lectura que le da derecho á llevarse un volumen diario, y con este sistema los libros tienen muchísimos lectores pero pocos compradores. Los autores más populares, como Keller, Fontane y Raabe, no pueden vivir de su pluma, y uno es empleado del Estado en Zurich, otro crítico teatral de la *Vossische Zeitung*, y otro pensionado de la fundación Schiller; Teodoro Storm, uno de los más notables poetas, no sacaba de sus escritos ni para cigarros.

Los mejor tratados entre los novelistas son los que publican sus obras en periódicos y Revistas, sobre todo en alguna *Familienblatt*; así ha podido Spielhagen ganar de 8 á 12.000 marcos con una novela. La *Gartenlaube* paga sus novelas á 25 marcos por columna; pero muchos periódicos de bastante cir-



culación no dan más de 600 francos por una novela. De ahí que se cite como caso raro el de König que, con novelas del género patibulario, ha conseguido llegar á tener una casa de campo. La última capa de los novelistas alemanes, formada por gentes que nada tienen que ver con la literatura, y que componen obras para las clases más bajas del pueblo, es quizá la que sale mejor librada, pues cobran por la cantidad de cuartillas que emborronan, sin que los editores se fijen en la calidad del producto.

De los poetas líricos no hay que hablar. Rara vez, en parte ninguna, ha dado la poesía para vivir; pero en Alemania es cosa corriente que un poeta, aunque sea de primer orden, no cobre nada del editor por sus libros, y que hasta se ve obligado á veces á costearse la edición de sus poesías. El año último hubo que abrir una suscripción á favor de Detler de Liliencron, el primero de los líricos alemanes, hombre de cincuenta años, que cuenta con entusiastas y numerosos lectores. ¡La suscripción no produjo más que 1.000 marcos!

El periodismo es el que ofrece allí, como en todas partes, mayores ventajas; pero la colaboración se paga tan mal, que pocos llegan á sacar para vivir con holgura agotando sus fuerzas intelectuales. Un hombre como Fontane recibe 200 marcos mensuales por sus artículos de crítica teatral en la *Gaceta de Voss*, pagando el *Berliner Tageblatt* 20 marcos por cada folletín de cinco á seis columnas, y llegando al máximum de los honorarios la *Gaceta de Francfort*, que da 50 francos, y la de Colonia que paga todavía más.

Por lo demás, son muy pocos los grandes diarios alemanes que tengan folletines originales ó inéditos, y casi todos están abonados á los llamados *Feuilleton-Correspondenzen*. Los empresarios de estas correspondencias de folletines adquieren el original ó el derecho de traducción de una novela, y la reproducen en todos los periódicos abonados, teniendo al efecto un servicio de copistas, á quienes pagan 15 pfennigs (unos 20 céntimos) por línea, y haciendo de este modo negocios muy lu-



crativos. Los periódicos á los que todavía parece costoso este servicio, saquean y roban con la mayor frescura, y del modo más escandalosamente impune; pues como los escritores alemanes no están organizados en Asociación, carecen de medios para evitar eficazmente la reproducción de sus obras.

Lo mismo en esta rama que en la novela, los simples obreros vienen á ser los mejor retribuidos. Los diarios alemanes tienen por base la información local, y los reporters que se la proporcionan suelen estar bien pagados; el que extiende sus relaciones y consigue entenderse con varios diarios para darles sus informes, es el que llega al máximum de renta á que puede aspirar el periodista alemán. En Berlín se cita al noticiero Tisch, que gana al año de 20 á 30.000 marcos, y á Lange, que obtiene de 18 á 20.000. No les pagan sus artículos más que á 5 pfennigs (6,50 céntimos) la línea, pero entregan sus copias á 20 periódicos distintos y sacan un marco (1,25 pesetas) por cada línea; es lo que había llegado á sacar, como caso único, el novelista Hans Hopfen.

En cuanto á los demás redactores, su situación es semejante á la del folletinista. Un artículo de fondo que produce 20 marcos, se considera ya muy bien pagado, aunque la *Gaceta de Francfort* los paga á 25 francos, dando á su corresponsal político de Berlín 10.000 marcos anuales; la de *Colonia* es la más espléndida, pues su corresponsal en Berlín gana 20.000 marcos, no habiéndole superado más que Hammerstein, el corresponsal de la *Gaceta de la Cruz*, que ganaba 30.000 marcos. Los jefes de redacción de la *Gaceta de Voss* y del *Berliner Tageblatt*, cobran 20.000 marcos; pero la mayor parte de sus colegas no ganan más que 6.000, cobrando 3.000 los redactores principales y mucho menos los demás, en los grandes diarios, por supuesto.

Y no hay que pensar que la prensa alemana viva mal; en general una empresa de periódico es en Alemania mucho más lucrativa que en Francia, porque tiene muchos más anuncios, y mejor pagados. En Francia ningún periódico podría soste-



nerse sin subvenciones de una ú otra clase, mientras que en Alemania es muy raro el diario que las recibe, porque no las necesita, estando allí poco extendida la corrupción de la prensa, y siendo excepcionales los casos de venalidad.

En suma: el librero, el editor y el empresario de periódicos suelen en Alemania enriquecerse, siendo raros los que se arruinan; pero el autor apenas saca para mal vivir, siendo contados los que logran crearse una posición pecuniaria relativamente brillante.

\*  
\* \*

EL ESTILO COMO CONDICIÓN DE LA VIDA.—Tal es el título del artículo que en la *Revue des Revues* publica Pablo Stapfer para establecer la relación que existe entre el estilo y las probabilidades de pasar á la posteridad en la historia literaria.

«No se vive, ha dicho Chateaubriand, sino por el estilo: la obra mejor compuesta nace muerta si el estilo falta.» «Las obras bien escritas—opinión corriente—son las únicas que pasan á la posteridad.» Pero ¿qué es estilo? ¿Qué se entiende por «obra bien escrita? Nosotros, profesores de literatura ó laureados de Academia, escribimos bien; nos cuidamos de la construcción elegante de la frase, de su medida variada, de sus movimientos flexibles y de su cadencia armoniosa, evitando la repetición del mismo vocablo á dos líneas de distancia, y huyendo en lo posible de la cacofonía de los *que* y de los *de* en racimo. Es más: para ser comprendidos desde luego, atendemos al orden luminoso del discurso, á la propiedad de los términos y á la claridad de la expresión, economizando palabras inútiles, animando las abstracciones con imágenes y dando color á la frase con la variedad de los giros. Quince años se necesitan—según Taine—para aprender á escribir con claridad, sobriedad y precisión.

Los maestros en este arte se dividen en dos grupos: los que se divierten con este juego y los que se desesperan por el es-



fuerzo que exige. Bouilhet, que era de los primeros, expresa en sabrosos términos la voluptuosidad de escribir; Flaubert, de los segundos, fue mártir del arte, «asediado—como dice Maupassant—por la creencia absoluta de que no existe más que una sola manera de expresar una cosa, un solo nombre para decirla, un adjetivo para calificarla y un verbo para darle vida».

Aunque todos afirmemos la identidad del fondo y de la forma, no es eso cierto en la realidad, habiendo poetas que no son artistas, y buenos historiadores y grandes filósofos que no son escritores. Bodin ha llenado los seis libros de su *República* de ingeniosos y profundos conceptos á los que sólo falta la forma; Vigny no pasará de poeta de segundo orden por no haber sabido llegar con sus versos á su pensamiento; Maine de Biran, Augusto Comte y Renouvier son minas en que el oro, encerrado en su ganga, carece de brillo; de Thiers no se citan frases ridículas, pero tampoco puede citarse una sola página verdaderamente bella; la señora Stäel, muy superior á Chateaubriand por la extensión y fecundidad de sus talentos, no merece el nombre de escritora, aunque fuera un brillantísimo pie de tertulia literaria por sus improvisaciones.

Todos los diversos modos de escribir pueden reducirse á dos: el *sencillo* y el *artístico*; los dos requieren igual trabajo, pero se distinguen en que el primero concentra la atención del lector en la idea, sin que se distraiga por la forma, y el segundo expresa la idea coquetamente, distrayendo la atención del lector por los primores del estilo. Stendhal pretendía que un autor había llegado á la perfección si se acordaba uno de sus ideas sin poder recordar sus frases, concepto análogo al de Descartes al afirmar que «cuando el lenguaje y la salud son perfectos no se sienten», y al de Winckelmann al decir que «la belleza perfecta es como el agua pura, que no tiene sabor particular».

No hay, sin embargo, que rebasar los límites de la sencillez hasta tocar en la sosería, distinguiendo lo que quizá es el



más alto esfuerzo del arte de lo que constituye su desconocimiento ó su negación. En nuestros tiempos de excesiva cultura nada es más docto que los escritos que parecen sencillos. Halevy estimaba que son los únicos destinados á atravesar los siglos, afirmación que Anatolio France aceptaba, aunque reemplazando los siglos por años. La escritura artística, por el contrario, corre el riesgo de envejecer en seguida, porque no siendo su ley la expresión absoluta de las cosas, y gastándose en parte su fuerza en perseguir formas no esenciales, ocurrirá casi fatalmente que éstas se tomen de los adornos perecederos de la moda pública y de la fantasía particular.

Los escritores afiliados deliberadamente á una ú otra escuela, tienen, en común, la preocupación extrema del bien escribir. Ese cuidado dominante y continuo caracteriza en general á todos los escritores de segunda fila, no absorbiendo, sino por excepción, á los de primer orden. Por eso los modelos del arte de escribir sin faltas se encuentran más bien en Horacio que en Lucrecio, en Bourdaloue y Nicole que en Bossuet y Pascal. Cuando se cree, con Flaubert que «el estilo es por sí solo el modo absoluto de ver las cosas», y se afirma con Buffón que «todas las bellezas intelectuales que se encuentran en un buen estilo son otras tantas verdades tan útiles, y quizá más preciosas para el espíritu público que las que pueden formar el fondo del asunto», no está lejos el vértigo de mirar la pluma como el cetro del mundo. Toda rebusca de la forma literaria, al modelar la idea, puede perfeccionarla, pero puede también sacrificarla y deformarla; Plutarco era tan retórico, al decir de Courier, que hubiera hecho ganar á Pompeyo la batalla de Farsalia si con ello hubiera podido redondear su frase. Si hay tales enlaces de palabras que proporcionan al artista que las encuentra, como asegura Bourget, «una plenitud de bienestar intelectual comparable al bienestar que la evidencia proporciona á los matemáticos»; si en la lucha de las ideas por la existencia no hay que dejar vivir, como dice Caro, sino á «las que lo merecen por su acabada organiza-



ción»; y si «la forma bajo la que se expresa el pensamiento, como dice Mezières, es parte esencial de la belleza del pensamiento mismo», las cosas y la verdad corren el riesgo de no existir sino por la magia del arte y la voluntad del escritor.

El estilo es la expresión natural de una personalidad vigorosa en una escritura original, á veces trabajada, y ordinariamente libre de la necesidad ansiosa de la perfección ejemplar. No es absolutamente necesario que un gran hombre que tiene estilo escriba siempre bien: ni Montaigne, ni Pascal, ni Molière, ni Saint-Simon, ni Lamartine, ni Balzac, son modelos impecables; y de Shakespeare se ha dicho que era un mundo, con sus tierras incultas, sus asperezas, pantanos, landas y precipicios. Escribiendo bajo el dictado de Dios, como decía Víctor Hugo, los escritores de genio cometen las faltas propias de Dios. Renan desarreglaba de propósito con habilidad la armonía de sus frases para parecerse menos á los humildes, que no tienen más que su caja ordinaria de música y no se atreven á turbar su monotonía.

Si la primera ley del escritor es, según Brunetière, «hacer vivo», y si la vida es «el movimiento que desarregla las líneas», ¿quién no ve que el orden y la simetría perfectos no son para el poeta y el novelista el mejor modo de imitar al Creador? Ciertamente que el arte no puede menos de ser más sencillo y ordenado que la naturaleza, pero debe conservar en lo posible su rica complejidad y su artístico desorden. «Hay incorrecciones—decía Dumas—que á veces dan vida al conjunto, como unos ojos pequeños, una gruesa nariz, una boca grande ó una cabellera enmarañada, dan á veces más gracia y pasión á una cabeza que la perfecta regularidad griega».

No hay, pues, que exagerar el precio de esa cualidad moral y literaria alojándola en regiones casi inaccesibles. Las personas que escriben bien forman hoy verdaderas legiones. ¡Cuántos talentos! ¡Qué de ingenios! ¡Y todo eso tiene que morir!... ¡Y la mayor parte de eso apenas ha comenzado á vivir!...

No podemos, pues, tener confianza en que el *estilo* ni el



*bien escribir* hayan de servirnos de pasaportes seguros para la posteridad. Y en cambio ni siquiera nos queda el consuelo de podernos vengar por el pensamiento de que todo lo mal escrito esté condenado á la destrucción y al olvido. Hay quien muere perfectamente con una obra maestra de dicción, ó afirmando vigorosamente su personalidad y su estilo en escrito altamente original, y se ven afortunados galimatías atravesar gallardamente los siglos, á condición, sin embargo (única idea justa que subsiste de los aforismos corrientes sobre el estilo como condición de vitalidad), de que tal galimatías lleva la firma de un maestro.

## USOS Y COSTUMBRES

FIESTAS NAPOLITANAS.—El pueblo napolitano es más aficionado á divertirse que ningún otro, y el problema que tiene que resolver — según dice d'Agiout en la *Revue Bleue* — es el de recrearse un día entero sin gastar nada, pues los regocijados *popolani* del hermoso golfo son tan alegres como pobres.

¿Cómo resuelven problema tan difícil? Del modo más sencillo: en Nápoles hay unas 300 iglesias, y en los suburbios otras 100, todas las cuales tienen que celebrar la fiesta de su titular con toda pompa, empezando con el alba y concluyendo ya de noche; con tomar parte en estas fiestas, queda resuelto el problema de divertirse todo un día sin gastar un céntimo.

La diversión comienza tres días antes de la fiesta con el adorno de la iglesia. Los napolitanos gustan de colores chillones y de todo género de oropelescos ornamentos. Muros y columnas desaparecen bajo cortinajes de seda cen franjas doradas, guirnaldas de papel rizado, ramos de hojalata, estrellas de vidrio y palmas de zinc dorado, cosidas ó pegadas á la tela, que se despliega en curvas extravagantes por paredes y cornisas, mientras las bóvedas se engalanan con globos multicolores y arañas caprichosas, haciendo juego con angelotes



de yeso pintado, remendados á toda prisa. Los adornistas mutilan y destruyen, sin respetar nada, cuanto encuentran á su paso para colgar y arreglar el templo, convirtiendo en espumaderas las pinturas de un Giotto á fuerza de agujerearlas, embadurnándolo todo de colorines y llenando de rociaduras grasientas de las lamparillas de la iluminación la fachada y el interior, sin que nada pueda detener semejante vandalismo, pues el cura que se atreviera á oponerse á tamañas atrocidades, sería aborrecido y silbado por aquel populacho de pervertido gusto.

Mientras los adornistas ejecutan sus tareas, el barrio entero se pone en movimiento para engalanar la calle principal, y para criticar la ornamentación de la iglesia á medida que avanza. ¿Se entrelaza grotescamente un paño de terciopelo púrpura cubierto de estrellas azules con una banda de seda verde sembrada de flores amarillas? El público chilla de satisfacción. En otro caso, si no le dan gusto, pateo y silba, apostrofando al adornista.

La víspera de la fiesta se viste á la venerada imagen; si es una Madona ó una santa, cuatro mujeres, de las más distinguidas penitentes del barrio, se encargan de esta piadosa tarea, cambiando las ropas de diario de la imagen, por las de gran ceremonia; si es un santo, la operación se realiza por cuatro caballeros. Tratándose de una santa, se rizan los cabellos de la peluca ó se la peina á la moda, y por la mañana del día de la fiesta, las artesanas rumbosas del barrio llevan sus joyas para embellecerla, no tardando la virgen en ostentar en cada oreja una veintena de pares de pendientes, cuajándose de broches su pecho, desapareciendo su cuello bajo multitud de collares, pendiendo de cada uno de sus dedos rosarios de sortijas, y mostrando cosidas á su falda no pocas cadenas de reloj con dijes de los más ricos especieros de la barriada.

El cuadro del altar mayor, única obra de arte respetada por los adornistas, no se libra de otras profanaciones, tenien-



do que someterse á un remozamiento, ya por un lavado de agua de miel, ya por fuertes refregados, ya por restauraciones, encargadas al vidriero de la esquina.

Desde la víspera del gran día, la plaza ó calle, y los alrededores del santuario, se ven invadidos por puestos de sorbetes, naranjas, dátiles, turrónes, panderetas, juguetes, linternas y callos y caracoles. El melonero es uno de los tipos más curiosos, y tiene que largar su retahila mientras cala sus sandías: «¡No creáis que he venido yo aquí por ganar dinero! Tengo que cumplir un voto. ¡El día de hoy tengo que dar la raja de sandía por menos de lo que me cuesta! ¿Véis? La pulpa es crema pura, y ¡el jugo es agua bendita! ¡La sandía de la derecha no puede abrirse, porque está reservada á su eminencia el cardenal-arzobispo; la de la izquierda tampoco, por estar destinada á Su Santidad el Papa! ¡Sólo la del medio puede calarse en honor del bienaventurado!»

La multitud, compacta é hirviente, se amontona en torno de los vendedores, que gritan hasta ponerse roncós. En el verano, para no perder vez, la gente pasa la noche en la calle, en medio de aquel barullo, y á lo mejor se arma una camorra entre el partido que encuentra mal adornada la iglesia y el que afirma que el adornista ha «casado» muy bien las telas y los colores. La gente se insulta, y la cuestión amenaza con tomar grave giro, cuando alguien entona de pronto la canción de moda, y los dos partidos, reconciliados, cantan á coro el estribillo. Las canciones, que son siempre eróticas, se ensayan el 7 de Septiembre, ahullándolas — no hay otra palabra posible — ante el portal abierto del santuario de Piedigrotta, y obteniendo el premio la de música más alegre y letra más picaresca, que luego se canta todo el año en los cafés, en los salones, por los pianos de manubrio y por las charangas militares. Hace dos años, la canción de moda fue la «Lección de solfeo»:

¡Maestro, ya no tengo voz!  
Do, re, mi, fa, sol, la, si, do.



Tengo un gato en la garganta.  
 ¡Es culpa de mi amigo!  
 ¡Ay, si supieras lo que me ha hecho!  
 Sol, la, sí, do, re, mi, fa, sol.  
 ¡Lo que me ha hecho, lo que me ha hecho!  
 Me ha cortado el silbato.  
 ¡Caro maestro, estoy cansada!  
 Fa, sol, la, sí, do, re, mi, fa.

Estas canciones de la calle alternan con las letanías del interior de la iglesia, formando el más completo contraste. El napolitano goza con esto lo indecible, y por eso no sabe vivir fuera de Nápoles, pues aunque le dieran, lejos de su golfo, aquel sol, aquel cielo y aquellas olas, sentiría la nostalgia del ruido, del barullo, de los colorines, de las iluminaciones, de los contrastes y de los petardos.

Llegado el día, comienzan á repicar las campanas una hora antes del alba, y siguen repicando y volteando todo el día; cuando el monago se cansa, diez aspirantes se disputan su relevo, alegando las más perentorias razones para obtener la preferencia: uno ha hecho voto de repicar para purgar sus pecados; otro es compositor de música, y especialista, por consiguiente, en repiques, y otro es sobrino en cuarto grado de la criada de la hermana del cura.

El rector organiza la procesión. Todo el mundo quiere formar en ella con cogulla blanca y un cirio en la mano, y es preciso ser persona conocida para obtener tal favor. Vestidos los *hermanos*, se saca á subasta el derecho de llevar el crucifijo, el estandarte ó uno de los bastones del palio.—¡A una lira la cruz!—¡Una lira y cinco céntimos!—¡Una lira, cinco céntimos y un manojo de cebollas.....!—Lo más honorífico es llevar el pendón: hay señores que pujan hasta las 50 ó 60 liras por tener la satisfacción de ir todo el día con la cabeza descubierta al sol, cargados con una pesada bandera. Es cosa corriente que el abanderado se detenga para dirigir chicoleos á las damas, y que vaya silbando aires de caza.



Preparada la procesión, el cura se las entiende con los jefes de banda, pues hay que contratar dos orfeones por lo menos, uno de vanguardia y otro de retaguardia. Las disputas vuelven á empezar, pues todos quieren ir acompañando á la imagen, hasta que el trato se hace, y por una friolera quedan contratadas las dos murgas que han de amenizar el acto, no sólo con sus desacordes músicas, sino con los picantes apóstrofes que han de dirigirse mutuamente durante la procesión.

La misa mayor suele ser cantada por un organista, un violoncelista, un contrabajo, dos tenores y dos barítonos, todos los cuales son coristas de teatro que no saben nada de música religiosa, y que ajustan el latín, como pueden, al aire de las óperas que saben, cantando el *Credo* con la música de *La donna é mobile*. Al alzar es costumbre que las dos murgas entonen juntas la *Marcha Real*; y aquello es el acabose de estrépito y de desacuerdo: el órgano conserva su bajo diapasón, la murga de Aliano toca en *mi* bemol y la de Marianela en *la*, y los instrumentos de cada una, no del todo acordes entre sí, están en tono distinto unos de otros; por fortuna, al tumulto de aquella cacofonía del interior viene á juntarse el estallido de las bombas y petardos del exterior, y la gritería consiguiente de la multitud que ahoga el estruendo de los murguistas.

Después de la misa sale la procesión. El pobre cura corre de un lado á otro para poner orden, y el desfile comienza á través de las estrechas y tortuosas calles, sembradas de cáscaras de naranja, de higos y de sandía; los farolillos gotean sebo y aceite, y los pilletes se agarran á las guirnaldas de vasos de colores para verterlos sobre los que pasan; uno resbala, otro se mancha y otro tropieza, y todos juran y vociferan, destacándose de aquel barullo los tacos de carretero de los portadores de la veneranda imagen, agobiados por el peso y por el calor.

Ante las tiendas de lujo la imagen se detiene, y el piadoso comerciante, honrado con aquella visita, ofrece al cura, después de una salva de cohetes, una caja de botellas ó de ma-



carrones, una camisa, un par de botas ó una caja de sardinas. Si la procesión parece hermosa, el público aplaude á su paso; si no gusta, los feligreses la silban estrepitosamente, sin perjuicio de arrodillarse al paso del santo ó de la Madona.

Para pagar murgas y cantores, adornistas y pirotécnicos, se procede á la subasta de los objetos regalados, pues no basta el dinero de la fábrica. Esta subasta no es lo menos curioso de la feria. Apilados los regalos, el encargado de la venta los presenta al público, encareciendo sus cualidades: «¡Hermanos míos!—dice.—El ilustrísimo Sr. D. Marcos Tormisa, hombre honrado y muy buen mozo, ha dado, por tener el honor insigne de llevar el crucifijo, la considerable suma de una lira y cuatro céntimos, y además este manojo de cebollas. Estas legumbres se venden; pero no creais que son hortalizas ordinarias como las que cualquiera pueda encontrar en el mercado; son cebollas benditas, santificadas y milagrosas. Curan, por simple aplicación, las caries de las muelas y los callos de los piés; si se coloca una cebolla encima de la cama de un calenturiento, la quinina más activa no le cura tan pronto.» Y así se vende todo lo que se ha recogido ante la apiñada multitud que se disputa aquellos regalos.

Llegada la noche, el pueblo impaciente grita para que se prenda pronto fuego á las ruedas y cohetes del pirotécnico. Y en la exigua plaza ó en la estrecha calle estallan las bombas con ruido ensordecedor, y los soles de fuego arrojan sobre la muchedumbre su lluvia de chispas, y los cohetes rompen las vidrieras de las casas ó saltan los ojos de los descuidados, y las bengalas ocasionan incendios. Pero, en medio de todo, la gente grita, y baila, y corre, y disputa, y aplaude, y silba, y se divierte, y se retira rendida á su casa, pensando en repetir la gresca al día siguiente.



## SOCIOLOGIA

CÓMO HAN DECAÍDO LAS NACIONES LATINAS.—En el paso de una á otra civilización, dice el profesor Sergi en la *Nueva Antología*, ocurre el desenvolvimiento de los progresos realizados, y una lucha abierta ú oculta por virtud de la cual las naciones quedan atrasadas en su evolución: aunque hayan sido las primeras en suscitarse, están fatalmente destinadas á la muerte.

Hay una paleontología social, como existe otra animal: naciones que vivieron en épocas antiguas, con leyes y formas sociales adecuadas á tales épocas, se extinguieron sin nueva resurrección, y sus descendientes son á modo de residuos incoherentes é inhábiles para reconstituirse en naciones, como los pueblos de los valles del Eufrates y el Tigris, ó los del Asia Menor y el mismo Egipto. Hoy son como tribus semisalvajes, más ó menos obedientes al imperio turco, pero refractarias á la civilización europea, mientras en medio de ellas persisten todavía los residuos incoherentes y deformados de sus antiguas tradiciones civiles, á manera de supervivencia tenaz que impide su asimilación á la civilización moderna.

Muchos han hablado de las causas de tan terribles derrumbamientos, atribuyéndolas á la corrupción y á la decadencia de los hombres, cuando éste es un efecto y no una causa de la ruina de las naciones. El fenómeno es complejísimo y muchas causas reunidas, sociales, étnicas é internacionales, contribuyen á la catástrofe; pero todas ellas pueden reducirse á una más comprensiva que á todas las abarca, y que se compendia en una sola palabra: el inmovilismo.

Cuando las sociedades progresan en el mundo y la civilización adopta nuevas formas, las naciones que resisten al movimiento progresivo y se inmovilizan, envejecen y mueren, no habiendo más que un medio para salvarse, que es el aisla-



miento absoluto, la evitación de todo contacto; de ahí la vida maravillosa, por lo larga, del imperio chino, que pertenece á la paleontología social y que, una vez rotas sus murallas, está destinado á perecer. El inmovilismo, pronto ó tarde, produce efectos fatales en todas las naciones. ¿Deberá atribuirse á esta causa la caída del imperio romano? Sergí así lo sostiene.

Las naciones que nacen pequeñas y crecen lentamente por propio vigor, se forman un clima social propio, adaptado á su naturaleza, creándose así sentimientos y costumbres nacionales. Así creció Roma. Pero no hay duda que en este período de crecimiento, las naciones sufren influencias de todas clases de las naciones vecinas ó lejanas, por sus múltiples relaciones. Una civilización no nace como un fenómeno de generación espontánea, ni nacida se alimenta, para crecer, de sus solos elementos nativos interiores, sino que sufre impulsos violentos ó pacíficos en su desarrollo, por su contacto con los demás pueblos con quienes se relaciona, y estas influencias exteriores serán asimiladas, si la nación tiene en sí misma gérmenes de vitalidad, en el momento oportuno de su madurez. Así se formó Roma, creando la civilización latina por la asimilación de elementos etruscos y griegos.

Roma adulta se sintió con tanta energía, que la derramó en todas direcciones, venciendo á las naciones vecinas y á los bárbaros é imponiendo á todos sus leyes y civilización. Pero, aun respetando costumbres y religiones de los pueblos vencidos, conservaba doquiera las formas sociales y políticas de la metrópoli, sin asimilarse ninguna otra. ¿Porqué había de modificarse ante los bárbaros vencidos un pueblo culto y señor? La Roma del imperio fue la misma Roma de Italia, inmóvil en sus manifestaciones sociales y políticas, sin sufrir otra influencia que la tardía de la Grecia artística é intelectual. Y no se diga que Roma imperial sufrió el influjo de los pueblos vencidos en los trajes ó en el lujo, pues tales influencias no pueden modificar el carácter social y político. Roma se inmovilizó como las vetustas naciones orientales, y esta inmovili-



dad apareció cual rigidez letal cuando ante la aparición del cristianismo Roma abandonó su habitual tolerancia y se convirtió en tiránica perseguidora del pensamiento.

Así perdía la gran Roma su plasticidad y fortaleza, pues no avanzar es un paso en el retroceder, quedándose atrás en el movimiento universal. Pero estas consideraciones son modernas, efecto de reflexiones póstumas, que no sabe hacer un pueblo vivo en el apogeo de su gloria, inspirado por su orgullo nacional, que le hace considerar sus instituciones como las mejores de todas. Los que encuentran la causa de la decadencia de Roma en la corrupción, en los vicios, en el lujo, no reflexionan que estos hechos pueden ser causas secundarias ó concomitantes de la decadencia de las naciones, y que sólo aparecen cuando la decadencia se halla muy adelantada, para precipitarla.

La Edad Media ha sido interpretada de muchos modos, pero es innegable que ha sido una era de nuevas formaciones nacionales y sociales y de transiciones entre lo viejo y lo nuevo que debía surgir de las ruinas de aquél. Los pueblos que fueron los antiguos creadores de la primitiva civilización se disgregaron, convirtiéndose en fragmentos de despedazado coloso, y se extinguieron como naciones, quedando como fósiles de aquellas sociedades paleontológicas. Roma difundió con la conquista su cultura, y los pueblos bárbaros supieron asimilársela modificándola según sus instituciones nativas, y entonces se produce un nuevo desplazamiento de la civilización, que pasa del Mediterráneo al centro, al norte y al occidente de Europa con movimiento lento que tarda siglos en llevarse á cabo.

El imperio romano se disolvía bajo los golpes de los bárbaros, pero no desaparecía de las tradiciones, del sentimiento y de los deseos del pueblo que había tenido la gloria de representarlo. Así, todos los que aspiraban á realzar la suerte de Italia soñaban con resucitar el muerto imperio, como Dante, Petrarca y Rienzo. Era el inmovilismo persistente que queda-



ba como aspiración del pasado y que contenía siempre el movimiento de avance, llegando á seducir á los Carlomagnos y Barbarrojas con su prestigioso nombre, si bien el resucitado imperio de estos monarcas era muy distinto del de Marco Aurelio ó Septimio Severo: un hecho nuevo con nombre viejo.

Los italianos, en vez de asimilarse las ideas nuevas y útiles que recibían ó surgían del contacto con los demás pueblos, se inmovilizaban cada vez más en el sentimiento de la renovada civilización latina. Cuando en el período del Renacimiento pudieron respirar mejor, tropezaron de nuevo con la tradición del eterno imperio romano, y la cultura rediviva fue vista á través del Olimpo greco-romano; no era un verdadero y propio Renacimiento, sino un aviejamiento que debía ser fatal, como lo fue, y como lo había sido la lucha fratricida entre güelfos y gibelinos, entre los partidarios del imperio tudesco y los del imperio papal, formas imperiales ambas de la vetusta aspiración inmovilizadora.

Y no se diga que una de las naciones latinas, la España de Carlos V y Felipe II, tuvo una especie de imperio romano, y que, por lo tanto, lo expuesto no basta á explicar el fenómeno de la decadencia de estas naciones: los dominios españoles fueron ensanchados más bien por enlaces regios que por conquistas reales, y la hegemonía efímera de España fue debida al descubrimiento de América, que trajo al pueblo español grandes riquezas y gran movimiento que quizá habría continuado si Felipe II, con su exagerado sentimiento religioso, secundado por el mismo pueblo, no hubiese precipitado la decadencia de España. Era siempre el mismo sentimiento, el inmovilismo, que, como España no había tenido un imperio romano, se manifestaba bajo el aspecto religioso de la intransigencia inquisitorial.

El inmovilismo en las naciones es semejante á un movimiento regresivo, porque, respecto al movimiento progresivo universal, quedarse parado es quedarse atrás. Así ha sucedido á las naciones latinas, y á Italia la primera, no siendo este fe-



nómeno privativo de algunas clases sociales, sino universal, pues aun hoy mismo, á pesar de los daños claramente señalados por los que ven sin prejuicios el movimiento civil europeo, el inmovilismo latino se manifiesta en todo, y singularmente en las leyes de enseñanza, que tienden á perpetuarlo y extenderlo, anacronismo fatal y ruinoso.

El fenómeno del inmovilismo que señalo en las naciones latinas, ostensible en Italia y España, y larvado en Francia por el florecimiento económico, implica consecuencias gravísimas. Mientras por el atraso general las naciones se empobrecen, quieren, sin embargo, tener apariencias de poderosas, revelando con ello más y más su debilidad y miseria; se intenta resucitar las antiguas glorias, y se sacan las viejas insignias como símbolo de grandeza; pero todo se hunde en una catástrofe que parece imprevista, como lo enseña España en su última guerra, y también Italia y Grecia. La decadencia por inmovilismo reviste un carácter general é invade todas las manifestaciones de la actividad, incluso las militares, y en el día de la prueba fatal todo falta: arte, ciencia, espíritu militar y resistencia; porque ha quedado la forma y no la substancia, la apariencia y no la realidad.

Sólo un camino queda abierto para levantarse: «¡Moverse por nuevas vías!»

## OCULTISMO

LO QUE ENSEÑAN LOS LIBROS DE MAGIA. —Con el propósito de establecer las relaciones que á través de los siglos y de las supersticiones ligan á los mágicos de otros tiempos con los psicoterapeutas y psicólogos de hoy, estudia Julio Bois en la *Revue des Revues* la psicología y enseñanza de los libros de magia, apoyándose principalmente en los documentos inéditos que ha encontrado en la Biblioteca del Arsenal. Varios de estos documentos, los más serios, antiguos y mejor escritos, pro-



ceden de los benedictinos, demostrando la existencia en los conventos de la enseñanza cabalística á título de entretenimiento más ó menos lícito. Sus títulos son pintorescos, siendo los más importantes *Las clavículas del rey Salomón, legadas á su hijo Roboam*; el *Gran Grimoire*, atribuído al Papa Honorio y célebre por sus prescripciones sacrílegas, y el *Enchiridion*, casi ortodoxo y que se supone fue regalado á Carlomagno por el Papa León III.

¿Qué contienen semejantes opúsculos? Supuestos secretos mágicos, recetas para adquirir ciertas ventajas materiales ó quiméricas: para ganar seguramente á la lotería, para librarse de quintas, para descubrir tesoros ocultos, fabricar oro, producir temblores de tierra, hacer granizar, tronar y llover, apagar un incendio, hacerse invisible, abrir las cárceles, etc. Este es el cebo, el anzuelo para pescar al vulgo, la retahíla del juglar. Pero si entraís en la barraca, allí descubriréis cosas más serias, bosquejándose allí la sugestión y la hipnosis. La avaricia, la envidia, la pereza y la lujuria, forman la piedra cuadrangular en que se asienta la iglesia del buen nigromante.

Las pobres mujeres, sobre todo, son las más apuntadas por las flechas psíquicas de los maleficios. ¡Qué de lazos les son tendidos en aquellas páginas! Allí se enseña el medio de obligar á una mujer á seguirnos, á hacer de ella cuanto se quiera y á bailar desnuda ante el público. Por supuesto, el hombre queda también sujeto á servidumbre semejante por medios análogos.

He aquí, según el *Enchiridion*, el «secreto místico para guardar los carneros»: «Escribid en pergamino virgen el Viernes Santo, durante la Pasión, *Otheos*; poned este escrito en el mango del cayado, y poniéndolo en pie no se irán los carneros.» Si se quiere sacar un buen número en las quintas, no hay más que decir, añadiendo tres *Padre-nuestros*: «Señor, que no habéis querido que vuestra túnica fuese desgarrada, sino echada á suertes, haced la gracia de librarme, hoy que me sorteo. Se-



ñor, libradme; Señor, libradme; Señor, libradme si tal es vuestra voluntad.» Para contener un incendio basta con decir: «Fuego de Dios, pierde tu calor, como Judas perdió su color cuando hizo traición al Señor en el jardín de las Olivas»; pero una nota marginal aconseja prudentemente no emplear la fórmula sino después de haber echado agua al incendio.

Lo que domina, sobre todo, son las recetas de amor: las hay insolentes, despampanantes y conmovedoras, para todos los gustos y temperamentos. ¿Cómo encontrar la mujer que nos conviene para esposa? No es muy difícil. «Tomad coral pulverizado y polvo de imán con sangre de pichón blanco; formad con ello una pasta que encerraréis en un ancho higo, envolviéndolo todo en tafetán azul; colgadlo de vuestro cuello, poned á la cabecera de vuestra cama una rama de mirto, y pronunciad esta oración: «Señor clementísimo, que habéis dado esposa á vuestro servidor Abraham y á su hijo, indicadme con quién me debo casar, por misterio de vuestro Espíritu, amén.» Por la mañana procurad acordaros de lo que habéis soñado, repitiendo esta operación tres viernes seguidos; si no veis nada, tanto peor: será señal de que debéis permanecer soltero.»

La manzana, la verbena y el sapo representan el primer papel en la magia escrita. El sapo hay que cojerlo bien vivo, durante el crepúsculo matutino de un viernes; se le ata por las patas de atrás á la chimenea, y, cuando esté bien seco, se le pulveriza en un mortero; luego se envuelven los polvos en una hoja de papel y se depositan detrás de un altar donde se diga misa, recogiénolos el tercer día á la misma hora; el efecto es fulminante: no hay más que poner un poco de este polvo en una flor, y cada mujer que la huela os seguirá á todas partes.» A veces no se trata más que de una simple fascinación. «Si estais enamorado de una mujer, aparentad que sacais su horóscopo, y hacedla que se acerque y os mire fijamente, de frente, entre los dos ojos; recitaréis algunas palabras bárbaras, y la pobrecilla, impresionada, obedecerá todas vuestras órdenes.»



Estos ejercicios sólo son absurdos para un escéptico irreflexivo, estando basados en las dos leyes de la analogía y de la asociación de las ideas. Aquellos cuya inteligencia es bastante crepuscular para adoptar tan singulares ritos, exaltan con ellos su propia pasión, haciéndose más enamorados. El mago emplea la sangre de los animales lascivos: la paloma, el gorrión, la codorniz; adopta la piedra de imán, que suscita la idea de la atracción; ordena cojer flores sobre la tumba de una virgen muerta de amor; elige la hora y el día de Venus, y lo combina todo para sugerir pensamientos eróticos.

Las acciones á distancia no son ya explicables por la sugestión ó por la hipnosis, sino por la telepatía. La telepatía, ciencia de observación reconstruída por la Sociedad de indagaciones psíquicas de Londres, no es más que el renacimiento de la antigua nigromancia, con la diferencia de que hoy se hace con sinceridad, científicamente y sin misterios, lo que antes se hacía con todo el aparato misterioso de la hechicería.

Nuestros actuales hipnotizadores, sugestionadores y magnetizadores, nuestros psiquistas y espiritistas pueden encontrar en los libros de magia no pocos de sus fenómenos y hasta de sus doctrinas. Si su habilidad es menor que la de sus predecesores, su moralidad, en cambio, es más grande, pues la charlatanería se mezclaba siempre en la Edad Media con la magia, culpa de los tiempos más que de los nigrománticos, que tenían que parecer algo juglares para escapar á los tiros de la superstición y á las susceptibilidades de la tiranía. Así, Cornelio Agripa tuvo que poner, sobre su rostro austero de filósofo, la máscara de libertino y de loco, para que se le dispensaran sus trabajos psicológicos. Paracelso tuvo que escribir en lenguaje inextricable, como Theofrasto, Aureolo y Bombasto, no sólo para impresionar la imaginación, sino para evitar cuestiones graves.

La teoría de la sugestión y del hipnotismo se encuentra perfectamente indicada en Agripa y Paracelso: *Tu es quod cogitas* «eres lo que piensas ser», dice Paracelso. Si me hacéis



pensar que estoy enfermo, lo estoy; sano, lo estoy. ¿Cómo puede ser eso? Por la voluntad, la mía ó la que se me impone. «La voluntad de un hombre—dice Paracelso—puede por su virtud, por su energía, obrar sobre el ser espiritual de otro hombre, combatirlo y someterlo á su poder.» «Sufrirás—dice—todo lo que sufra una figurilla de cera fabricada á tu semejanza; y no es tu cuerpo el atacado, sino tu espíritu; por eso los remedios reservados al cuerpo son inútiles: tal es la pena de la maldición.» «No te burles de estas cosas ¡oh médico!—exclama,—porque no sabes cuál es el poder de la voluntad.» Y ha sido preciso, en efecto, llegar á esta segunda mitad del siglo XIX para que los médicos reconociesen ese poder.

Cornelio Agripa, más lúcido que Paracelso, es también más preciso: «De un modo completamente natural—dice en su *Filosofía oculta*, vol. II, cap. VI,—sin ninguna superstición y sin mediación de espíritu alguno, es posible que un hombre transmita su pensamiento á otro.» Pero la sugestión le parece inseparable del hipnotismo, y quiere que la fuerza de la inteligencia vaya acompañada «de la acción, de los caracteres, de las imágenes, de las fórmulas mágicas y de ciertos experimentos maravillosos», para lo cual ha escrito, en efecto, en su libro IV un ritual que es un manual de hipnotismo y de sugestión incomparable, pues los agentes físicos no se emplean empíricamente como hoy, al azar, sino que están subordinados á una idea, llevando el sello de la inteligencia y sirviendo de vehículos á la fe.

En todos estos libros—dice el autor de *El Satanismo y la Magia*—palpita una religión á través de sus páginas, frecuentemente indescifrables para el simple curioso. Esa religión es sencillamente el paganismo, el culto de las fuerzas primitivas en forma de símbolos, como lo reconoce Marco Gregorio Mahers, un sabio hebraísta y egiptólogo que ha reconstituido, conforme á los manuscritos del Museo británico, las *Clavículas de Salomón*.

\* \* \*



APARICIONES Y MANIFESTACIONES DE MUERTOS.—¿Es la muerte un fin ó una transformación? ¿Existen ó no pruebas de la supervivencia del ser humano después de la destrucción del organismo vivo? Hasta hoy—dice Camilo Flammarion en la *Revue des Revues*—esta cuestión ha quedado fuera del cuadro de las observaciones científicas. ¿Puede abordarse por los principios del método experimental, al que debe la humanidad los progresos todos realizados por la ciencia? ¿No se puede tratar de investigar si ciertos hechos, correcta y escrupulosamente observados, son susceptibles de ser analizados científicamente y aceptados como reales por la crítica más severa?

No se trata aquí de los fenómenos de telepatía: la acción psíquica de un cerebro sobre otro á distancia es tan cierta como la atracción del sol sobre la tierra ó la influencia del imán sobre el hierro. En este momento mismo—dice Flammarion—tengo sobre mi mesa centenares de observaciones irrecusables, de autenticidad absolutamente científica. Pero si es verdad que en determinadas circunstancias puede señalarse la muerte de una persona por diversas manifestaciones á distancia, no sucede lo mismo con las apariciones y manifestaciones *después de la muerte*; de éstas trata especialmente el ilustre astrónomo en su artículo. Sea por apariciones en estado de vigilia, sea por audiciones de voces reconocidas, sea por sensaciones de tacto, sea durante el sueño, sea por evocaciones espiritistas, muchas personas afirman haber estado en comunicación con parientes ó amigos muertos. Lo importante es no negar nada caprichosamente ni admitir nada que no esté probado.

Entre los muchos testimonios que cita Flammarion en apoyo de la veracidad de su tesis, existen algunos que verdaderamente son dignos de mención por las circunstancias especiales que en ellos concurren. Tales son los siguientes:

Dos amigas se habían prometido mutuamente visitarse después de la muerte. Fallecida la primera, la segunda esperó varios días sin observar nada. Pero una noche, estando acos-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS



tada, con su habitación alumbrada por una lamparilla, vió á su amiga sentada en un sillón. Estaba vestida con una especie de capelina de capuchón, que sorprendió á la observadora por no haberla nunca visto aquel abrigo. Cuando hubo desaparecido la visión, la señora P..... supuso que sería una alucinación. Pero habiendo venido á verla la hija de la difunta, supo por ella, con gran sorpresa, que su madre había sido sepultada con una pelliza de capuchón que sólo se ponía por las noches, cuando estaba completamente sola y que prefería á toda otra vestidura. Esta aparición ocurrió varios días después de la muerte, y el hecho sucedió en Lyon, habiendo sido atestado por el Sr. Castex-Dégrange, Director adjunto de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Un religioso, amigo de mi padre — escribe á Flammarión la señorita Pothier, de París — debió su vocación á un hecho extraño. Vió en sueños á su hermana, aparecérsele después de su muerte, apoyada en el ángulo de una mesa y quejándose de que sufría horribilmente. Aunque creyéndose bajo la impresión de una simple pesadilla, su asombro fue tan profundo que en cuanto se levantó al rayar el día, aquel joven fue á ver el sitio en que su hermana se había apoyado, y allí estaba la huella de la mano, claramente dibujada en la mesa.

En 1895, en Bosset (Dordoña) muere una señora, dejando una niña de cuatro años, que fue recogida por su tío, un buen labrador. Dos años después estaba éste segando con su mujer y su hija, y la huérfana estaba junto á ellos; el campo se hallaba al descubierto, y nadie hubiera podido acercarse sin ser visto. De pronto, las cuatro personas oyeron distintamente un «buenos días» pronunciado con voz triste y lenta, en la que el labrador, su mujer y su hija, reconocieron la voz de la difunta. La niña preguntó quién acababa de decir «buenos días», pues no se veía á nadie.

En Noviembre de 1893, en Bruselas, una niña de tres años estaba atacada de garrotillo; se acercaba su fin, cuando hacia las siete de la noche, la niña, que se hallaba desde por la ma-



ñana en estado comatoso y que no había abierto la boca, se incorporó con un esfuerzo, miró fijamente hacia delante, y recobrando la voz gritó, señalando con el dedo la ventana: «¡Abuelito está ahí! ¡Haced sitio! ¡Haced sitio!» Aquel abuelito había muerto hacía ocho meses.

La señorita Courtés, de Marmanda, refiere que, con motivo de una herencia, todos los hijos querían poseer el sillón en que su padre había fallecido, cuando una de las hijas tuvo la ocurrencia de hacerlo fotografiar, mostrando la fotografía la imagen del difunto sentado en aquel sillón, tal como estaba en el momento de su muerte.

El alcalde de Maulay (Vienne) estaba en su granero quince días después de la muerte de su padre, cuando se sintió violentamente zarandeado en el momento mismo en que se hacía una reflexión desatenta sobre el autor de sus días.

La señora Delvert escribe que en el convento en que fue educada, una joven se negó á continuar habitando en su celda, porque una monja la había asustado. Aquella monja no era de las que había en el convento: era alta, delgada, pálida y había dado vuelta á la celda con aire inquisidor. La enseñaron la fotografía de una hermana que había muerto allí dos meses antes, y la joven la reconoció declarando que era la misma que la había asustado.

Acababa de perder—escriben de Burdeos—un hijo de diez y seis años. Algunos días después, su hermano menor, de cinco años, jugando solo en una habitación con su caballo de cartón, llegó precipitadamente diciéndome: «Acabo de ver á Gastón; estaba sentado y me miraba jugar; me ha dicho que fuese bueno, y luego se ha marchado sin querer entretenerse conmigo.» El niño, que tiene hoy veinte años, tiene siempre presente este recuerdo.

Una joven paralítica—escribe Vivoux, de Digne—pasaba frecuentemente las tardes en casa de mi tía. Mis primos, conociendo su buen carácter, y gustando de bromear, se chancaban á veces sobre la situación de la pobre joven en el otro



mundo. «No parece que creéis mucho en ello — replicaba la joven sonriendo, y os burlais de mí; pero estad tranquilos, que cuando me muera, ya vendré á meteros miedo.» Poco tiempo después murió. Se pasaron algunas semanas y nadie pensaba en su amenaza, cuando en la puerta de un armario se produjo un ruido inexplicable, como una serie de golpes dados con intención. Mis primos examinaron el mueble y no encontraron nada; pero á un gesto de impaciencia que hicieron, el ruido se reprodujo tan violentamente, que retrocedieron asustados.

Mi abuela—dice C. R. de Pau—oyó á su padre, muerto, llamarla por su nombre. «No tengas miedo, la dijo, soy yo. Vengo á decirte que se me ha olvidado pagar 5 francos á Bautista; vive en la aldea de B.....; págale esa cantidad y descuéntale 10 sueldos por una pilita que ha roto.» Mi abuela quedó á la vez sorprendida y angustiada. Fué algunos días después á la aldea de B....., y encontró á la mujer del criado Bautista, que la dijo: «Ese pobre señor ha muerto sin habernos pagado los 5 francos que nos debía.» Cuando estaban en esto llegó Bautista. «¿Y no había usted roto algo en la casa?—preguntó la abuela.—Sí—contestó el criado;—una pilita de agua bendita que podría valer 10 sueldos.»

Una señora—escribe Berta Sermiquet, de Shrewsbury,—propietaria de una antigua casa solariega, deseó hacer fotografiar una habitación que en otro tiempo era el gabinete particular de su abuelo. Se colocó el aparato, y como había que tenerlo puesto algún tiempo por la poca luz, todo el mundo se retiró. Cuando se hubo desarrollado la fotografía, se vió una forma humana, como una sombra, sentada en el sillón que solía ocupar el abuelo. Se hizo llamar á un antiguo amigo de la casa, y éste reconoció las facciones de su amigo, muerto hacía muchos años.

La señora María de Thilo, doctora en Medicina de Saint-Imier (Suiza), dice lo siguiente: Un joven oficial ruso que estaba sentado al piano un día de fiesta cantando y acompa-



ñándose, se levantó de pronto pálido, con los ojos desencajados. Todos le rodearon, preguntándole; era que veía una mujer de rara belleza en el dintel de la puerta, que le hacía señas de que la acompañase. Como nadie la veía más que él, trataron de disuadirle; pero el fantasma reapareció por segunda y por tercera vez, esta última de rodillas é implorando la siguiese. El oficial no resistió más, y seguido por todos los concurrentes, marchó detrás del fantasma. Este salió de la ciudad, siguió la carretera durante veinte ó treinta minutos, volviéndose para ver si venían con él, y llegado junto á un foso bastante profundo, desapareció. Pusieron piedras para reconocer el sitio, y al día siguiente los oficiales volvieron con soldados, que se pusieron á cavar en el foso. Se encontraron en él dos cadáveres, una joven de gran belleza y un joven. Era un matrimonio que había sido asesinado en su viaje de bodas por el postillón, habiendo sido descubierto y ejecutado el asesino.

Una cuñada de mi madre que vive en París—dice Cunfin de la Flecha,—vino á vernos al Jura. Al siguiente día, por la mañana, nos contó que no había podido dormir porque había tenido delante una vieja apoyada en el pie de la cama. Describió exactamente su peinado, el color del traje y otros detalles, y resultaron corresponder todos á los de cierta señora B., que había ocupado aquella habitación y había muerto en ella mes y medio antes. La cuñada de mi madre no la había visto nunca ni había oído jamás hablar de ella.

Era yo entonces muy joven—escribe Jouvieu, de Valparaíso—y dormía en la misma habitación que mi madre. Mi cama estaba colocada enfrente precisamente de la puerta, que daba á un corredor. Una noche me hicieron acostar temprano, como de costumbre, acompañándome mi madre con una bujía, que dejó en la mesa, retirándose en seguida para acabar de pasar la velada con el resto de la familia. Yo estaba sentado en la cama, vacilando en meterme bajo las sábanas, cuando, al levantar al azar los ojos, vi al extremo del corredor una



vieja que venía hacia mí, y que tomé al pronto por mi abuela. Distinguía claramente, en la sombra en que se hallaba, todos los detalles de sus vestidos. El asombro que experimentaba al ver que era una persona completamente desconocida, se cambió en terror cuando la aparición entró en el cuarto, y allí, aunque en plena luz y distinguiéndola tan claramente como antes, veía yo los muebles á través de su cuerpo. El fantasma se adelantó hasta el pie de la cama, y entonces no pude menos de gritar. Todos acudieron; conté lo que acababa de ver, y se rieron de mí, diciéndome que había soñado; pero jamás se ha borrado esto de mi memoria.

Me había hospedado—dice el conde H. de M.—en una fonda de Londres. Una noche, leyendo una obra de lord Lytton, observé ante mí, sentada en un sillón, una anciana señora con traje obscuro, la cabeza inclinada hacia adelante, con frente roja de hinchadas venas, llevando un gorro ridículo, adornado con dos ramitos de violetas y de cucos; aquella cabeza era presa de movimientos convulsivos, y á cada sacudida las flores caían sobre la sien izquierda de un modo completamente risible. Al día siguiente pregunté á la dueña de la fonda si entre sus huéspedes había tenido alguna vez algo semejante. Mi pregunta pareció contrariarla; pero, al fin, me confesó que aquella anciana señora había muerto en mi habitación seis meses antes, que se llamaba miss King, que pocos días antes de su muerte había sufrido terribles accesos de tos, y que precisamente llevaba entonces un gorro con aquellos dos ramitos que la daban tan ridículo aspecto.

En todas estas impresiones, sensaciones y observaciones hay un fondo real, y no sería lógico, ni correcto, ni científico, rechazarlas de plano porque su explicación es difícil. Claro es que no tienen el rigor de las demostraciones matemáticas ni de los experimentos de física ó química; pero contienen elementos humanos más ó menos precisos que deben pesarse y compararse. Declarar que no son más que sensaciones imaginarias de cerebros enfermos sería evidentemente un error,



tanto más cuanto que, en general, lejos de ser consecuencia de determinadas preocupaciones, se presentan espontáneamente con gran asombro de los observadores.

### IMPRESIONES Y NOTAS

EL PAPEL DE LA PRENSA.—Con este título estudia Arturo Mailet en la *Francia de mañana* la influencia decisiva que en el espíritu público ejerce la prensa periódica, comparándola á la del magnetizador sobre el magnetizado, y mostrando cómo los lectores se apasionan y exaltan cuando los periódicos se exaltan y apasionan, obrando cada diario sobre su clientela como un electricista sobre sus aparatos.

Que hasta tal punto se vea así privado todo un pueblo de su libre arbitrio, moviéndose á impulso de las excitaciones del periódico que lee, es seguramente un fenómeno curioso, pero que podría explicarse por la confianza ó el respeto inspirados por la prensa. Lo extraño, sin embargo, y lo anómalo del caso está en que, si se pregunta á quien quiera que sea sobre la estimación que la prensa le merece, os habla de los periódicos en los términos más despreciativos, y lo menos que de ellos dice es que mienten y se venden. ¿Cómo explicar esta contradicción? Únicamente por nuestro sistema de educación y nuestro régimen de vida, que nos hace esclavos de las palabras que oímos por la imposibilidad de comprobar su exactitud: despreciamos á nuestro guía, pero le seguimos como sigue el ciego al perro que le sirve de lazarillo.

¿Qué hacer en tal situación? Sería pretensión vana querer transformar la prensa; pero cambiemos nosotros, y ella cambiará. Un periódico es un negocio, y ningún comerciante vende en su tienda lo que no gusta á sus clientes.

\* \* \*



FABRICACIÓN DE LÁMPARAS INCANDESCENTES.—Sobre tan interesante punto, publica Becerro de Bengoa en *La Naturaleza* un curioso artículo.

Las lámparas incandescentes requieren multitud de operaciones á cual más delicadas y de mayor precisión: un obrero hace el globo de vidrio, otro el hilo de carbón, otro los enganches de platino ó aluminio, otro la base ó ajuste, otro la cápsula de tornillo ó de bayoneta, etc., todo bajo la dirección de los encargados de las operaciones exigidas para la fabricación y colocación de cada una de estas partes de la lámpara.

El filamento destinado á dar la luz por la corriente que lo pone en incandescencia, se fabricaba antes carbonizando una fibra de bambú; pero hoy se obtiene disolviendo algodón en cloruro de zinc y formando así una especie de colodion muy espeso, que se hace pasar por tubos muy finos de vidrio, dejándolos luego caer en agua fría, donde se coagulan formando delgadísimos filamentos, y dándoseles entonces la longitud y curvatura que han de tener en la lámpara. Para carbonizarlos sin que se quemén, se los envuelve en polvillo de carbón, se colocan en cajas refractarias, y se meten en hornos de elevada temperatura, que les hacen perder todas sus substancias volátiles; como, á pesar de todos los cuidados, nunca quedan iguales en diámetro, sino que mirados al microscopio presentan grandes desigualdades, y esto facilitaríá su ruptura, se les refuerza é iguala calentándolos en un recipiente lleno de gas del alumbrado, cuyo carbón se deposita en el hilo, dándole así más igualdad y resistencia. Para juntar un kilo de hilo incandescente del de las lámparas de 10 bujías y 110 volts, que tiene 15 centímetros de longitud por 4 centésimas de milímetro de diámetro, se necesitan 714.000 hilos; así que nada tiene de extraño que un kilo de hilo de esta clase cueste 7.000 duros.

Fabricado el hilo, se sujeta por sus dos extremos á dos hilos de platino que atraviesan la base de la lámpara para ponerse en comunicación con la corriente, siendo preferido este



metal por su relativa infusibilidad é inalterabilidad, y por lo bien que se suelda con el vidrio, por ser casi iguales sus coeficientes de dilatación. Hecho esto, se colocan los extremos del hilo en una especie de anillo de vidrio fundido, uniendo en seguida todo ello en caliente á la bomba, y cerrándola al enfriarse con sólo dar una vuelta al aparato, asegurándose el cierre perfecto por medio de varios tanteos.

No se ha terminado con esto, pues hay que hacer el vacío, sacando del interior de la bomba todo el aire que contenga; para ello se introduce una corriente en el hilo, que centellea un instante y consume todo el oxígeno interior; en seguida, por medio de la llama del soplete, se separa la bomba del tubo hueco que ha servido para manejarla, y el cierre queda perfectamente hecho. Se coloca entonces la base de la lámpara en un pie de latón que contiene una masa aisladora, y queda el aparato terminado.

\*  
\* \*

LA CARACTERÍSTICA DE LAS ÉPOCAS LITERARIAS.—Jorge Renard, en la *Revue de Paris*, hace constar que varios períodos de la historia literaria revelan la existencia de un temperamento dominante que constituye la característica del período, y que se halla determinado por diferentes influencias más ó menos permanentes y decisivas.

Así, en la segunda mitad del siglo XVIII domina la sensibilidad con Vauvenargues, Bernardino de Saint-Pierre, Rousseau, Condillac, Diderot y Voltaire, que no admite que una pieza no haga llorar, mientras otras veces ha dominado lo burlesco con Scarron y Cyrano, reflejándose hasta en el exterior de las personas con las grandes narices de Condé, Fouquet, San Vicente de Paúl y Cyrano. Hechos puramente materiales influyen en la historia literaria, y la invasión del cólera, por ejemplo, produce libros como la *Lucrecia Borgia*, de Víctor Hugo, ó *El Judío Errante*, de Eugenio Sué, de colorido fúne-



bre, como el neurosismo de nuestros días da lugar á la efímera aparición de la poesía decadentista.

Según las épocas, parece como que la supremacía intelectual se complace en recorrer determinadas provincias. Así, en el siglo XVI triunfa la Turena con Rabelais, Ronsard y Du Bellay; como después aparece privilegiada la Gascuña y la Guyena con Montaigne, la Boetie y d'Aubigné; y luego la Normandía con Malherbe, Corneille, Rotrou y Scudery, y en el siglo XVII la Isla de Francia con Retz, la Rochefoucauld, Scarron, Molière, Boileau, Lafontaine, Racine y La Bruyère. Los climas mismos ó los accidentes geográficos parecen también gozar cierta especie de turno de moda ó predominio, viéndose en el siglo XVIII dominar en la literatura descriptiva las islas, en la primera mitad del siglo XIX los lagos, en la segunda el mar, etc.

Hay en todo este trabajo de Renard algún atisbo feliz y no pocos hechos curiosos; pero, en general, peca de exceso de generalización, como todos los destinados á establecer entre la raza ó el clima y la producción literaria una relación de causa á efecto.

\*  
\* \*

EL SIGLO DEL AIRE LÍQUIDO.—Así titula Roux al siglo XX, presumiendo, no sin razón, que las aplicaciones de este importante descubrimiento, por su número y su trascendencia, han de ser tales que llegarán á revolucionar las condiciones de nuestra vida material.

El aire líquido, ayer mera curiosidad de laboratorio, ha entrado ya en el dominio del comercio ordinario, y para el año próximo será seguramente de uso tan familiar como la electricidad ó el vapor. Sus primeras aplicaciones, con las que comenzará la conquista del imperio que le está reservado, son las del abanico automático, el aparato refrigerante y el explosivo de última novedad: siempre al lado de la vida la muerte.

E. M.—*Octubre* 1899.



El inventor del abanico ó ventilador de aire líquido es Ostergren. El aparato inventado en Junio es sencillísimo, y se reduce á un recipiente circular de bronce, que contiene el aire líquido, y sobre el que se apoya una especie de trompa espiral rematada por un abanico de metal; el líquido desprende un vapor que, al contacto con el calor de la atmósfera, se dilata moviendo las alas del abanico, por cuyas ranuras se desprende, refrescando el ambiente. Sus ventajas indiscutibles sobre los ventiladores eléctricos, son las de que éstos no hacen otra cosa que agitar el aire de la habitación, y aquéllos no sólo lo agitan, sino que lo refrescan y purifican con sus elementos propios de frescura y pureza, siendo, por otra parte, sumamente económico, pues se calcula que el gasto para refrescar con aire líquido un taller donde trabajen 20 obreros no pasará de un franco diario.

Como materia refrigerante, nada puede compararse con el aire líquido, obtenido á 312 grados Fahrenheit bajo cero. Para la conservación y transporte de carnes y pescados, el aire líquido reúne condiciones inmejorables, con la ventaja sobre el hielo de que se conserva siempre perfectamente seco, sin humedecer por consiguiente las substancias conservadas, como sucede con el hielo ordinario al fundirse, y sin contar con el gran espacio que el hielo necesita para el transporte en las cámaras refrigerantes, espacio que el aire líquido deja libre casi por completo, y que puede ocuparse con mercancías.

Los cañones de aire líquido dejarán también muy atrás los sistemas actuales, y la pólvora, la dinamita y el aire comprimido, serán reemplazados con ventaja por el aire líquido, que servirá también para las curas antisépticas, para los embalsamamientos, etc.

\*  
\* \*

MAX NORDAU Y LA PAZ UNIVERSAL.—El original Max Nordau dedica en la *Deutsche Revue* unas cuantas notas á la Con-



ferencia de la paz, preguntándose irónicamente qué sería de los cuervos humanos si la paz eterna llegara á ser una realidad, y en qué gastarían su exceso de fuerza si no hubiera guerras.

«Los belicosos—dice—tienen que satisfacer una necesidad orgánica, y la satisfarán siempre, á despecho de todas las Conferencias de la paz, sin que esto quiera decir que la Conferencia del Haya sea inútil. No puede cambiar los tigres en cordeiros, pero puede hacer menos buenas las condiciones de la vida bélica, y por ende disminuir el número de los tigres y debilitarlos, pues cuantos menos placeres y delicias ofrezca la guerra, más reducido será el número de los que la deseen.»

Cuando los vencedores se comían á los vencidos, nada había que pudiera apartarlos de las expediciones guerreras, y aun ahora es más fácil exterminar completamente las razas antropófagas del Africa y Australia que inspirarles sentimientos pacíficos. Cuando, después de la batalla, eran los prisioneros martirizados por sus vencedores y entregados, por último, al degüello, la guerra tenía muchos más atractivos que cuando más tarde se abolió semejante costumbre. Cuando después de la matanza, los vencidos eran reducidos á esclavitud ó tenían que pagar un rescate, la guerra era más apetecida que ahora, que no se tiene en el cautivo más que una carga sin provecho. Cuando en las ciudades tomadas, los habitantes eran saqueados y las mujeres violadas, un sitio abría el apetito, y un asalto era una fiesta, mientras que hoy, la rendición de una fortaleza nada ofrece de orgiástico.

Si se quita á un soldado en campaña, ó sobre el campo de batalla, el derecho á la matanza y á la destrucción, obligándole á someterse á las leyes y á respetar la vida de otro, la guerra pierde todo el atractivo que tiene para los temperamentos belicosos. De todas las voluptuosidades que puede satisfacer una guerra exenta de los frenos establecidos por principios de derecho natural, no queda más que el amor al peligro, infinitamente menos apetecible que los goces del saqueo y de la matanza.



Es dudoso que los arbitrajes lleguen jamás á impedir la guerra. En cuanto á saber si la guerra es en adelante imposible, habría ante todo que hacer el experimento. Pero lo que sí es posible es que se llegue á disgustar de la guerra á la minoría que todavía se apasiona por ella y que no la quiera ya, una vez despojada de todos los encantos que le ofrece.

\*  
\* \*

LOS TELEGRAFÓFAGOS.—La palabra es nueva, como la cosa, y hemos tenido que inventarla para dar nombre á los comedores de telégrafos, pues hay, en efecto, animales que utilizan los telégrafos, ya como alimento, ya como morada.

Uno de los más curiosos de estos animales, según dice Coupin en la *Revue des Revues*, es el *melanerpes formicivorus*, de Méjico y California, pájaro que desde que se han instalado en la región en que vive los postes telegráficos, se dedica á picarlos y agujerearlos para establecer en ellos su residencia y graneros de invierno. Para ello hace tres especies de agujeros: en uno, de siete á ocho centímetros de diámetro, se establece el macho; en otro, sesenta centímetros más abajo, la hembra con su cría, y en la parte alta el poste se halla completamente acribillado de agujeros, llenos de bellotas, provisiones de invierno del melanerpes; en alguno de los postes atacados no se han contado menos de 700 de estos agujeros.

En Noruega los *picos*, oyendo el zumbido que el aire produce en los postes, creen que hay dentro un enjambre de insectos, y empiezan á darle picotazos rabiosos para encontrarlos, haciendo en ellos agujeros de siete á ocho centímetros, hasta que se convencen de que no hay nada dentro. También los osos se dejan engañar por el mismo zumbido, y creyendo que los postes contienen colmenas, los minan y golpean por la base hasta derribarlos.

En América los papagayos hacen también pasar muy malos ratos á los telegrafistas, pues con su afición á ejercitar su



pico, se entretienen en roer la madera en torno de los tornillos que sujetan los aisladores de porcelana, hasta que éstos se desprenden. Otros muchos pájaros, sin atacar precisamente á los telégrafos, producen en ellos graves perturbaciones, colgando de ellos sus nidos, tan numerosos á veces que si los empleados no los quitaran acabarían por inutilizarlos, como sucede en el Brasil, sin contar con que, en tiempo de lluvias, estos nidos humedecidos ponen en comunicación unos alambres con otros y hacen que se reciba en Río Janeiro un telegrama dirigido á Méjico. Las mismas derivaciones se producen con las telarañas y con los nidos de las abejas albañiles, que cargan de lodo los aisladores y hacen que la corriente se ponga en comunicación con el poste y con la tierra.

Todos estos animales, y la multitud de insectos perforadores, van pronto á verse chasqueados con la invención de la telegrafía sin hilos, que es para ellos la telegrafía sin postes.

\*  
\* \*

GAROFALO Y LA TEORÍA DEL CRIMEN Y DE LA PENA.—La cuarta edición que Alcan acaba de editar del libro de Garofalo sobre *La naturaleza del crimen y la teoría de la penalidad*, reproduce las teorías del ilustre criminólogo italiano, uno de los jefes más caracterizados de la escuela penal positivista.

En todo hombre pueden distinguirse dos sentimientos primordiales: el de la *piedad*, que le inclina á evitar sufrimientos á sus semejantes, y el de la *probidad*, que le impide arrebatarse lo que le pertenece.

El delito que muestra la ausencia de uno de estos sentimientos ó de ambos en el delincuente, es el delito *natural*, pudiéndose definir al criminal como «el hombre en quien hay ausencia, eclipse ó empobrecimiento de los sentimientos de *piedad* ó de *probidad*.» El criminal es un ser moralmente anormal que no puede adaptarse á la sociedad en que vive, estando privado de sentido moral. Hasta en lo físico se revela



la anormalidad, pues el criminal suele ser feo, repulsivo, de poca frente, etc.

El derecho social de castigar no estriba en la necesidad de corregir, ni de intimidar, ni de hacer expiar al criminal sus actos reprensibles, sino en la necesidad que la sociedad siente de defenderse de quienes no pueden adaptarse á sus condiciones de vida.

No importa, pues, que el criminal sea ó no responsable: loco ó cuerdo, sus actos demuestran que carece de sentido moral, y que, no siendo susceptible de adaptación, la sociedad tiene el derecho de imposibilitarle para que la dañe.

Tampoco importa que el acto criminal sea más o menos reprensible desde el punto de vista de la justicia absoluta. La cuestión que hay que plantear es ésta: ¿Es susceptible el criminal de adaptación ó no? Si la adaptación es imposible, el mejor medio de impedir nuevos crímenes es eliminarle, y el procedimiento de eliminación más perfecto para el criminal no loco es la muerte. Si hay esperanza de adaptación, deberá sometersele á la relegación hasta que se adapte, sin perjuicio de la indemnización á su víctima.

Si el acto culpable no prueba suficientemente las condiciones de adaptación del reo, éste no deberá ser encarcelado: pagará una multa al Estado y una indemnización al lesionado, en relación con su estado de fortuna y con el daño producido, y si el reo fuera insolvente, se le hará trabajar, vigilado por la autoridad, hasta que pague su deuda.

FERNANDO ARAUJO.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Dello stato presente del diritto internazionale e dei suoi futuri progressi,** per Eduardo Cimbali. Prolusione al corso di diritto internazionale, letta il giorno 14 gennaio 1897, nella R. Università di Macerata.— Roma, Fratelli Bocca, editori, 1897.—Un folleto de 28 páginas.

Hállase escrita esta *prolusion* con el mismo espíritu con que lo están otros trabajos del mismo Cimbali, de que á su debido tiempo se dió cuenta (en la *Revista de Legislación*), á saber: manifestando que lo que hoy se llama «Derecho internacional», no es sino el predominio y la glorificación de la fuerza; que por esa razón hay Estados que representan la *expresión*, y otros que representan la *opresión* de la independencia de los pueblos, Estados *conquistadores*, Estados *cárceles* y Estados *esclavos*, y que solamente existirá un Derecho internacional, verdaderamente, cuando sea la voluntad libérrima de los individuos y de los pueblos la forma única de constituirse los Estados, cuando éstos se agreguen á otros y se desagreguen de ellos tan sólo por su espontánea voluntad (forma: el plebiscito, que es lo que debe reemplazar á la conquista y la violencia), y cuando para asegurar la independencia, la libertad y los demás derechos de los Estados, formen éstos, no un Estado federal, sino una confederación, y establezcan un poder superior y común á todos ellos, encargado de hacer que vivan vida realmente jurídica y que sea la razón y el derecho, en vez de la actual violencia, el fundamento de sus recíprocas relaciones.



El propio autor reconoce que hoy por hoy su aspiración no pasa de tal, es un ideal lejano; pero esos ideales son justamente los que han servido siempre para hacer marchar hacia adelante y hacia arriba á la humanidad, y en su nombre es en el que se han realizado los actos y los acontecimientos más laudables y trascendentales. «Idealistas» como el profesor Cimbali es lo que necesitamos, y sobre todo, nosotros los españoles.

P. DORADO.

---

**La Nozione scientifica del dicentramento amministrativo**, por Carlos F. Ferraris.—Un vol., 61 págs. Venecia, Ferrari, 1898.

El problema de la descentralización vuelve á ser estudiado con más detenimiento, y con un sentido más profundo y científico que lo fue allá por los tiempos del doctrinarismo francés. No en vano se ha dejado sentir el influjo de los procedimientos históricos y positivos, y de las mismas concepciones sociológicas, en la ciencia política. La causa determinante del interés que actualmente despierta en algunos países, como Italia, el problema de la descentralización, está, sin duda, en la necesidad sentida con gran fuerza, de rectificar de un lado el criterio absorbente, según el cual, por imposición de las circunstancias, se ha organizado la vida local, y de otro el criterio jerárquico á que obedece el funcionamiento pesado, ruinoso é insoportable á veces, de la burocracia.

La monografía del insigne tratadista señor Ferraris, acerca de la descentralización administrativa, es uno de tantos indicios como revelan el interés actual que el problema tiene. «El hecho—dice—de haberse renovado recientemente las discusiones sobre el problema de la descentralización administrativa, nos ha inducido á exponer algunas consideraciones para contribuir así á la formación de una teoría de la misma.» Y en el desarrollo de estas consideraciones, empieza el autor por fijar el valor de los términos y los límites de su estudio. Criti-



cando la idea de Laccava y Saulo Romano, el señor Ferraris distingue entre descentralización y autarquía local, distinción que, con otros nombres, hemos mantenido nosotros en nuestros estudios de derecho administrativo, y que estimamos necesaria para evitar muy lamentables confusiones teóricas y prácticas. Así, las consideraciones que constituyen el fondo interesantísimo de este folleto, tan recomendable, se distribuyen para explicar estas dos formas de organización del Estado, á saber: la *descentralización jerárquica*, esto es, el sistema por virtud del cual el Estado confía á la administración gubernativa local atribuciones que, por su naturaleza, pueden ser confiadas ó dejadas á la administración gubernativa central, y la *descentralización autárquica*, que aplica á algunas circunscripciones territoriales el principio de la autarquía, esto es, de la libre manifestación de su actividad en la esfera de acción que la ley les designe.

A. POSADA.

---

**Precis de quelques campagnes contemporaines**, par le Commandant E. Bujac. La guerre hispano-americaine. — París, Henri Charles Lavan- zelle.

Gracias á la amabilidad de su autor, hemos recibido el libro que lleva el anterior título, cuyo tema, no contrayéndose á la guerra hispano-americana, abarca la última insurrección cubana, y la filipina. Examina los hechos de estas tres contiendas en su aspecto político y militar sin descender á detalles que no caben en un libro de 400 páginas, pero resultando un cuadro de conjunto bien desarrollado, escrito concienzudamente, pues demuestra el autor haber leído mucho de cuanto acerca de estas tres campañas se ha dicho por españoles y extranjeros, y expuesto con orden, método y elegancia.

Si bien tiene el libro carácter militar, resulta en él predominante el aspecto político de los sucesos. Así había de ser forzosamente dadas las dimensiones de la obra, que al abarcar



varias campañas no puede descender á muy extensas consideraciones sobre la ejecución de las operaciones. Latino de corazón y amante de la verdad y la justicia, pónese el autor decididamente de nuestra parte al juzgar las causas que de la guerra cuentan americanos y españoles; señala á la execración universal los procedimientos rastreros de la diplomacia yankee, los abusos del Cónsul general en la Habana, la doblez demostrada en el asunto del *Maine*, la repugnante hipocresía con que so capa de humanitarismo se emprendió una guerra lisa y llanamente de conquista, lanzando á la faz de todas las naciones un insulto al derecho y á la razón, y demostrando al llegar á la lucha que las fuerzas militares de los Estados Unidos merecen escasa consideración así por lo que respecta á instrucción y aptitud para empresas guerreras, como por el escaso respeto demostrado á las prácticas que rigen las contiendas entre países civilizados.

Al juzgar á los españoles, achacando los reveses á deficiencias de preparación y á *maleficios de nuestra política*, exculpa á las fuerzas armadas de muchos de los cargos contra ellas formulados; y aun cuando entendemos que alguna vez entusiasmado con el indudable valor demostrado por las tropas españolas, llévale su simpatía hacia nosotros á extremar su benevolencia más de lo justo, recomendamos tales juicios á los que en esta tierra comienzan á arrojar culpas que son de todos, sobre quienes durante años y años han combatido por nuestra bandera, y no podemos ser muy severos con el comandante Bujac por darnos muestra de simpatía, que todo español ha de agradecer como merece.

Los que han luchado en Cuba y Filipinas no podrán olvidar las cariñosas y honrosas frases con que, *en castellano*, les dedica el autor este libro; y no habrá español ausente de su desgraciado país que no se conmueva al leer el testimonio de respeto que á los soldados de la España caída y humillada rinde la hidalguía de un soldado extranjero.

IGNOTUS.



## OBRAS NUEVAS

---

- Almenas C. de las).—Campana parlamentaria. En 4.º, 48 págs.: 1 peseta.
- Alvarez Ardanuy (V.)—Estudio gráfico de la táctica de infantería. En 8.º apaisado, dos tomos, 119 y 128 págs.: 3 pesetas.
- Amunátegui (M. L.)—La crónica de 1810. *Tomo III*. Santiago (Chile). Imp. Elzeviriana de J. T. Medina; 1899. En 4.º, 432 páginas.
- Argamasilla de la Cerda y Bayona (J.)—Nobiliario y armería general de Navarra. *Cuaderno primero*. En 4.º, 272 págs. con escudos heráldicos: 5 pesetas.
- Balaguer (V.)—Obras. *T. XXXVII*. En 4.º, VIII 544 págs.: 8 pesetas.
- Becerro de Bengoa (R.)—La enseñanza en el siglo XX. En 8.º, 388 páginas: 5 pesetas.
- Berga y Oliver (M.)—Harinas: alteraciones y falsificaciones. En 4.º, 32 págs.
- Bisson (A.)—Manso cordero; juguete cómico en un acto. En 4.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Blasco (E.)—Cuentos. En 8.º, 310 páginas: 3,50 pesetas.
- Brugarolas Sivilla (J.)—El arte para todos. *Cuaderno primero*. En 8.º apaisado, 32 págs.: 50 céntimos.
- Calvo Escrivá (J.)—Puentes levadizos. En 4.º, 272 págs.: 12 pesetas.
- Cascales y Muñoz (J.)—La palabra y sus manifestaciones; origen y desarrollo del lenguaje articulado. En 8.º, 159 págs.: 1,50 pesetas.
- Castillo y Soriano (J. del).—El Abogado consultor de la mujer; derechos y deberes de la mujer española según la vigente legislación civil, penal y administrativa. En 8.º, 48 págs. *Cuaderno primero*: 25 céntimos.
- Catarineu (R. J.)—Los forzados; poesías. En 8.º, 77 págs.: 2 pesetas.
- Codera (F.)—Decadencia y desaparición de los almoravides en España. En 8.º, xxxii-421 págs.: 5 pesetas.
- Contreras (A.)—Anuario de la minería, metalurgia y electricidad de España. *Año sexto; 1899*. En 4.º, xvi-472 págs.: 10 pesetas.
- Elola (J. de).—El Credo y la razón. *Segunda edición*. En 8.º, 592 páginas: 3 pesetas.
- Esteva Ravassa (G.)—Golpe de mar; drama en un acto. En 4.º, 50 páginas: 1 peseta.
- Fernández Mayo (M.)—Ripios de Mayo. En 8.º, ix-90 págs.: 75 céntimos.
- García (J. C.)—Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara, y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX. En 4.º mayor, xii 801 págs.: 10 pesetas.
- García Icazbalceta (J.)—Obras. *Tomo IX*. Biografías. IV. México. Imp. de V. Agüeros. En 8.º, 457 páginas: 6 pesetas.
- Biblioteca de Autores Mexicanos, volumen 20.
- García Obregón (M.)—Treinta jor-



- nadas. En 8.º, 524 págs.: 4 pesetas.
- Gómez Carrillo (E.)—Maravillas; novela funambulesca. En 8.º, 197 páginas: 2,50 pesetas.
- Grau Delgado (J.)—Trasuntos. En 8.º, 424 págs.: 3,50 pesetas.
- Iriarte (C. de) y Navarro (L.)—Topografía fotográfica, ó sea aplicación de la fotografía al levantamiento de planos. En 4.º, dos volúmenes, xvi-463 págs. de texto y Atlas de 26 láminas apaisadas: 15 pesetas.
- Juan y Ballester (M.)—Compendio de Historia Sagrada. En 8.º, 271 páginas: 1,25 pesetas.
- Jusué (E.)—Tablas para comprobación de fechas en documentos históricos. En 4.º, 80 págs.: 2 pesetas.
- Krüger (P.)—Historia, fuentes y literatura del derecho romano. En 4.º, 365 págs.: 7 pesetas.
- Labatut (C.)—La jabonería moderna; manual verdaderamente práctico de la fabricación de jabones. En 8.º, viii-352 págs.: 5 pesetas.
- Lois Vázquez (M.)—Horas perdidas. En 4.º, viii-89 págs.: 2 pesetas.
- Maluquer y Salvador (M.)—Derecho consular español. En 4.º xi-899 págs.: 15 pesetas.
- Martínez Ruiz (J.)—La sociología criminal. En 8.º, xv-210 págs.: 3 pesetas.
- Mauricio (»)—La gran traición. En 8.º, 111 pág.: 50 céntimos.
- Mellado (A.)—En Roma; escenas y cuadros. En 4.º, 302 págs.: 4 pesetas.
- Mesonero Romanos (M.)—Velázquez fuera del Museo del Prado. Apuntes para un Catálogo de los cuadros que se le atribuyen en las principales Galerías públicas y particulares de Europa. En 8.º, 299 págs.: 8 pesetas.
- Minteguiaga (P. V. M. de).—La punibilidad de las ideas. ¿Puede haber delito en la emisión de ciertas ideas? En 4.º, 212 págs.: 3 pesetas.
- Mondáriz (Las aguas de).—Album-guía publicado por los propietarios del establecimiento minero-medical, con la colaboración de los Sres. Argumosa (J. de), Arniches (C.), Arzobispo de Valladolid, Aza (V.), Campos (G. de), Compañy (fotógrafo), Cantó (G.), Castelar (E.), Echegaray (J.), etc. En 8.º mayor, 82 págs. y un mapa, con láminas y grabados.  
Se remite gratis pidiéndolo al Director.
- Monserrat á la vista. Album de fotografías de la histórica montaña. En 4.º apaisado, con 32 fototipias: 2,50 pesetas.
- Morales Arjona (A.)—El azafrán; reglas prácticas para su cultivo. En 8.º, 45 págs.: 1 peseta.
- Murguía (M.)—D. Diego Gelmírez. En 4.º, xiv-212 págs.: 4 pesetas.
- Pérez Barreiro (R.)—Compendio de gramática castellana para uso de las escuelas de 1.ª enseñanza. En 8.º, v-87 págs., encartonado. 1 peseta.
- Pérez García (A.)—La boda de Juanita. En 4.º, 29 págs.: 1 peseta.
- Pérez Rioja (A.)—Liquidaciones coloniales. La tragedia de América; cómo empieza y cómo acaba. En 8.º, 157 págs.: 2 pesetas.
- Pérez Zúñiga (J.)—El gabán de pieles; juguete cómico en un acto. En 4.º, 32 págs.: 1 peseta.
- Picón (J. O.)—Vida y obras de Don Diego Velázquez. En 8.º mayor, vii-215 págs. y 16 fotografías: 5 pesetas.
- Pigafetta (A.)—Primer viaje alrededor del mundo, traducido de la edición italiana, y anotado por Manuel Walls y Merino, Secretario de Embajada. En 4.º LIII-IV y 262 págs., con 3 mapas: 6 pesetas.
- Ponte y Blanco (F.)—Elementos de carreteras y ferrocarriles (construcción y conservación). En 4.º, 527 págs., con grabados: 10 pesetas.
- Ramírez (R.) y Jiménez de Quirós (E.)—Una bala perdida; juguete cómico en un acto. En 4.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Redel (E.)—Obras literarias. Tomo II. En 4.º, 337 págs.: 3 pesetas.
- Retana (W. E.)—La imprenta en Filipinas (1593-1810) con una de-



- mostración gráfica de la originalidad de la primitiva. *Adiciones y observaciones á «La imprenta en Manila»*, de D. J. T. Medina. En 4.º mayor, 280 págs., y una lámina plegada: 10 pesetas.
- Ribot (Th.)—Las enfermedades de la personalidad. En 8.º, VIII-271 págs.: 2,50 pesetas.
- Idem.—Las enfermedades de la memoria. En 8.º, VI-210 págs.: 2,50 pesetas.
- Rivera y Esteban (J.)—Prontuario de doctrina cristiana. En 8.º, 207 págs.: 3 pesetas.
- Robles y Juárez (L.)—La solución al problema agrícola en los terrenos de secano. En 4.º, VIII-280 págs.: 4 pesetas.
- Rodríguez Marín (F.)—Mil trescientas comparaciones populares andaluzas, recogidas de la tradición oral. En 8.º, XIX-118 págs.: 2 pesetas.
- Rodríguez Martínez (J.)—Los desastres y la regeneración de España. En 4.º, XVI-208 págs.: 2 pesetas.
- Romero Almenaza (A.)—Tráfico y consumo de carnes. En 8.º mayor, 262 págs.: 5 pesetas.
- Sánchez Arjona (J.)—Noticias referentes á los anales del Teatro en Sevilla desde Lope de Rueda hasta fines del siglo XVII. En 4.º, 529 págs.: 6 pesetas.
- San Millán y Alonso (R. de).—El lazo; novela. En 8.º, 78 págs.: 1 peseta.
- Serrano y Morales (J. E.)—Reseña histórica en forma de diccionario, de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España, hasta el año 1868, con noticias bio-bibliográficas de los principales impresores. En 4.º mayor, XXVIII-657 págs., con 127 reproducciones de portadas, colofones, retratos, marcas y escudos de impresores: 20 pesetas.
- Shakespeare.—Cuento de amor; comedia fantástica, refundida y puesta en castellano por Jacinto Benavente. En 8.º, 88 págs.: 2 pesetas.
- Spencer (H.)—Los datos de la Sociología. Dos vols., en 4.º, 297 y 300 págs.: 12 pesetas.
- Suárez de Mendoza (A.)—Cistoscopia y cateterismo de los uréteres. En 4.º, 49 págs., con grabados, 1,50 pesetas.
- Thebussem (Dr.)—Futesas literarias. En 8.º, 203 págs.: 2 pesetas.
- Torroja (E.)—Tratado de geometría de la posición, y sus aplicaciones á la geometría de la medida. *Cuaderno tercero*. En 4.º mayor, págs. 289 á 496: 5 pesetas.
- Vega (L. de).—Obras publicadas por la Real Academia Española. *Tomo IX*. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Tercera sección. En folio CLXXXI-631 páginas: 20 pesetas.
- Verdaguer (J.)—Santa Eulalia. Edición ilustrada. En 8.º, XXII-88 páginas y 24 láminas: 3 pesetas.
- Vergara (M.)—Para el campo: algunas poesías campestres castellanas. En 4.º, XLIV-576 págs.: 10 pesetas.
- Villalba Hervás (M.)—Historia contemporánea. De Alcolea á Sagunto. En 8.º, 425 págs.: 4 pesetas.
- Villavicencio (R.)—Discursos leídos en la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, en la recepción pública del Sr. Dr. D. Rafael Villavicencio, el día 14 de Mayo de 1899. Contestación del Dr. D. Amenodoro Urdaneta. Caracas. En 4.º, 61 páginas.
- Tema: El estudio del lenguaje y su importancia en las Ciencias Naturales y en las históricas.
- Alba (E.)—¡¡Me caso!!; monólogo en prosa.—En 4.º, 14 páginas: 1 peseta.
- Alvarez Maldonado (J.)—Relación de la jornada y descubrimiento del Río Manu. En 4.º, XXIII-53 páginas y un mapa.
- Antich é Izaguirre (F.)—Los que rezan; novela. En 12.º, 224 páginas: 1,50 peseta.
- Arambilet (S.)—Paso á dos; juguete cómico. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Bernárdez (R.)—La Eucaristía. En 12.º, 58 págs.: 50 céntimos.
- Blasco y Recio (J.)—Providencias



- de la ley ó fallos de la justicia; drama en tres actos. En 4.º, 114 páginas: 2 pesetas.
- Castañón (F.)—¡A que no!; monólogo cómico-lírico, en verso. En 4.º, 18 págs.: 1 peseta.
- Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XVIII.* (Valdivia y sus compañeros. XI). Santiago de Chile, 1899. En 4.º mayor, 488 páginas: 15 pesetas.
- Colom y Beneito (F.)—La cuestión del juego. En 8.º, 30 págs.: 1 peseta.
- Delgado (S.)—La espuma; comedia en un acto. En 4.º, 48 págs.: 1 peseta.
- Estasen (P.)—Tratado de las suspensiones de pagos y de las quiebras. En 4.º, 448 págs.: 7 pesetas.
- Esteva Ravassa (G.)—Los claveles; drama en un acto y en prosa. En 4.º, 39 págs.: 1 peseta.
- Estudios militares de hacienda pública. I. Lo que debe ser la Administración militar en España, según leal saber y entender de un Capitán de transportes. En 4.º, 44 páginas: 50 céntimos.
- Fernández Arias (A.)—Plantas de salón; comedia en un acto. En 8.º, 54 págs.: 1 peseta.
- Fernández Ruiz Pino (J.)—La Virgen de la Paloma; leyenda religiosa. En 8.º, 32 págs.: 25 céntimos.
- Gante (E.)—¡De vuelta de las insulas!; viaje fantástico al país de los encantos. En 8.º, 122 págs.: 2 pesetas.
- García Alvarez (E.), Paso (A.) y López Monis (A.)—Concurso universal; proyecto cómico-lírico, en un acto. En 4.º, 35 págs.: 1 pta.
- Gómez de Fuenca ral (J.)—Manual práctico de perfumería. En 4.º, 128 págs.: 2 pesetas.
- Gorostiza (M. E. de).—Obras de D. Manuel E. de Gorostiza. *Tomo I. Teatro.* México. Imprenta de V. Agüeros, editor; 1899. En 8.º, XII 458 págs., y retrato: 6 pesetas.
- Granés, Alvarez y Paso.—Los presupuestos de Villapierde; revista política financiera, en un acto. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Haëbler (K.)—Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI. En 8.º, xxv-288 páginas: 4 pesetas.
- Hornachuelos (Duque de).—Perucho; novela moral. En 8.º, x-210 páginas. Encartonado: 3 pesetas.
- Jackson Veyán (J.) y López Silva (J.)—Los Arrastraos; sainete lírico, en verso, en un acto. En 4.º, 50 págs.: 1 peseta.
- Jerez (D.) y Fernández (A.)—La panadera; sainete lírico en un acto. En 4.º, 52 págs.: 1 peseta.
- Lois (R.)—Burbujas; libro de versos en castellano y en gallego. En 4.º, 150 págs.: 2 pesetas.
- Menor (E.)—Principios de derecho mercantil. En 4.º, 600 págs.: 10 pesetas.
- Merino (G.) y Lucio (C.)—¿Cytrato?... ¡De ver será!...; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 47 páginas: 1 peseta.
- Mir y Noguera (J.)—Frasas de los autores clásicos españoles. En 4.º, XLVII-884 págs.: 12 pesetas.
- Idem.—La Religión. En 4.º, xv-833 páginas: 8 pesetas.
- Mitre (D. Bartolomé).—Horacianas ad litteram versæ, con notas y nuevos comentarios por Un Arcade de Roma, M. C. de la Academia Española, M. de la Universidad de Buenos Aires, etc. *Segunda edición* completa y corregida. Buenos Aires. Imp. y litografía de J. Péuser; 1900. En 8.º, xx-803 págs.: 7,50 pesetas.
- Montes de Oca et Obregon (I.)—Laudatio funebris Episcoporum Americæ Latinæ hueusque vita functorum coram Patribus Concilii Plenarii Latino-Americani Romæ in Aula Conciliarii, IV nonas Iulias A. D. MDCCCIC ab Ignatio Montes de Oca et Obregon, Episcopo Potosiensi et Concilii Secretario habita. Typis Vaticanis. Imprimatur Fr. Albertus Lepidi Ord. Praed. S. P. A. Magister. En folio, 21 págs.: 1 peseta.



- Mora Obregón (A. de la).—Apuntes de contabilidad (primer curso). En 8.º, 35 págs.: 1,50 pesetas.
- Navarrete (A.).—Manual de ictiología marina. En 4.º, xi-276 páginas, 15 láminas: 10 pesetas.
- Pardo Bazán (E.).—Al pie de la torre Eiffel. En 8.º, 316 págs.: 3 pesetas.
- Obras completas, tomo XIX.
- Parellada (P.).—El filósofo de Cuenca; comedia en tres actos. En 4.º, 66 págs.: 2 pesetas.
- Pazos (R. de) y Gijón (R.).—Los gladiadores; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 34 págs.: 1 peseta.
- Penichet y Lugo (F.).—Comentarios a la tutela. En 4.º, viii-424 páginas: 5,50 pesetas.
- Peñas Berzosa (M.).—Láminas de los diferentes movimientos tácticos de batallón. En 12.º apaisado, figuras 87 á la 176: 2 pesetas.
- Rodríguez de Celis y Varela Díaz.—¡¡Ladrones!!... Monólogo cómico. En 8.º, 32 págs.: 1 peseta.
- Saco y Brey (E.).—Patria y libertad bajo el régimen republicano unitario. En 8.º, 78 págs.: 1 peseta.
- Sellés (E.).—Los caballos; sátira dialogada en un acto y en prosa. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Silvio (S.).—Emilio Castelar; análisis filosófico de su vida pública. En 4.º, 67 págs.: 1 peseta.
- Solvay (E.).—El contabilismo social. En 4.º, 21 págs.: 1 peseta.
- Soriano (Dr.).—Cartilla sanitaria para embarazadas. En 8.º, 16 páginas: 1 peseta.
- Soriano (M.) y Falcato (L.).—El estado de sitio; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 39 págs.: 1 peseta.
- Valencia (Fr. A. de).—Soliloquios. En 8.º, 268 págs.: 2,25 pesetas.
- Velázquez.—Catálogo ilustrado de la Sala de Velázquez en el Museo del Prado de Madrid. En 8.º, 47 páginas: 1 peseta.
- Verdades (El Capitán).—La guerra hispanoamericana. Historia negra, relato de los escándalos ocurridos en nuestras ex colonias durante las últimas guerras. En 8.º, 255 págs.: 2 pesetas.
- Yráyzo (F.).—La luz verde; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 57 págs.: 1 peseta.



## INDICE

---

|                                                                                                                                                           | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Tierras vírgenes</i> (novela) continuación, por Ivan Turgueneff.....                                                                                   | 5            |
| <i>La evolución de la Historia</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....                                                                                        | 73           |
| <i>Santa Cruz de la Serós, observaciones sobre un monumento arquitectónico casi desconocido</i> , por Vicente Lampérez y Romea.                           | 92           |
| <i>Poetas americanos: ¡Madre!</i> por Paulo Emilio Romero.— <i>La oración del niño</i> , por Bonifacio B. Byrne.— <i>El nido</i> , por Juan C. Rosel..... | 106          |
| <i>Discursos á la Nación Alemana: Exposición más profunda de la originalidad y universalidad de un pueblo</i> , por Juan T. Fichte.                       | 110          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                                                                   | 127          |
| <i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....                                                                                                            | 137          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                                                                     | 161          |
| <i>Notas bibliográficas</i> .....                                                                                                                         | 199          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                                                                 | 203          |